

## LLENO DE EMEUNOS

Aquí estaba un compañero que habían enviado de Bogotá, a hacer trabajo político en el Caquetá, pero ubicado en Florencia, porque en ese tiempo la concepción era urbana. De pronto, por el temor a quemarse, lo único que hizo el compañero en seis meses fue: conseguirse una novia y dejarse ver de los papás de la muchacha. Ni ella sabía quién era! Ni nada... Cuando Boris vino, a hacer una revisión en el Caquetá para ver cómo iba el trabajo, se encontró con esa sorpresa : con un compañero que no había ganado ni un amigo , como Eme Diecinueve. Pues tenía amigos, pero nunca había abierto un espacio para el desarrollo de la guerrilla urbana. !Pero tenía novia!

Boris nuevamente se fue. En eso se dió la cuestión del Cantón Norte. Y Boris se vino con un carro lleno de carabinas, mano, de Bogotá. Llegó hasta Florencia: y no había donde meterlas . Ni encontró el compañero. Y él, andando pa'riba y pa'bajo... Me decía Boris que duró como tres horas en Florencia dando vueltas, buscando al compañero, en un carro lleno de Emeunos y únicamente con una carpa por encima. Entonces dijo "Aquí no hay más de otra, sino ir las a descargar donde pueda". Cogió hacia Belén. A la orilla de la carretera encontró un monte. Sacó esas carabinas y las tiró; y las tapó, ahí con esa carpa. Se volvió para Florencia. Por la noche encontró a los compañeros, les comentó la historia y que era lo que había pasado. Ya el compañero como que había palabriao a otros; entonces se fueron varios y recibieron el armamento en el sitio. Entre los que recibieron estaba Perilla, el finado Gerardo Perilla y Rodrigo Pérez.

Esas armas las encaletaron por el Orteguaza, en la finca de los Monje Benavides. Hicieron una caleta en una cochera. Pero esa caleta fue "aventada".

## YO?

El Ejército bajaba a coger ese armamento. Pero resulta, que alguien le avisó a la gente que había en la casa. Entonces se avisaron y metieron esa herramienta entre unas bolsas y las tiraron a una laguna que había cerca a la casa. Munición, armas y todo, quedaron entre esa chuquia. Cuando el Ejército llegó, requisó, raquetió y no encontró nada. Pero las armas estaban ahí, a doscientos metros.

Ese armamento duró ahí como ocho días. Para sacarlo, también me llamaron a mí. Yo? Pues trabajaba de maestro en Remolino; ya me habían hablado del Eme Diecinueve, o sea, ! yo ya era del EME! Pero, pues únicamente de nombre: simpatizaba pues, con los muchachos.

Porque el primero que bajó con el cuento, por allá, del Eme Diecinueve, fue Pastrana: Victor Félix Pastrana, el cojo. El tenía

una lancha, los "comuneros": Esa lancha era del EME y él la manejaba. Entonces, ya él había hablado con Conrado Marín y con otra gente allá. Pero entre ellos el jefe, prácticamente, de todos nosotros era Conrado; ya tenía organizada la cuestión. A Conrado le dieron la misión de subir a bajar ese armamento, de noche. Conrado se dió a la tarea de conseguir gente. Y entre el personal que escogió, me escogió. ¡Yo no sabía ni dónde andaba parado! Nunca había tenido ni un revólver en la mano. Entonces tenía de veintitrés a veinticuatro años.

Llegamos nosotros ahí: nos montaron en una canoa y, me recuerdo tanto, Conrado dijo, "pues nos toca ir a bajar unos fierros". Eramos, el finado Conrado, un finado que se llamaba Benjamín Rodríguez, el conductor -que no me recuerdo quién es- y mi persona: cuatro nomás. Pero en el sitio donde los íbamos a recibir, había otra gente. En ese tiempo se manejaba mucho la vaina de la clandestinidad: uno no dejarse conocer, pues, el rostro; entonces la gente se tapaba, en fin; o de noche: era ligerito, que le hablaban así de lejitos, que "mire que allá están las cosas" y toda esa vaina.

Nosotros nos fuimos, pasamos por San Antonio de Getuchá y llegamos a la "rastra", donde era la finca de los Monjes. Ahí recibimos el armamento; que nos lo entregaron al bordo del río. Lo echamos a la canoa. A mí me pusieron dizque de "guardia". Me pasaron una carabina y me dijeron: "Tenga esta carabina y tenga estos proveedores; y hágase de guardia". Y entonces yo dije pues que qué era eso. Me dijeron: "Hágase en la punta de la canoa; y si viene alguien entonces usted le da plomo. Y coge el resto de las armas y las tira al agua ¡y bregamos a irnos!". Yo les dije que bueno. Me monté. Cogí el proveedor. Yo no sabía por donde se metía, porque eso estaba lleno de grasa: por donde entra el proveedor y el mismo proveedor estaban llenos de grasa. Yo me puse a ensayar, a ensayar. Hasta que tran! lo logré meter. Entonces vino un pelao - el finado Benjamín- el ya sabía más o menos de armas. Y me dijo, "Cómo tiene la carabina?" entonces yo se la mostré. Miró: no tenía tiro. El le metió tiro en la recámara. Y me dijo "Bueno, hágase ahí". Yo les hacía caso. Me hice adelante. Estaba en la canoa y mientras eso, ellos traían la munición. Ahí bajamos dieciocho carabinas; un fusil, famage punto treinta; y un emeuno de esos de peine; punto treinta también. Cogimos río abajo. Ya bien abajo, dijo Conrado -en un punto que se llamaba "donde don Carlos Cabrera", en el puerto donde se montaba uno en Remolino- "ahí cerquita bajamos el armamento". Nosotros nos bajamos; Conrado se bajó; el ya tenía personal ahí. Ahora: a los tipos que nos entregaron el armamento, yo no los conocía; nunca los dejé presentes quiénes eran, ni nada, por todas esas medidas clandestinas. El que sí los conocía era Conrado.

Nos bajamos en el sitio donde teníamos que hacerlo y nos hicieron echar esas carabinas a la espalda; y munición, granadas. Las caminamos un pedazo, hasta que Conrado dijo: "Esperemos aquí". Entonces él llegó y ¡fuiú! pegó un silbo. Cuando yo miré que se paró una persona por allá y se paró otra por acá. Dijo: "No se asusten que ellos son compañeros." Era la gente que él tenía por ahí ubicada. Entre ellas, un hermano mío, que se llamaba Juan de la Cruz Beltrán. Fue conocido con el nombre de Fabio, en la

guerrilla. El y otro muchacho que lo llamábamos Toño, campesino de allá, eran los dos que estaban ahí. Nos ayudaron a llevar el armamento, la munición, todo. Los dejamos en la casa de Conrado. Nosotros nos fuimos a dormir. Y él de ahí pa' llá, se encartó con eso.

Según Conrado, él era quien manejaba todos los enlaces de la organización. Él subía acá, a Florencia. Y en una de esas subidas bajó con el cuento de que lo habían nombrado "Mi Primero". A Conrado no se le podía decir Conrado, sino "Mi Primero". Esa era ya la mística, pues, militar. Y Mi Primero andaba con una pistola Petreintaiocho, una pistolota; en toda parte era sacándola y eso era haciendo tiros y "que hagamos polígonos en ese palo". Y "que ~~haber~~ usted que tal pega". Como en fiebre. La fiebre, no? de portar armas.

Entonces Mi primero reunió un campesino de confianza suyo y le entregó el armamento. La misión de ese campesino era que no podía dejarlo coger. Tenía que hacerse matar, pero el armamento no podía ser detenido por nadie. A ese tipo, mejor dicho, lo metieron fue en la grande. Vivía asustado con ese armamento. Lo cogió y lo metió entre un coco de un palo, en la montaña: entre un roto. Y lo camufló con hojas y toda esa vaina.

### TIPO CHEGUEVARA

Días antes nos habían dado una "escuela guerrillera". La dijo Conrado, con un señor de apellido Barreto -ole, yo nunca volví a ver ese señor-. A mí me invitaron por primera vez: me dijeron que si quería ir a una escuela guerrillera: y yo que no sabía qué era eso. Pero, pues, uno con la novedad de conocer y aprender cosas. Como trabajaba de maestro, para poder evadirme dos o tres días a la semana, yo tenía que justificarme. Dije que tenía reunión pedagógica en Milán y tenía que, de paso, arrimar a Florencia; que, por lo tanto, yo esa semana no iba a estar ahí, en el puro casquito de Remolino, en el caserío.

Yo salí a las seis de la mañana al puerto. Cogi la línea que venía de Solano y me subí; en San Antonio me desmonté. Allí estaba una canoa esperándome. Hice que desayunaba en San Antonio -mientras se iba la gente de la línea que me conocía- Y en un descuido me monté en la otra canoa. Nos bajamos recogiendo unos amigos, otros campesinos que iban a asistir al curso de la guerrilla, a la formación militar.

Cómo se daban esos cursos? Eso era una vaina, pues, bien ordinaria en ese tiempo : se escogía un lote en la montaña. El primer paso, era cargar la comida. Conrado se había conseguido una res; y donde se desmontaba uno, ahí estaban los plátanos, ahí estaba la yuca y ahí estaba la res pelada. Con la vaina de la concepción de la guerrilla, pues, tipo "Cheguevara", pues el más verraco era el que más cargaba y el que más se sacrificaba. Entonces todo el mundo cogía su pedazo de res, hermano, que chorreaba de sangre; y a llevar plátano; y a llevar yuca; más la maleta que uno llevaba. Y lo hacían andar por entre el monte. Conrado cogía adelante y él no trochaba ni nada pues era campesino, él !fresco! pero, el resto de gente? y tran, tran, ... Hasta que llegábamos al sitio. Allá Conrado comenzaba a organizar; por lo que hacía, él no era un tipo experto tampoco.

De todas maneras eso se organizaba: se hacia la distribución del campamento. Se hacia "Plaza de armas"; la ubicación de la dormida de nosotros; y el rancho.

A mi me pusieron la primera noche, dizque de guardia. Me dijo Conrado: "Usted presta guardia". La guardia era estar pendiente de la gente, dándole vuelta. Todo el mundo se acostó a dormir -las hamacas de nosotros, donde dormíamos eran de costal. A cada uno nos pidieron uno. Entonces uno lo descosía, el costal quedaba como una tela larga; y le ponía un palito atravesado en cada punta, amarrada a un árbol, para que no se cerrara; y ahí era donde dormíamos nosotros. ! Qué toldillo ni que nada! Uno buscaba colgar esa hamaca, contra un palo o contra lo que fuera y ahí tenía que amanecer; y como eso era en el "Plan".

Me pusieron de guardia, desde a las seis de la tarde. Y eran las tres de la mañana y !yo no me había acostado!. No me habían hecho minuta, ni nada. Ya me estaba quedando dormido; Y estaba al pie del finado Benjamín. Entonces le dije "Hermano, yo tengo mucho sueño. A mi me han puesto es de guardia" -yo sentado en un verraco tronco por ahí; porque eso pues que armas, ni qué nada: por ahí un revólver, una cosita de éstas. Entonces él me dijo: "Y por qué no habla con Mi Primero?" Entonces yo fui y le dije a Conrado: "Como le parece que yo tengo mucho sueño, 'mano"-y al otro día que había que madrugar a las cuatro y media o cinco de la mañana; y ya esa hora. Entonces él lo que me dijo fue: "Pues, quién está despierto?" yo le dije, "Pues está Benjamín." y dijo "Pues que él haga el resto". Yo fui y le dije "hermano, que se pare a hacer guardia". -Eso sí: había una disciplina, "Le toca a usted" y era que el tipo se paraba de una; porque todo el mundo quería salir bien.

Para la levantada, a veces pegaban un pitazo, a veces lo llamaban a uno; iban y lo movían a la hamaca y le decían: "!A tierra!" y todo el mundo se iba parando, iba recogiendo la hamaca; y esperando a ver qué pasaba... El "qué pasaba" era que inmediatamente Conrado llamaba a formar a la plaza de armas; y había que ir con todo recogido. En su morral o costal tenía que echar todo ahí y aparecer en la plaza de armas. Si uno no llegaba con todo, pues entonces era sometido a una sanción; tenía que pagar una sanción porque no era piloso. Esa vez habíamos unas 35 personas concentradas; toda gente campesina. Todos nos conocíamos donde vivía el uno y el otro, qué hacía el uno y qué hacía el otro. Después de esa formación se rectificaba: con una linterna iban y alumbraban los cambuches a ver que se le había quedado; si se le había quedado algo, de una vez "marcaba": lo ponían a correr, o hacer cualquier cosa. Después venían los ejercicios. Ahí nos ponían a trotar y a correr. Mientras tanto, ya se habían parado los rancheros a hacer el tinto y toda la cosa; y comenzar a hacer el desayuno. La tomada del tinto era con tiempo: "tantos minutos pa' tomarse el tinto"; y ese tinto era hirviendo, hermano, y a recibirlo y como se lo pudiera tomar, se lo tomaba. Todos los días, Conrado nos daba una clase de gimnasia; y nos enseñaban cómo guindar, cómo acampar, cómo andar en el monte; y algunas cosas de la vida guerrillera.

A la hora de la comida, cuando decían "pues que vamos a desayunar" o "vamos a almorzar", "ya está la comida!" de una vez había que ir a recibir. La comida era hirviendo y así la servían; y como la concepción era que el militar tenía que aprender a comer caliente y comer rápido y que todo eso, pues todo el mundo era sople, hermano, y coma; y estaba usted, por ahí llevaría cinco minutos -y una comida caliente uno no se la come en cinco minutos, y menos plátano y yuca y un pedazo de hueso ahí atravesado- y de una vez que "!A formar!" y ya cuando llamaran a formar había que ir era comido. Y el que no almorzaba, tenía que botar la comida:pero allá tenía que aparecer con gacha, con todo o sea, pues con la vasija y todo.

Eso más de uno se quemaba, eso la gente se ponía brava porque sin comer tenían que ir; y así seguíamos de largo hasta la tarde, hasta la cena. Y nuevamente a instrucción y toda esa cosa.Eso era una sacada de leche jodida. Y todos los días, más o menos en ese son. Y Conrado salía y se iba. Todos los días él se iba para la casa, a dar vueltas; y llegaba por las tardes; o por las mañanitas. Y nosotros allá con el Barreto. Ese si estuvo todo el tiempo de la escuela, con nosotros.

Nos daban una hora o dos,de instrucción militar. El resto del tiempo, era la vaina política, la línea política; y háblenos que las elecciones y que esto y que lo otro; que los fundadores del Eme Diecinueve. Y lo que se buscaba. Eso, era otro rato. Los otros tiempos eran para uno charlar. Lo cierto es, que después de todo eso, llegaban los momentos de descanso. Todas las noches se hacían los recreativos, los famosos recreativos : juegos, hogueritas -pequeñas porque no se podía alumbrar mucho, por el peligro del Ejército.

!Ah! y éso no lo dejaban bañar a uno; eso era embarrado, porque el baño era cada tres días; y a usted, pues lo hacían tirar al suelo, lo hacían tender . Entonces, para el que no estaba acostumbrado, eso era incómodo; pero así teníamos que permanecer durante una semana que duraba el curso -cuatro ó cinco días. Si a uno lo soltaban al mediodía, tenía que salirse a la orilla del río, bañarse y llegar peinado y con zapatos y todo, como si fuera de la ciudad, para aparentar que bajaba de la ciudad; y la gente del pueblo que le había hecho a uno encargos, !qué encargo iba a traer uno pu' allá en el monte! Claro, los campesinos siempre le hacen a uno encargos:que droga, que agujas, que hilos, toda esa vaina. Yo aparecí allá común y corriente. Y con toda la ropa sucia en el morral.

Un día cualquiera se hizo lo que llamaban una emergencia. Las emergencias eran simular que venía el Ejército, armar una balacera; y decir que la gente se ponga pilas porque nos tenemos que defender. Me recuerdo mucho que había un señor, que le decían Don José; nosotros cocinábamos en una olla grande, en una "INDIA". Y entonces ya, previamente, para prevenir cualquier situación de esas, pues a la gente se le habían distribuido las funciones y actividades:que en caso de emergencia, usted saca la olla; que en caso de una emergencia, usted saca la droga; que en caso de una emergencia, usted saca, por decir, el arroz... Cada uno tenía...Conrado se fue como decir, el jueves; y llegó al otro día, como decir el viernes a la madrugada, o no, eso fue como el

miercoles. En todo caso el tipo, un día antes preparó la emergencia. Salió y luego vino con el cuento: "compañeros -dijo- eso hay, que estar muy pilosos porque el Ejército ta' puaquí cerquita. Que viene una patrulla por tal parte". Y eso la gente se ponía VERDE del susto: ¡Claro 'mano! todo el mundo metido en la verraca, allá en ese monte y sin armas; y cargando ollas y cargando una cosa y cargando la otra. Sinembargo había algunas armas: algunas pistolitas, revólveres y escopetas. Los campesinos habían llevado, casi todo el mundo, sus escopetas. Y entonces que "esta noche hay que hacer silencio". Esa noche pues no se pudo alumbrar, ni nada. Y todo el mundo, pues, en tensión. Más o menos a las ocho de la noche, el tipo dijo, "Compañeros, yo me voy a dar una vuelta, a ver cómo están las cosas. Si hay alguna emergencia, pues, aquí queda fulano de tal -y entregó el mando y tuestas vainas- y yo me voy; puntos de referencia cuadran con él: yo ya los tengo cuadrados." Y se fue.

Al otro día el tipo llegó a las seis de la mañana. Por entre el monte fue donde los guardias y a cada uno le dijo que tenía que hacer. Llegó a un sitio de guardia, sacó la pistola y se puso a hacer tiros: ¡tan-tan-tan! y de una vez el guardia allá, ¡tan-tan! contestaba; y nosotros en el medio. Y esa gente, hermano, era en desbandada, Virgen Santísima, recogiendo ollas, recogiendo plátanos, la gente cagada del susto. Había una quebradita, donde cogíamos agua; un caño. Y entonces en eso, cuando apareció Conrado en la mitad de la plaza de armas, dizque "¡A formar!": quién le iba a formar en ese despelote? ¡Que a formar. Y me acuerdo que Don José estaba amarrando la olla -una olla la hijuemadre de grande; y el tipo tenía que echarse el equipo con olla y todo. Yo me puse fue a reirme de verlo con ese ollononón en la espalda que apenas lo balanceaba. Y claro, él a salirse; pues los árboles le daban a la olla y ese ruido tan verraco. Y apenas me decía, "Compa, yo qué hago con esta mierda?" entonces dijeron: "Que la salida es por aquí". Ibamos a salir por el lado de un guardia y llegamos hasta donde él, cuando nos dijo, "¡Devuélvanse que ahí viene el Ejército!" y se devuelve esa gente ¡Virgen Santísima! ; eso tumbaban, se tumbaban de los unos a los otros. Eso es muy fregao y muy verraco, mejor dicho: el susto de la gente. Yo sabía que era una emergencia. Porque a algunos, que nos tenían un poquito de confianza, nos habían dicho. Pero yo no podía decir nada porque eso era una vaina de disciplina, eso no se podía decir. Los que sabíamos, éramos más o menos tres ó cuatro, pero con el fin de ayudar a controlar el personal. Entonces ya llegó Conrado y en medio de toda la gente dijo, "Pues la salida es por aquí y hay que saltar": pues nos hizo saltar el caño, de lado a lado. El susto es una cosa verraca: la gente, eso volaba ¡al otro lado! Con ollas y con todo. Nosotros casi no podíamos pasar, porque sabíamos y no estábamos asustados; pero la gente, volaba y era "compita, ahora sí qué hacemos? yo les dije, - Qué ahora sí que hacemos?! Nos van a joder!

Nosotros agarramos a andar de para allá; y los guardias se nos venían detrás y echando tiros. Y "óiganlos que ahí vienen!" y corra la gente por entre ese monte: eso volteaban troncos. Hasta que salimos. Ya Conrado, se paró y " que todo el mundo aquí, que vamos a cuadrar la cosa; que hay que ir a hacer una revisión al campamento, y que no sé qué". Y ¡quién le iba a arrancar para el

campamento a esas horas?! Entonces el ya dijo que eso era una cuestión de emergencia; que de todas maneras, había que mandar a unos compañeros a explorar, a ver que se había quedado y todo. Y así fue que se tranquilizó la gente. Pero la gente estaba muy preocupada y muy azarada; póngale cuidado a esos campesinos, pensando en su familia, en su mujer y por allá metidos. Algunos campesinos se habían ido con sus señoras. Pero por lo general, casi todos éramos puros hombres. Las mujeres las dejaron cuidando en las casas y recogiendo -según Conrado- información sobre cómo estaba la zona.

Así fue la primera escuela guerrillera que nos dieron. Eso era una vaina muy ordinaria.

Después de esa escuela, dijo Conrado que había que crear unos comandos. Que los comandos del Eme Diecinueve: "Que en cada vereda haya un comando"; y que entonces había que hacer un comando femenino. Y que esto y que lo otro. Y agarramos, vereda por vereda: en todas había un comando. Esa zona del Remolino se caracterizó por eso. No había una sola vereda donde la gente no estuviera organizada; de una o de otra manera estaban ligados al Eme Diecinueve. Toda la gente: mujeres, niños, ancianos, todo el mundo. Y eso lo organizó Conrado.

Pero no era guerrilla; lo que se hizo fue una especie de autodefensa. Porque después de esas escuelas, nadie siguió armado; sino que Conrado, volvió y recogió las cuatro armas que había por ahí y las volvió a meter al coco del palo. Se "desapareció" el armamento. El único que sabía que sabíamos que tenía las armas era Conrado: de resto, nadie manejaba un revólver, una pistola, una escopeta, ni nada. Sino en la creación de comandos.

Conrado después dijo que había que dar otra escuela, que porque ya faltaba otra de más avanzada. Ya, en eso, pues había más armamento, ya habíamos bajado las carabinas, y las había puesto a disposición de la gente.

En cada comando de cada región, había una gente al frente; cada ocho ó quince días, nos reuníamos todos los responsables de comando, con Conrado; y él trazaba la línea a seguir, "esto hay que hacerlo de tal manera." Y nos daban tareas: "Hay que conseguir plata pa' tal cosa. Y al comando tal le corresponde tanto."

A mi me pusieron de jefe de un comando. El comando mío era el más chistoso. Era el del pueblo. Ahí encontraba uno hasta cuatreros, porque los habíamos organizado; y Conrado dijo que los metiera al comando mío. Entonces imagínese usted, ¡todos los ladrones robaganado de ahí! Toda la gente que -por allá en ese tiempo ya se hablaba de la coca y toda esa vaina- trabajaba más o menos con esas cosas, iban al comando mío. También iba gente buena, campesinos sanos. Y yo, que era el jefe. Eramos quince compañeros con todas esas características.

Se comenzó a hablar de operativos: que el comando tal, va a planificar un operativo pa' conseguir plata, porque tiene que reunir tanto dinero. A mí cada nada me daban esas misiones; y yo iba y les decía a los otros, que "Mire hermano, que nos toca hacer tal cosa", y la gente, "Pues vamos a ver." Pero sin armas y sin nada. Eso fue un periodo que se vivió así, en que cada nada eran reuniones y que, "Usted cómo va?" -"No, pues que yo no he podido hacer el operativo, porque tal" y que no sé qué; además

porque, ¡nadie sabía de eso! Había por ahí ideas de cómo conseguimos plata y de cómo conseguimos armas; cómo conseguimos esto y lo otro.

PREGUNTADO

Se hizo una escuela mixta entre el Eme Diecinueve y unos vergajos que había por allá, del EPL. Había unos muchachos que decían que eran del EPL y el comandante llamaba Carlos Cortés. EL EPL manejaba la concepción de que ya estaba en la ofensiva final. Y nosotros, pues, ni comenzando. Ellos querían pelear en la zona, que había que pelear; y nosotros manejábamos la concepción, pues de que eso era una especie como de autodefensa, para defender los campesinos, evitar por ahí los robos y toda esa cuestión; y ellos "que no, que no y que no". Pero, de todas maneras, ellos dijeron que querían se les diera una escuela guerrillera: se les dió la escuela guerrillera. El único que estaba de tiempo más o menos disponible era yo. Entonces volví a hacer lo mismo: "Que me iba pa' Florencia."

Entonces Conrado dijo que él dictaba la parte militar; y yo, que dictara la parte política, de lo que era el Eme Diecinueve. Yo le dije que "listo".

Con todas esas escuelas y toda esa vaina, eso se descompartimentó; eso llegó a oídos, aquí, del Ejército. Fundamentalmente lo del EPL. Ya el EPL era más conocido como guerrilla. Nosotros, ¡qué! Aquí en el Caquetá, ni sabían que existía el Eme Diecinueve.

Después de todo eso, allá en el Remolino, se bajaron unas patrullas del ejército de por aquí. Entonces los del EPL dijeron que ellos iban a pelear al Ejército. porque ellos ya estaban en la ofensiva. Yo les dije que nosotros no le peliábamos -yo vivía era pilas a pasarle razones a Conrado: "Vea que el EPL va a hacer esto, el EPL va a hacer lo otro".

El EPL se bajó por una partecita de Remolino para abajo, una vereda que llama "El Tigre", a orilla del río. Por ahí bajaban unas canoas del ejército. El EPL cogió y les hizo unos tiros a esas canoas; ¡y se enoja esa gente! Se bajó toda esa tropa a la orilla y, mejor dicho, prende a plomó todos esos montes por ahí, rozó todos esos pasticos, a pura bala. Y los cuatro del EPL que había, ¡eso se perdieron! Algunos los rasguñaron algo, con los tiros.

En lugar de irse para las casas arrancaron fue para Solano. Antes de llegar a Solano hay una base militar, la base de "Tres Esquinas"; los del EPL pararon allí como civiles -y quién sabía qué había pasado?-, arrimaron a la base y fueron y le preguntaron al comandante de la base -esos muchachos que se decían del EPL, eran de la zona, muchachos campesinos- "Que mire que yo me llamo fulano de tal; y que como le parece, que si nosotros tenemos aquí algún delito."

- No señor, ustedes no tienen nada aquí. Váyanse.

De pronto, uno de ellos le contó a uno de los militares qué les pasaba; él le contó que por allá había aparecido una gente vestida y armada; y que a ellos los habían prendido a tiros; y



entonces ellos habían salido corriendo, y que iban a ver qué era lo que pasaba. Entonces el man les dijo,

- listo: váyanse pa' Solano, que ustedes no tienen nada que hacer aquí. Mientras los muchachos se bajaron p'al pueblo, el man llamó al Batallón. Y de una,

- Mire, aquí aparecieron unos señores así, así y asá, con este y este cuento. Jmm! De una vez le dijeron del Batallón:

- ¡Cójamelos, que esos son!

Ellos estaban jugando billar, cuando tran! bajó un grupo de soldados, y "vengan para acá", los echaron detenidos. Los tiraron a un helicóptero y aquí los trajeron a Florencia. Claro, les dieron una mano de garrote, la cosa más verraca: casi los matan. En ese tiempo, estaba aquí en el Caquetá, la tortura, una cosa tremenda; eso desaparecían gente, y todo. Y de una vez, los manes cantaron: quiénes eran los jefes del Eme Diecinueve; cómo eran ellos; qué escuelas habían hecho; que esto; que lo otro. Entre todas esas cosas que ellos dijeron me aventaron a mí. Dijeron que yo era el jefe del Eme Diecinueve en el Remolino: Claro! Yo, pues, inocente sobre lo que pasaba. Cuando me llegó una orden de presentación a un juzgado militar. Yo estaba enseñando cuando me citó el inspector de Granada -eso es abajo, en una tribu *xExotario* indígena. Fue el inspector un día y me dijo:

-Mire, tiene esta boleta de presentación; y tiene que hacerlo tal día y a tal hora.

- Listo. Pero, pa' qué será?

- Yo no sé. EL man sabía pa' qué.

Nos citaron a todos los que habíamos estado en la escuela con el EPL. Eramos veintiocho. Y llegaron veintiocho presentaciones. Algunos no fueron. Yo sí frentié.

Nos fuimos con los campesinos para San Antonio. Y cuando llegamos allá, de una vez, un señor, un juez me dijo: "Con usted, hablo de último. Puede irse a tomar tinto. Tranquilo." Y sí señor, yo me fui a tomar tinto. Yo no sabía pa' que era, ni cómo, ni qué iba a pasar. Como a las dos horas de estar por ahí dando vueltas, me volví pa' allá y me dijo; "Venga para acá. Siéntese ahí". Y entonces me dijo el tipo: "Preguntado"- Usted sabe por qué está citado aquí?" Yo le dije,

- No, pues, yo no sé. Me dijo:

- Usted está citado a este juzgado, por pertenecer a un grupo subversivo que se llama Eme Diecinueve; que opera en el Remolino. De u

vez me la fue montando así.

- Cómo así?

- Sí. Eso han dicho los señores fulano y fulano, guerrilleros del EPL que están detenidos en Florencia.

Hermano, yo quedé frío de una vez; pero yo le disimulé al tipo. Yo no me asusté, ni le demostré nada. Yo le dije pues, no, que a mí se me hacía extraño; que yo sí conocía los muchachos, pero que tampoco sabía si eran guerrilleros. Entonces me dijo -"preguntado"-que cómo hacía; yo se la voltié por el lado político: le dije que lo que pasaba era que ellos eran de un sector político y yo era de otro; y que de pronto, por una venganza política y de algunos problemas que ellos tenían, me habían metido a mí. Pero que de todas maneras ahí estaba la comunidad, que podía certificar quién era yo, en qué trabajaba y qué vivía haciendo diario.

- Ellos pueden decirle que hago todos los días. Hasta el mismo inspector. Bueno, eso me salvó. Duramos dos horas más o menos en la indagatoria. Lo que más nos preguntaban y lo que más me preguntaban, era por Conrado Marín. En ese tiempo Conrado organizó allá, una vaina que se llamó "Empresa Comunitaria"; montaron una sociedad, en una finca y la denominaron así. Les prestó unos millones de pesos la Caja. Cuando a mí me dijeron que si yo sabía qué organización tenía Conrado, yo les dije que sí. "Preguntado":- Usted sabe qué organización tiene Conrado?

- Sí

- Cómo se llama?

- Empresa Comunitaria La Unitaria; y le deben tantos millones a la Caja Agraria. Y está asesorada por la misma Caja; y el Incora les ha dado plata y ganado: eso es lo que yo sé que ellos tienen. Y fulano, fulano y fulano, son socios.

- Y, Usted es amigo de ellos?

- Sí señor. Yo soy amigo de él. Yo me lo encuentro, me saluda, lo saludo; me da un tinto, le doy un tinto. Ese es el trato de nosotros. Pero yo no sé nada.

- Pues dígame a Conrado, que nosotros le mandamos a decir que se cuide. Usted se encuentra con él y le dice "¡cuidese, porque usted está en la mira del fusil!" Dígame que yo le mando a decir. Usted le dice?

- No sé, porque como yo no sé dónde está.

Me preguntaron cuánto tiempo hacía que no me miraba con él:

- Cerca de un mes.

- Dónde está?

- En el Valle. Se fué y dejó la señora. No ha vuelto. Al final, - Desea agregar algo?

Y el tipo me dijo, "bueno, váyase que usted no tiene nada que hacer en este lugar".

Yo salí y me fui para donde estaban los otros compañeros, los otros campesinos que habían subido. Y me dijeron, "hermano, qué le pasó?" Dije yo, "nada. cómo les parece que dizque diciendo que yo soy guerrillero!" Entonces un viejo que iba, con nosotros, que se llamaba Ramón Urrego, quién más tenía ganado en la zona, le dijo ahí a unos manes y al mismo juez -el juez incluso se fue conmigo a tomar una cerveza - yo le dije, "camine tomamos una cerveza"; entonces dejó al secretario tomando las otras indagatorias, las otras declaraciones y él se fue conmigo-, le dijo el tipo: "pues, yo tengo ahí unas cuatro vacas. Y si me toca vender unas de esas, pa' meterle un abogado a este muchacho, puee yo las vendo y se las meto. Pues no es cierto de lo que al tipo lo tan acusando. Nosotros en la comunidad, certificamos y sabemos quién es él y todo; él no hace más que trabajar y ayudarle a las comunidades." Entonces el juez dijo, "Si. Eso no tiene nada. El ya quedó libre". Me anularon todo. Yo quedé bien. Quedé saneado.

Estábamos en esas -el juez se fue- tomándonos unas cervezas con unos campesinos de San Antonio de Getuchá, cuando arrimaron dos, tres, soldados, así se pararon, nos miraron y se quedaron en la puerta. Nosotros seguimos tomando. No le paramos bolas a ellos. Se entraron y se sentaron. Al ratico, yo me fui a parar, entonces un soldado me dijo:

- 11
- Hermano, usted está detenido.
  - Cómo así?
  - Si. usted está detenido.
  - Bueno, ¿mano: pero yo voy a orinar.
  - Bueno.

Yo fui y oriné; volví y me senté. Y les dije, "muchachos pero, tómense una gaseosa". Se tomaron la gaseosa los soldados. En esas, un cabo fue y volvió y dijo "¡Que los lleven!" Y nos echaron a todos otra vez, ¿mano. Ya habían cogido otros muchachos de la gente que había ido con nosotros y los habían llevado. Yo, pues me fui pensativo "pues, de todas maneras ya tocó: ya que más". Cuando arrimamos a la inspección donde estaban tomando las declaraciones, se quedó un man mirándome así, y me dijo: usted, señor váyase; usted no tiene nada que venir hacer aquí. Los otros señores se quedan!" y dejaron los otros dos que iban conmigo. Entonces, me fui nuevamente para donde estaban los otros compañeros tomando. Llegué y los tipos me dijeron:

- Qué le pasó?
- No, que estaban equivocados y me llevaron. Pero ya me soltaron.
- Ah bueno. Entonces vámonos!

Y nos fuimos. Nos montamos en las canoas y nos vinimos para el Remolino. Dejaron como tres campesinos detenidos, en San Antonio, en la base militar.

Mientras estuvimos en San Antonio de Getuchá, estuvo la contraguerrilla en Remolino. Yo tenía en la pieza mía, una escopeta y una pistola: la escopeta era mía y la pistola de la organización. Llegó la contraguerrilla y mandó hacer dos filas, hermano : "aquí forman los hombres; y aquí forman las mujeres y los niños!" Y de ahí se cargaron un poco de personas, por sospecha de que eran auxiliares de la guerrilla. Entraron a las piezas; raquetiaron. Cuando nosotros llegamos, la gente estaba super azarada, ahí en Remolino. Que "cómo les fue", que "cómo pasó", que "mire que esa gente sacó hasta las señoras en dieta" Eso hicieron formar señoras con ocho días de paridas, con niño y todo. La gente asustadísima, las señoras llorando. Había mucho temor, mucho miedo. Yo les dije que tranquilos, que no pasaba nada; pero yo no sabía que habían raqueteado la pieza mía. Entonces me dijo la señora de un muchacho Jesús Molina -que también se lo habían llevado-, que habían entrado a mi pieza.

- Qué sacaron? Me dijo que la escopeta.

- Y ustedes qué dijeron?

- No, que esa escopeta era suya.

Yo me fui derecho, derecho a ver la pistola; yo no me acordé de nada más. Yo me dije, "pues la escopeta, ya sé que se perdió; pero la pistola no". Levanté el colchón, miré bien y dije, "no, eso se perdió todo." De pronto, levanté el cojín. Me habían volteado el colchón al revés pero seguro lo hicieron con todo y cojín: y ahí se quedó la pistola, quietica.

Me puse una chompa que yo tenía, me eché la pistola a un bolsillo y me vine a hablar con la gente, con los corrillitos que había en el caserío. Llegué a los corrillos, les dije,

- Y ustedes qué? Y las señoras,

- No, pues qué miedo; esta noche cómo hacemos.

- Pues yo estoy armado: no tengo mucho problema.
- Verdad?
- Si, aquí tengo una pistola.

La gente se agrupó. Por ejemplo, los de una casa, se quedaron con los de otra. Yo tampoco me quedé solo en esa pieza; fui y me quedé donde una señora. Ese fue un período de violencia muy bravo. Mataron mucho campesino, mucha gente. Aparecían por el río. Cada nada era "que se murió fulano", "que desapareció perensejo". Fue un período, más o menos, de unos tres meses. Después de la citación por parte del Ejército a raíz de la escuela conjunta con el EPL, los comandos de autodefensa que había del Eme Diecinueve y del EPL, comenzaron a hacer una especie de "operaciones limpieza", eliminando gente que, decían ellos, eran informantes, eran sapos. Entonces mataron unos señores. Después el Ejército, por la vaina de la investigación, cogió gente y "apretó": y los individuos dijeron que el ideólogo de todos esos asesinatos era yo. Y yo no tenía ni idea. Por qué me culparon? Ellos sí sabían que yo era del EME; que yo hacía parte de un comando del Eme Diecinueve. Pero a ellos no les constaba absolutamente nada, que yo hubiera estado metido en esas muertes; yo no estaba metido en eso. Yo me cuidé mucho de meterme en cosas, de irme a quemar. Entre otras, yo le tenía mucho miedo a la guerrilla.

Con ese incidente, se me comenzó a perseguir por parte del ejército, de la contraguerrilla: que ya me preguntaban, que ya me buscaban. Al inspector de San Antonio de Getuchá lo delegaron para que hiciera la investigación. Y el tipo comenzó fue a llamarme cada ocho días a declarar; que a mí me estaban acusando de todas esas muertes; que seguramente era cierto; que le contara. Al tiempo, quedó un poco suspendida la investigación. Pero yo tenía unos amigos en el Batallón Juanambú, que prestaban servicios en la contraguerrilla, campesinos del sector de Remolino: los Cubillos. Y me dijeron, "hermano, a usted lo tienen en la lista negra. Usted está muy mal informado". Yo había trabajado en la vereda de ellos -fue donde llegué por primera vez como maestro- y le había enseñado a sus hijos. Yo les dije, "hermano, a ustedes les consta que yo no soy guerrillero. Les consta que soy maestro. Cuando me han visto armado, cuando me han visto en esas?" Ellos dijeron que eso era cierto, pero que no podían hacer nada. Les dije: "si ustedes son amigos míos, por qué no hablan con el comandante del Batallón? Explíqueme la realidad concreta. Si hay gente metida en eso, yo no digo que no la investiguen, o que no los cojan; la ley tiene el deber de hacer su investigación, pero a mí que me saquen de ese paseo". Me dijeron que listo, que iban a hablar con el comandante. Luego me dijeron que hablaron con él; pero me aconsejaron que me fuera, "porque la decisión del ejército, como aquí en el Caquetá está tan jodido - dijeron, -, es no llevarle problemas al Batallón: porque uno se lleva un individuo detenido y detrás se va la señora, se van los hijos, se va el papá, se va la mamá, se van las denuncias. Llevar una persona es llevar un problema". Me aconsejaban que me fuera, siquiera por dos años. Les entendí la preocupación.

Inmediatamente, me retiré. Vine a Florencia y me fui para la casa. Ahí me estuve dos días, durante las fiestas de San Pedro.

De ahí me fui para donde una tía que vivía en los Aletones, de Belén para arriba. Allí estuve más o menos un mes y medio. Fui a Florencia en Julio -que entrábamos a estudiar -únicamente a cobrar el mes y me devolví para la casa. Luego me fui adónde mi tía. Allí estuve Julio y Agosto.

Boris ya había llegado al Caquetá. Pero no por allá. Ya por allá se conversaba de las móviles en la cordillera (porque esto sucedió hacia los lados del Plan): que "las móviles de la cordillera" y que "las móviles de la cordillera". Eso nos metieron el cuento de que las móviles eran un grupo de personas muy hábiles y muy ágiles; que, cuando los necesitáramos, no era sino mandarlos llamar y ellos bajaban. Que íbamos a hacer "un corredor": era una especie de camino, desde el plan a la cordillera, por donde uno bajara y subiera la gente, a través de personas amigas, para que no los fuera a detectar el enemigo; ese era el cuento del corredor.

#### EL ALLA Y YO ACA

La primera acción donde participé fue en la toma de San Antonio de Getuchá, que era una Inspección. Por decir, eran dos manzanas y una escuela. Es un pueblito a orillas del Orteguzaza que pertenece al municipio de Milán.

En esa participé siendo civil. Como milicia. Esa toma la dirigieron Boris y Conrado. Conrado reunió la dirección, o sea, a un señor de apellido Cardozo y a un señor González: ellos hacían la dirección de todo lo que era el EME allá. Se reunieron con Boris. En ese tiempo nadie sabía quién era Boris: yo miré un señor barbado que llegó, pero no sabía ni como se llamaba. Ellos planificaron todo. Fue la primera que hubo en el Caquetá. Se hizo una toma guerrillera, pero no se nombró a ninguna guerrilla. Eso pasó como "FARC"; porque era la única guerrilla conocida en el país y en el Caquetá.

Conrado llamó a todos los comandos que teníamos y nos dijo que teníamos que tomarnos a San Antonio. Hizo un listado de personas que según él decía, eran "sapos" y había que matarlos. Boris, lo primero que hizo fue mirar el listado que había hecho el finado y dijo, "pero cómo así? Esto no es así" y de una vez dijo que no. Y seguramente aceptó que mataran una sola persona, porque yo no miré sino uno solo.

Ya en el momento de embarcarse, como todos conocíamos el caserío bien, en la orilla del río nos reunieron. Nos dijeron, "bueno: la distribución es la siguiente: fulano se hace en tal parte; zutano, le corresponde la canoa; perensejo presta guardia; menganejo reúne la gente en el parque." Conrado y Boris hablarían en el parque. La operación empezó como a las once de la noche. Y salimos como a las cinco de la mañana.

Salimos cuarenta personas a San Antonio de Getuchá. Todos éramos de la zona y conocidos -imagínese: yo, maestro de ahí mismo, del lado de abajito. A mí me pusieron en una "contención", que para que no me vieran. Todo el mundo era enmascarado con capuchas

negras: el calor era muy verraco! Esa zona que de por si, es caliente; y estábamos en verano; y uno tapado, hasta aquí, con ese talego! eso no miraba uno bien. Yo me quité esa pendejada: como era de noche y por allá lejos. Me la dejé mientras pasamos por donde había luz; bien; después me la fui quitando. Me hice en un puente, de contención. Ahí estuvimos un rato. Teníamos tiempo medido: sabíamos que a tales horas nos íbamos. Llegó la hora de irnos y nadie fue a avisarnos. Entonces yo me vine. Cuando llegué al Puerto de San Antonio, ya la gente estaba formando para montarse en la canoa. ! No nos habían mandado a llamar! Eso, naturalmente por la inexperiencia en el manejo de toda esa vaina.

Esa toma tuvo más un carácter de delincuencia, que de guerrilla. Porque eso, le pedían, puay a los cacharrereros, a los de las tienditas, lapiceros, navajas,, mecheras, tenis, se llevaron un poco de pendejadas. Por allá después se la repartieron entre la gente.

Antecitos de montarnos a la canoa, alguien dijo que quiénes querían ir a un operativo, al lado de arriba, a una finca. Les dije que yo iba. Nos fuimos diez compañeros. Golpeamos en una puerta. Nos abrieron. De ahí sacamos un revólver y una escopeta: fue el primer armamento que recuperamos. Nos retiramos en unas canoas.

Eso fue a comienzos del setentinueve, después del Cantón. Como nos las habíamos llevado "medio a las malas", las dejamos correr río abajo. Bajamos y escondimos los motores fuera de borda. Al otro día pasé por San Antonio. Teníamos que venir a saber cómo estaba el caserío, qué comentarios había, coger datos. Me bañé, me arreglé y salí a la orilla del río; cogí la canoa que venía para Florencia. Llegué, ahí tomamos tinto y desayunamos. Todo bien. La gente alarmada. Mucho comentario -ahí veníamos varios de los que habíamos estado; "Qué paso?" "Cómo fué la cosa?". Yo traía una mechera, de las que habían dado los compañeros ; y nervioso, pensé que seguramente por esa mechera me cogían -ya había llegado ejército-; la tiré al río.

En San Antonio no nos requisaron. A Milán, también arrimó la canoa -es un pueblo más arriba, el municipio. Tampoco nos pidieron documentos; nos requisaron y seguimos. Después, Conrado comenzó a entregar los motores a los dueños. Pero para hacerlo les exigía que le colaboraran con algo, que le dieran alguna plata. Por esa razón, la gente de San Antonio se dió cuenta que quienes habían subido a hacer esa acción de la guerrilla, era gente de Remolino y que quien la comandaba era Conrado Marín, porque él era quien negociaba. Se descompartimentó ligerito. Y a raíz de eso, fue que el ejército comenzó a buscarlo. A los pocos días bajó Pepe, un compañero ecuatoriano de la Dirección Nacional. Nosotros le contamos que Conrado estaba dirigiendo mal. Yo fui muy crítico con Conrado Marín. Le dije que: primero, ese tipo de acciones no eran como de la línea del Eme Diecinueve; segundo, que no había que llevarse la gente para hacerla "quemar" y hacerla esconder sin necesidad. Porque él manejaba la concepción de que todo el mundo se quemara; y ya, estando quemado todo el mundo, pues tenía que irse para el monte y así se iba conformando la guerrilla. Yo le decía que eso estaba mal hecho. Que nosotros debíamos tener gente en toda parte. En ese tiempo, Conrado me había convidado

que me fuera con él. Yo no me quise ir. Yo le comentaba a Pepe todo eso. A raíz de todos esos comentarios, Pepe sacó a Conrado de la región. Lo trasladó, parece que para el Valle. Por allá estuvo un tiempo. Durante ese tiempo, nosotros le comentamos bien a Pepe, como era que se había trabajado allá. Y encontramos que había unos fenómenos que no eran correctos, que estaba haciendo Conrado, en desacuerdo con la orientación que daba la organización y que daba Pepe. Pero nosotros de todas maneras, seguimos adelante.

Las contradicciones políticas, con Conrado, en el caso mío y de algunos compañeros se agudizaron. Por esa razón, cuando Conrado regresó me mandó a subir pa' la guerrilla, adonde él estaba. Me mandó a decir que fuera, que yo estaba quemado; y que a mí me iban a matar. Yo no me quería ir. Lo que yo sé, la información que yo manejo de esa vez, es que Conrado -por los problemas ideológicos que teníamos, porque no teníamos problemas personales- había dicho que a mí tenía que llevarme para fusilarme. Yo no le paré bolas a la ida adonde Conrado. En lugar de eso, me vine para Florencia, a cobrar el sueldo. De bajada llevé remesa, cigarrillos y cosas; y les mandé a los compañeros. El después sacó una comisión de compañeros, para que vinieran y me llevaran: los compañeros se negaron...Creo que por eso fue que me salvé. Después los compañeros me contaron, "mire que esto y esto y esto." Con Conrado, después de esa vez, no nos miramos sino otra vez en la vida; porque él vivía en la guerrilla en el Plan y yo vivía en la cordillera. El allá y yo acá. Hubo ese incidente con él. Si otro hubiera sido yo, me habría salido de la guerrilla con ese cuento: y él que era el jefe!. Pero las ideas mías eran como muy claras; yo dije que ese vergajo era un loco y que yo no le paraba bolas. Que de todas maneras, yo ahí estaba. Seguí en la organización y después en la vida guerrillera. Y no pasó a mayores ese incidente.

AL HERMANO MIO

En septiembre me fui para la guerrilla porque surgieron varios incidentes: primero, ya me había "desaparecido"; no se sabía donde andaba. Segundo, al hermano mío le cogieron propaganda del Eme Diecinueve, una pistola y un revólver; y un casete grabado de la "Quinta Conferencia del Eme Diecinueve".

El iba en un carro, con un compañero que se llamaba Abel Aroca, con el ecuatoriano -eran tres- y con el conductor, eran cuatro. Cayeron en un retén, entrando a Florencia. Cerca quedaba un puesto del Batallón. Las armas iban en un bolso. Requisaron y las encontraron. Cuando el soldado que requisó, preguntó, "de quién es esto?" El dijo, "eso es mío", para salvar al resto de compañeros. De una vez le dijeron, "eche para allá!". Lo sacaron y se lo llevaron. Dejaron también al conductor. Y a los demás les dijeron, "váyanse". Pepe tenía un revólver escondido debajo de un cojín. Cuando le dijeron váyanse, se montó en el carro, lo sacó, se lo guardó y se fue.

Al hermano mío lo metieron en un charco de barro -él contaba; le echaron agua, le hicieron lo que llaman el "submarino": le amarraron una toalla en la boca y la nariz y le pusieron un

chorro de agua. Toda esa noche hasta la una o dos de la mañana. Le preguntaban de quién eran esas armas; él les dijo que había dicho que eran suyas, pero no eran de él, sino de los otros que se habían ido. Porque le habían dicho, que, en caso de que cayeran, él dijera eso; y lo había hecho por miedo de que lo mataran. Ellos le preguntaron por qué no había dicho eso en ese momento; entonces él dijo que no, porque esos tipos de pronto lo mataban, porque ahí iban armados, a ellos no les habían quitado las armas. El Ejército salió como loco a buscarlos.

Le preguntaron cómo había hecho para conocerlos. El les dijo que se habían hecho amigos en un café. Y lo habían convidado a que fuera por allá a conseguirse un ganado: andaban detrás de unas vacas pa' robárselas. Que no sabía nada más, ni qué había en esa mochila; le habían dicho, "diga que esto es suyo".

Lo tuvieron tres días en "Venecia". Ahí era el Batallón, existía la contraguerrilla donde es hoy el Batallón Liborio Mejía: ahí era la base de "Venecia". Allí era donde prácticamente torturaban a la gente; donde tenían los calabozos y toda esa cuestión. No le dieron ni agua. Todos los días lo sacaban del calabozo y dizque le decían, "venimos a darle el saludo". Unas patadas y unos puños. Y volvían a meterlo. Le preguntaban: "Cómo le parece el trato y la comida?"

A los tres días le dijeron: "hermano, queremos que usted nos colabore. Vamos a sacarlo". Lo sacaron vendado del calabozo. Cuando lo desvendaron él estaba dizque en una sala. Alrededor había un poco de señores de civil -me imagino que militares- y le dijeron, "sabe cómo se llama este sitio?"

- No.  
- Se llama el "bramadero". Aquí canta el que sea". Le dijo uno al otro: "cuélguelo". Con un lazo dizque le amarraron las manos por detrás. Y uno de ellos le dijo:

- Bueno, díganos: nos va a colaborar, o no?  
- Si, yo les voy a colaborar. Pero para hacerlo, tengo que salir de aquí. Cómo voy a hacer si no le sé los nombres a la gente, ni dónde viven. Solamente tengo presente a dos, y eso de cerca. -

Este parece que nos va a ayudar. Suéltenlo. Vaya báñese, arréglese, y nos vamos. Bueno, usted dónde tiene su ropa? En qué trabaja? Dijo que trabajaba en un taller. Y que tenía la ropa donde un amigo. El no tenía nada donde ningunos amigos: conocía unos muchachos, que tenían ropa que más o menos coincidía con la de él. Porque en la pieza donde él tenía la ropa, había era como treinta ó cuarenta granadas; y había más armas. Y estaban otros compañeros. El disque le dieron comida. Y tipo uno o dos de la tarde, salieron en un jeep. "Camine, damos vuelta al pueblo; y usted nos muestra la gente". Llegaron a una casa amiga, donde sabían que él estaba detenido. Les dijo, "buenas tardes!"

Entraron. El tenía que presentar a los militares como unos señores de una finca: "Les presento al patrón que es de San Vicente....Me voy a ir a trabajar" Y no sé que más. No entraron sino dos, de poncho y sombrero; dándoselas de ganaderos. Fabio pidió entrar al baño. Le dijo a una de las niñas, "présteme un lapicero". Y escribió detrás de la puerta del baño: "todos los que hay ahí son militares". Salió y le dijo a una de las muchachas, "sáqueme unos zapatos y una muda de ropa" y le picó el ojo. La muchacha le entendió. Los zapatos le quedaron un poquito grandes;



y los pantalones, largos. "Ve, se me soltó la bota", dijo. Pidió una aguja y le cogió al pantalón.

- Bueno, dónde trabaja usted?
- Yo trabajo en un taller.
- Y allá qué le deben?
- Me deben medio mes. Esos eran otros amigos.
- Camine, entonces, cobre. Para ver si era cierto.

Llegaron al taller y de una vez le preguntaron al señor: "bueno, hermano: usted le debe plata al señor?" Les dijo que sí. El tipo al mirar a Fabio, de una vez le entendió.

- Cuánto le debe?
- Le debo \$5.000.00. Pero yo, en este momento no tengo.
- Pues déme lo que tenga -dijo mi hermano- porque me voy por allá para San Vicente.
- Tenga \$2.000.00

Los del Ejército quedaron convencidos. Dizque le dijeron, "este hijueputa tiene buenas recomendaciones.

- Y usted por qué ha estado en eso?
- Yo no he estado en eso. Yo caí engañado.
- Bueno, móntese al carro y nos vamos a buscar la gente. Vamos a entrar a los cafés. Usted, pasa pa'l orinal y de entrada mira quién hay; y de salida, nos dice en qué mesa está, cómo está vestido y todo.

Ellos llegaban a cada sitio, se bajaban y se distribuían. El hermano mío dice que a la primera parte donde llegaron fue un café que se llamaba "la gallera". Ya lo quitaron. Apenas se bajó, encontró dos compañeros, tomando cerveza o gaseosa. Ellos lo vieron: sabían que estaba detenido. El de una vez los miró y pasó de largo. Cuenta que inmediatamente, la gente se puso verde, pálida. Cuando salió, los militares le dijeron,

- Qué?
- Aquí, no hay nada. Siguieron. Y cada nada, por la calle, encuéntrese gente amiga y compañeros: apenas lo miraban se agachaban y se ponían pálidos.

Los seis tipos que andaban con él, se pusieron a tomar trago. Tome y tome y hable de mujeres: que "vamos donde la vieja tal". Comenzaron a descuidarse con él. Más o menos a las cinco de la tarde, uno de ellos dijo,

- Le puedo dar algo al muchacho?
- Dele gaseosa. En eso otro dijo:
- Hermano déjeme el carro que voy a ver una vieja que tengo por allá arriba.

- Bueno, y este man qué?
- Pues váyase otro con él y llévenselo ahí en el carro.

En el vehículo, dice él, iban unas metras y unos fusiles; y además llevaban arma corta. Salieron, ya borrachos, y en pura hijuemadre. Vinieron y se volcaron al frente del hospital: bajaba un agente en cicla; y el conductor, por ir hablando paja, al empezar la loma, cogió y tin! le dió al agente, que voló por allá; el conductor frenó en seco, el carro dió vueltas y quedó contra el barranco. Las armas se salieron. La gente que pasaba, comentaba: "Mire esa gente armada! De seguro es la guerrilla que se va a entrar a Florencia."

El conductor de una vez se bajó y salió corriendo. Dentro del carro quedaron, Fabio y otro señor. Dizque le dijo:

- Hermano, aproveche y vayase!.
  - No, yo porque me voy a ir?
  - Váyase pero ¡rápido! ¡mano, aproveche la oportunidad.
- El pensaba que le decían eso para que saliera corriendo y matarlo por la espalda. Ya en eso se amontonó gente. El salió, por la puerta delantera, chorriando sangre de la cara porque un fusil lo había golpeado. La gente dizque decía, "¡Ay! ese señor está herido". Caminó hacia la parte alta de Florencia hasta la casa de una señora. Le dijo, "señora, por qué no me hace un favor? déjeme entrar a bañarme la cara". Tenía un pañuelo, cogiéndose la herida. La señora le dijo que no. Y le sacó agua en una vasija. Cuando él se quitó el pañuelo, se le vino el chorro de sangre. - Ay señor! a usted, qué le pasó?
- Nos accidentamos aquí, abajito.
  - Entre pues, y se baña. Después de que se bañó y más o menos se arregló:
  - Oiga, señora, por qué no me deja pasar por su solar, al otro lado del río.
  - No señor, por acá no hay pasadero
  - Mire, señora: yo soy del Eme Diecinueve; yo estaba detenido. Me acabé de volcar ahí. Vengo volado! Si me pasa alguna cosa, usted es la responsable. Azaró a la señora!
  - Ay, si señor, claro! Mire, por aquí, bájese así; por ahí se puede pasar al río. Váyase por allá por esos llanos. El se pasó al otro lado del Río Hacha y se fue.

El hermano mío fue a parar donde mi tía, donde yo estaba. Todo estropeado, morado, derrengado, por los golpes, más la volcada. Me dijo, "pues, hermano, yo me voy yendo para la guerrilla, porque la situación mía es muy tenaz". Y me contó lo que le había pasado.

Ló escondí dos días en una pieza. Estábamos en esas, cuando a la casa mía fue el Ejército. Allanaron, le dijeron a papá que tenía que entregarme y que si no, no respondían; al viejo le pegaron la azarada del siglo.

El hizo una carta y me la envió, sin saber que el otro hermano mío estaba allá, pidiéndome el favor de que me fuera porque el ejército había ido a buscarlo y que preguntaban por mí también. Se me complicó la crisis. El hermano mío ya se iba a ir. Cuando leí la carta, le dije, "espéreme un momentico: yo también me voy". Salí y me largué con él. Eso fue en septiembre de 1979.

#### ESA GENTE PLATEABA

Yo comencé con el Eme Diecinueve, a trabajar con Pastrana y la lancha de los comuneros que era una cooperativa, desde mediados de milnovecientos setenta y siete. Las primeras escuelas fueron en el setentaiocho. Ya en el setentainueve me tocó venirme a la guerrilla. No hubo otra alternativa. Yo le había dicho a Pepe, que qué iban a hacer conmigo; que yo estaba quemado. Y me dijo, "la única alternativa es que se vaya para la móvil: no hay más dónde defenderlo, ni dónde esconderlo". Por eso no me quedó más alternativa, que seguir detrás de mi hermano.

Nos fuimos para la móvil. Eso fue por la región del Pescado. El era quién conocía los contactos. Con santo y señas y a través de campesinos, uno daba dónde eran los campamentos y podía hablar

con los comandantes de la guerrilla. En ese entonces eran Gerardo Perilla -"Rafael"- y Rodrigo Pérez, que acá se llamaba "Ramón".

Llegamos a los Angeles. Allí había una compañera que era maestra. Se llamaba Graciela, pero nosotros le decíamos "Teresa". Ella fue el enlace con los compañeros que estaban por ahí.

Al rato de llegar, bajó "Rafael" y me dijo únicamente:

- Se vino?

- Si, hermano, porque eso se me complicó.

- Listo. No hay ningún problema.

El finado Rafael nos mandó instalar en la casa de un amigo campesino. Me la pasé allí ocho ó quince días. Todas las noches nos íbamos a pescar cuchas, para comer. Y espere, espere a que vinieran por nosotros.

A los diez días más o menos, llegó un compañero enviado por Rafael a que nos recogieran. Cuando el compañero llegó, le dije: "Cómo es la cosa? Cómo es que me voy a ir?" Yo, todavía estaba dudando si me iba o no. Me dijo:

- Hermano, usted se va, primero si quiere; segundo, por el tiempo que quiera.

- Entonces, yo me voy por dos meses, cosa que en diciembre estoy saliendo: me estoy octubre y noviembre; y a finales estoy saliendo para pasar diciembre en los pueblos, para la rumba y las fiestas.

- Listo, no hay ningún problema.

En ese tiempo yo no conocía la guerrilla, no conocía ningún guerrillero. Mantenía la idea de que era gente barbada, velluda, grande. Nos fuimos. Llegamos a la finca donde llegué a quedarme. Al rato bajó un tipo con revólver; medio mechudo, barbado; y con un ojo torcido. Dije dentro de mí: "éste es el primero". Lo miré como todo raro. Al ratico bajó otro, más grande, con boina, barbado, flaco y mechudo: "El Segundo". Yo miraba que no daba la talla para eso; que yo no era de esa raza. "Esto está como tenaz la cosa", pero no decía nada. Únicamente mirando. Uno de ellos era un muchacho Alfonso de las FARC. Nos dijeron que debían llevarnos para el campamento. Tenía la idea que era una casa grande, de zinc; más o menos como en la época de la violencia, que vivían en ranchos. Y donde había caballos y vacas. Nos contaron que estaban en una convivencia con las FARC. Fue la primera. En octubre. "Estamos intercambiando experiencias. Vamos para allá".

Nos hicieron andar todo un día y medio. Llegamos a una casa. El señor de ahí llamó los contactos que tenía. Cuando bajó un pelado guerillero, un mocito, de civil, con una pistola: "los compas, son los del EME?"

- Si.

- Bueno caminen.

Y nos fuimos. Comenzamos andar, andar y a entrar al monte. No dije nada, pero se me fue haciendo raro. Ya bien adentro, comencé a mirar que el camino era bien empalizadorito. Entramos a un clarito. El man silbó y salió otro:

- Ellos son los compañeros?

- Sí, son los del Eme Diecinueve. Nos recibió y nos dijo,

- Bueno, compas, siéntese por ahí.

Pensaba, si están juntos las FARC y el Eme Diecinueve, debe haber

un gentío el verraco. Uno tenía la mentalidad de que la guerrilla era una cosa extraordinaria; que le hacían tiros a las cuerdas y las cortaban. Que había unas mujeres muy bonitas. Yo era, ojo!. Haber dónde miraba la gente, o miraba fusiles. Empecé a mirar unas paceritas; y unas paceritas. Me fui para donde un compa que lo miré leyendo un libro. Era un pelado de las FARC que llamaba Richard. Le dije, "buenas tardes -yo no sabía como era la cosa- trata con Pablo Beltrán Polanía, para servirle en lo que pueda. Fui y saludé a un poco. Me iba presentando como en la vida civil: y ellos me miraban y se reían.

Me salí para la plaza de armas. En eso, me salió una compañera y me dijo:

- Usted ha sido profesor no?
- Si.
- Tiene cara.

Seguimos hablando.

Llegó la hora de la comida. Me pasaron una ollita, "la gacha para el compa"; una ollita sin orejas ni nada. Me fui a la fila a recibir. Me dieron la comida. Comí, la medio limpié y fui a recibir la sobremesa. Uno que no está acostumbrado a que, donde recibe una cosa, ahí mismo recibe la sobremesa y todo: pero la guerrilla es así!

Comenzó a oscurecer...Y yo, con un morralito y una peinilla vieja, que era lo único que llevaba; sentado en un palo. Cuando se arrimó un compañero, grande, y me dijo:

- Compa, ustedes son de las FARC o del Eme Diecinueve?
- Pues yo soy del Eme Diecinueve, "mano"
- Pues somos de los mismos! Yo me llamo Chucho. Esperen un momentico, yo les voy a conseguir un buen equipo.

Claro! Nos consiguieron carpa de casa, hamaca, cobija, morral hamacas: una arriba de la otra. Me quedé en la de abajo. No pude dormir, de miedo. Yo me dije, "aquí nos matan. Uno durmiendo, llega el ejército y nos acaba a todos!"

Esa misma noche me levantaron a guardia. Como a las doce de la noche. Me llevaron al puesto y me entregaron la guardia, "con la novedad -me dijeron- que no me deje ir esos dos". Era una noche de luna, y esa gente plateaba. Dos muertos. Yo los miraba, pero ni forma de irse uno. !Como no se podía mover de la guardia, porque si lo hacía, hay si era cierto que le daban a uno también! Esa noche la FARC había estado dizque haciendo una "operación limpieza" y habían llevado unos señores "que por sapos". Los mataron. La costumbre era dejarlos en la guardia. AL otro día, los enterraron.

Dijeron que debíamos irnos de ahí. LLamaron la gente. Que había que organizar la vanguardia. "Franklin -ya me había puesto ese seudónimo- se va adelante con Leonidas -un muchacho de las FARC- en la exploración. Al compañero del Eme Diecinueve pásenle un arma". Me entregaron una escopeta, "hechiza" (no era de fábrica) y dos tiros. "Compañero, aquí hay que llevarnos todo". Me dieron un equipo grande, de tres pisos, de esos que cargan las FARC; y me le metieron alverjas, una cosa, la otra, hasta un molino. Más las cosas que llevaba, -yo no podía andar ni solo,- más la escopeta: eso se me enredaba esa hijuemadre con todos los bejucos. Yo le dije al otro man:

- Hermano, y eso de la vanguardia, que és? Cómo es la guevonada.

- Pues que nosotros nos vamos adelante; vamos explorando. Y dónde veamos el Ejército, de una vez les disparamos!

- Jah!

Bueno, con ésta estuvo, mano. Yo miraba que, con esa escopeta y dos tiros. "No! Aquí nos matan es a todos!" Seguimos andando por entre el monte. El era el guía. Salíamos a un camino y me decía: "Pues, que mire pa' allá"; que pilas y tal y no sé qué; y yo con los tiros en el bolsillo y la escopeta sin tiro: porque donde le metiera los tiros, de pronto me caía y se me iba un disparo. Nos estábamos moviendo por Cerro Negro.

Antes de llegar al sitio donde nos íbamos a quedar, pasamos por una casita. Un niño nos miró. Entonces dijeron, "hermano hay que hablar con esa gente, porque de pronto nos sapean. Los pollos pa' hablar, son Franklin y Alexander" -un tipo alto, con cara de policía. Yo lo miraba y me decía "este como que lo he visto por allá en la policía". Ellos eran veteranos. Pero como yo sí entré conversando harto, me dijeron que fuera a hablar con el campesino. "Los esperamos ahí, en ese filito". Nos fuimos. No encontramos sino a unos peladitos. Le dejamos razón al papá, que fuera al otro día, porque necesitábamos hablar con él. Los muchachitos nos dieron dos piñas grandes. Cuando nos devolvimos, ya no quedaban sino los dos equipos nuestros. Otra piña al equipo: y bien mamáo que iba. Llegamos. Yo, con la espalda pelada. La estaba mirando como muy verraca. Le dije al finado Rafael, "compa, estoy muy cansado. Quiero irme a bañar". Algunos dijeron, "pues démosle baño al gordo" Me dieron permiso de ir a la quebrada. Fui el único que se bañó: eso la guerrilla, casi no da baño!

Esa noche, a los doce, me llamaron a guardia, otra vez!: "Compa que le toca la guardia!" (Eso era todas las noches). Me entregaron la guardia y me dijeron: "Pilas, que por ahí anda un tigre. Donde se descuide uno, se lo come!" Hermano y yo recién metido. Eso era pilas: caía una hojita y yo volteaba con la escopeta, me decía "yo le zampo un balazo". Hice mi turno y me fui a dormir.

Al otro día seguimos de marcha. Arrimamos a una casita, en el "Batato". donde un amigo, un campesino. Dijeron que íbamos a descansar. Se compraron una res y plátano. Y a organizar campamento, que porque se iba a dar instrucción, que porque había mucho personal nuevo. Y nos agarran ocho días: a las cinco de la mañana nos hacían levantar; de las cinco y cinco a cinco y diez, teníamos que bañarnos en unos charcos fríos, mano -y yo que venía del Plan: eso era ¡chumbulún! nos hacían tirar todos biringos al agua. Salía uno de ahí y lo estaban esperando a uno con un tinto. Las FARC toman mucho tinto por la mañana, pero amargo. Y de una vez que a los ejercicios y a la gimnasia americana. Eso era una sacadera de leche. Así nos tuvieron más o menos una semana. Ya a la semana dijeron, "pues que nos vamos" y me soplan otra vez ese equipo pesado. Me dijeron, "compa, aquí uno tiene que cargar pesado, pa' templarse"; y eso me metieron como dos arrobas. Y agarramos una loma arriba. Por allá me cansé, me dieron vomitos; sudaba, me daba mareo, super mamáo: yo tiré ese equipo y me senté. Me dolía el pecho, agitado, como para ahogarme! Yo era muy gordo. De verme así, dijeron, "a este man hay que darle pastas". Me dieron unas pepitas rojas y blancas y me dejaron descansar

unos 15 minutos. Me doparon! Seguí andando sin cansancio, normal, todo el resto del día.

Llegamos a un sitio, "los guayabos", donde un cucho que llamaban Mario-vaca. Allí estuvimos hasta que oscureció. Luego dijeron que había que marchar de noche; de eso, no entendía ni pío. Nos metieron como cuatro noches andando. Y eso era: salía uno a las seis de la tarde; y llegaba una ó dos de la mañana. De aquí que se ubicaba y todo, eran las tres ó cuatro. Dormía uno por ahí hasta las 5. De cinco á seis le llaman. Nos hacían parar. Durante todo el día no lo dejaban dormir. Había un oficial, el de servicio que llaman, paseando por donde toda la gente; al que se iba durmiendo, !"pilas, que lo matan los chulos!" Le decía; usted tenía que despertarse, lo hacían parar. Y el que se esté durmiendo mucho, pues lo ponen de "escucha": y "escucha", era hacerlo tender por ahí detrás de un palo a oír. Nos salimos de ahí dizque para hacer una emboscada, porque íbamos era a peliar. Nos sacaron hacia la carretera central. En una vereda llamada Córdoba, sobre el río hacha hay un puente colgante. Mandaron adelante, a explorar a Jairo Capera y a otro muchacho, que llamábamos William en la bandola, y se había desertado junto con Capera. Regresaron a decir, "hermano, el Ejército está en el puente: está la contraguerrilla. Hay dos sentados; y los otros están más abajo". De una vez, dijeron que había que darle golpe de mano a los del puente. Y había que garantizar el paso. Mandaron como cuatro, con carabinas. Ellos se les acercaron tendidos, tendidos, tendidos, a los manes del puente: dos soldados que se habían alejado del campamento y estaban fumando marihuana, dijeron los compañeros. Estaban desarmados y hablando paja. Cuando les dijeron: - ¡Quietos, no se muevan!

- No, no nos vayan a matar!

- Tiéndanse boca abajo.

Uno se quedó cuidándolos. Los otros se vinieron a avisar. Fuimos y pasamos. Cuando cruzamos, les dijeron:"Bueno. Váyanse y ustedes verán. No digan nada". Los manes no dijeron nada, porque nosotros nos quedamos enseguidita y por ahí nunca se movió el Ejército.

Llegamos, pues y que la emboscada. Eso era que ubicando puestos, y cavando trincheras. Pusieron dos bombas. Al finado Rafael le tocaba estallar una. Nosotros esperando que saliera el ejército en camiones. A mí me pusieron con el "mueco" a cuidar los equipos. Los colocaron en el lado de arriba. Allí había un puesto de guardia que debíamos cubrirlo entre los dos: mediodía cada uno. La guardia la hacían prestar en posición firme y con el fusil en porte: no se aguantaba ni el putas! Yo, como era el inexperto, me ponía firme; y miraba con cuidadito a lado y lado. Y cuando el man miraba que yo me movía, me decía, "pilas hermano!". Me estaban era disciplinando, mejor dicho. Y que esperen; y que cuando revienta la emboscada, nosotros salimos, aquí derecho arriba, a cubrir el filo. Ya me habían quitado la escopeta. Me dejaron un revólver.

Estuvimos cuatro días en la emboscada. Y no pasó nada. Cuando fueron a quitar la emboscada, a la bomba que tenía el finado Perilla se le unieron los cables al moverla, y pin! A duras penas totió el estopín: o sea que, donde hubiera pasado el ejército, nos habían matado era a todos! Habíamos treinta y cinco personas

en esa emboscada.

De ahí nos fuimos para la vereda San Pacho -todo el recorrido hecho hasta ahora, es en jurisdicción de Florencia. Estuvimos unos días por ahí, comiendo unos chivos que nos regalaron, abriendo trabajo, conociendo la zona -los del EME, porque las FARC decían que esas eran "zonas de ellos" y que no dejaban meter a nadie. Anduvimos con ellos unos días. Decían que iban a hacer unos operativos conjuntos, para conseguir plata. Sacaron comisiones, a una cosa y otra. A nosotros, nos dejaron en el campamento.

En ese tiempo se creó en el Caquetá una vaina que se llamó el Frente Democrático. Era la unión del Partido Comunista, Firmes y algo otra gente de aquí, como "Organicémonos", un movimiento que tenían los maestros. Dijeron que había que apoyarlo. Se consiguieron los programas del Frente.

Como yo era más o menos charlador, me pasaron el programa del Frente Democrático. Y la misión mía era, todos los días, leerles el programa al resto de gente; y explicarles, punto por punto. Eran como catorce las propuestas: "Que tal punto, tal cosa; que tal punto, tal otra"; y déle.

Guillermo era el comandante de las FARC que andaba ahí; Rafael, era el comandante del Eme Diecinueve. Los dos se ponían de acuerdo; y siempre se iban juntos.

Guillermo le había dejado el mando por parte de las FARC a Alfonso; y por parte de nosotros, quedaba el finado Abel Aroca, "Isaías" en la guerrilla. Ellos se ponían de acuerdo, "que fulano dé las charlas": se me iba una o dos horas en eso. Después de eso, Alfonso cogía la grabadora para oír música; y a sintonizar "Atardecer Campesino". Y grave. Le dañó todos los casetes que tenía Guillermo con charlas del Partido. Un día antes de que llegara Guillermo, me dijo Alfonso, "venga Franklin, para acá, hágame un favor: póngase a echar política aquí, y grave encima de estos casetes". Cuando vino el otro, le dijo, "hermano, resulta que nosotros hemos grabado las charlas; y queremos que ustedes, los comandantes, las oigan para ver cómo estamos."

En esa semana dijeron que debíamos instalar otro campamento. Ese lo hicimos por Santa Ana de las Hermosas, parte alta. Estando allí, en una loma muy bonita, mandaron una comisión a conseguir comida: plátanos y un novillo. Eran como las cinco de la tarde. Guillermo y el finado Rafael habían llegado y estaban planificando algo. Un día antes me habían pasado una carabina San Cristobal, una granada y un revólver: estaba más armado que un verraco; yo no le podía a esas armas. Entonces le dije al "ministro de armas" -así llaman las FARC al responsable del armamento-

- Enrique, yo no sé desbaratar estas armas.

- Pues, en todo caso, tiene que hacerles aseo.

No sabía cómo. Al rato volví a decirle:

- Hermano, yo no sé.

- Pues si no les hace aseo, le sancionamos.

Entonces me fui a desbaratar. El revólver, fue fácil. Pero de la San Cristobal, no sabía por dónde se desarmaba, ni dónde se volvía a armar. Me puse a joderle, a chuzarle; hasta que más o menos le encontré el desbaratadero. Hasta ahí sí fui capaz. Para armarla, llamé al hermano mío. Le dije, "ole, Fabio, venga:

ayúdeme a armar esta guevonada". Dijo, "yo no sé bien, pero más o menos es así". Y la volvimos a armar. La San Cristobal, queda con la boca abierta. La única forma de bajar el bloque es apretándole una de las uñas, porque tiene dos: de tiro a tiro y de ráfaga. Yo hágale y hágale; la palanquita de maniobra quedó como suelta. Y ese bloque abierto. Yo dije, "esto se dañó". Yo tenía la carabina atravesada en las piernas. La voltié, de para arriba, la puse sobre una pierna. Y dije: "Aquí no hay más de otra, sino meterle un proveedor! y apretar una uña, a ver si sirve." Le saqué los tiros al proveedor; y le dejé cuatro no más. Le metí ese proveedor y le apreto la uña -fue la de ráfaga- y trran! Salieron de un solo guascazo. Cuando voltié a mirar, estaba todo el mundo tendido, detrás de los palos, avanzando en los codos, otros arrodillados apuntando. Miré pa' arriba y venían cayendo hojitas, pedacitos de rama. Yo me paré y dije, "compas...Jummm...No se asusten que fui yo." Se para Guillermo, el de las FARC, se viene y me pega un repelo del verraco..."Compañero, eso es un acto de indisciplina!" no sé qué y no se qué más. Yo me quedé mirándolo; le dije, "pues si, pero sea como sea, yo no tengo la culpa. Además, usted no es mi papá, no me regañe. Yo soy es del Eme Diecinueve." El salió y se fue. Al ratico vino el finado Rafael: todo sonso, me dijo, "qué le pasó gordo". Le dije, "pues yo no sé manejar esta carabina. Les dije que me enseñaran y no lo hicieron: yo, no tengo la culpa. En últimas, la culpa es de ustedes, los jefes. Yo creo que a todo el que llega, lo primero que deben hacer es enseñarle a manejar las armas" . Me dijo, bueno: pero que de todas maneras era algo mal hecho. Pues, quedó mal hecha la cosa: y de una vez, pues que alistar equipos para irnos, porque el campamento se había quemado: que la contraguerrilla estaba a media hora y había oído. Esa noche nos empujaron, andar otra vez, por unas lomas abajo y unos pastos y unos barrizales; eso se iba uno de cabeza. Y todo el mundo en la marcha, "usted es el culpable. Si no fuera por usted, estuviéramos durmiendo." Con nosotros iban unos pelaos pequeños que andaban con las FARC; les habían pasado unas escopetas. Cada nada se caían y se clavaban con esa escopeta, y le decían, "trague tierra, macoca hijueputa!" Dijeron que la sanción para mí era desarmarme. Dejar ir un tiro en la guerrilla, daba desarme de dos meses. Y a mí que se me habían ido cuatro! Entonces, hablé con Capera, con el finado Fabio: hicimos un combo con la gente del EME. Y les dije, "hermano, yo me vine para la guerrilla pero, para andar armado: si me van a desarmar, que me den la salida de una vez. Es más: la culpa la tienen los comandantes; Eso es una cosa. La otra, es que yo no soy de las FARC, yo soy del Eme Diecinueve; nosotros tenemos nuestra propia disciplina. Y si Rafael ha acordado que rija la de las FARC, porque tienen mas experiencia, a mí me da mucha pena: pues que le apliquen la disciplina a él entonces, pero no a mí, porque conmigo no han hablado. Yo no me dejo joder." Yo seguí armado con la San Cristobal y con el revólver. Como a los diez días vinieron Rafael Y Guillermo. Citaron a una reunión. Que ya íbamos a abrir la convivencia. Llevábamos dos meses en ella. Era mediados de diciembre. Y entonces, que el Eme Diecinueve, cogía de la carretera central hacia Florencia; y de para allá, era la zona de las FARC. Pero que, como ya nosotros



habíamos andado por allá, pues de vez en cuando, también pasábamos, a dar vueltas". Más o menos eso fue lo que acordaron con Rafael. En el curso de la reunión, yo dije que quería saber una cosa: por qué no me habían sancionado. Que si lo hubieran hecho, los primeros sancionados debieran ser los jefes, porque a los nuevos debían enseñarles el manejo de las armas. Me dijeron que estaba muy bien.

Duramos todavía unos días más con las FARC. Y a todo nuevo que llegaba, me llamaban! "Venga Franklin, enseñele a manejar las armas al compañero."

### LO PRENDI A LENGUA

El EME se abrió. Nos hicimos en las alturas de una vereda llamada "El Paraíso", al pie de Florencia. Todo el mundo comenzó a salir a comisión. Salía el finado Rafael, el finado Fabio, el finado Capera, William, Salomón, todo el mundo. A mí me dejaban en el campamento,

a veces solito. Duré como quince días que ellos, déle pa' allá y déle pa' acá; y yo allí en el monte, hágales comida; téngales cena; al otro día, madrugue y hágales desayuno. Un día, les dije, "hermanos, yo me voy. Porque, venirme a la guerrilla para pasármela entre el monte, sin salir donde la gente, para eso no estoy". Entonces Salomón dijo, "hermano, pues voy a hablar con Rafael; porque mañana tengo una comisión para ir a arreglar un problema a una vereda; y usted, gordo, es el que debe acompañarme..." Rafael no fue esa noche. Entre Isaías, Salomón y Capera, decidieron que me fuera a comisión.

Salimos a la carretera. Estando en el Caraño, me dijo Salomón, "vaya a una tienda y comprese unos bocadillos". Yo fui. El cucho de la tienda, el finado Pedro Ramos, me preguntó:

- Y los señores, en qué trabajan?
- Yo, soy aserrador .

Compré los bocadillos y nos vinimos. Por acá adelante entramos a una casa donde decía "se venden quesos".

- Que si nos venden una libra de cuajada.
- Pues que sí señor.

Ahí estaban la señora y una pelada mocita, por ahí de unos quince años. Se quedó mirándome y dijo:

- Ay, mamá,! Mire que el señor es parecido a los Triviños. Usted es familiar de los Triviños?

-Si, nosotros somos primos. Vamos para allá, pero no conocemos muy bien dónde es.

- Pues, váyase por acá.

Nos pusimos a conversar con el señor, que se llamaba Régulo. Mientras tanto la señora preparó y nos dió café con leche; y quedamos de amigos.

Llegamos al sitio donde era el problema. Había una fiesta de grado. Una pelada había ganado el año y le estaban celebrando el grado cuarto ó sexto de bachillerato. En la fiesta solamente un tipo me conocía, nos habíamos visto y sabía que yo era guerrillero. A Salomón -se llamaba Jaime en ese tiempo- a Jaime si lo conocía mucha gente. Saludó a todo el mundo y atravesamos la casa, para el lado del patio. Yo le seguí; y luego me

devolví; dije, "no, esto está como mal. Yo me voy a presentar" Saludé a todos los de la fiesta: "señores -yo no les dije compañeros-, tratan con Franklin; a la orden, para servirles." La gente me miraba; un tipo desconocido, barbado, chiquito y armado, como era yo .

Salomón me hizo señas para que fuera. Me dijo cuál era el tipo del problema. Lo llamamos. El tenía problemas con su señora. Hablamos con él para que no la dejara; lo aconsejamos. La familia, muy buenas personas, nos llamaron a un buen almuerzo. Estábamos en esas cuando un man, que ya nos conocía, nos dijo, "mire, esos tipos que se fueron, son como sospechosos: son de Florencia. Y uno no sabe." El que nos dice eso y nosotros que nos vamos preocupando: "Pues, vamonós!" Teníamos que caminar como media hora por una carreterita. Anduvimos, hasta donde don Régulo. Allí arrimamos como a las siete de la noche. Lo saludamos y nos pusimos a conversar. Yo le hice señas a Salomón, que si charlaba al cliente: que si le echaba la política y le decía quienes éramos. Y él me picó el ojo, "que sí". Entonces yo llegué y lo prendí a lengua. "Hermano, le dije, nosotros somos guerrilleros del Eme Diecinueve.". El tipo, de una vez dijo, "no le dije mija! por eso es que uno debe estar muy pendiente." Le contamos el incidente de la fiesta y dijo, "pues, como todo se sabe en la vida. De pronto la gente que se fue para Florencia le ha comentado al Ejército: ya debe estar por ahí en la carretera!" Allí nos quedamos un rato. Nos dieron comida. Pero, el cucho con su cuento nos hizo ir, fue con las granadas en la mano.

Salomón dijo, "yo me voy adelante; y al bulto que se mueva, saque la granada y ¡sóplesela!".

Llegamos al puente del Carafío, río que desemboca en el río Hacha. Salomón pasó primero. Desde el otro lado alumbró con la linterna y pasé. Subimos por un derrumbe, en cuatro patas, hasta llegar a la carretera. Al llegar al borde, Salomón dijo, "espere. Voy a preguntar cómo andan las apuestas por aquí". Se fue a una tienda. Y nada que venía a avisarme; y yo, tendido en ese derrumbe, se iban rodando las piedras. Me salí a la carretera. Y comencé a caminar hacia la casita. Venían un poco de borrachos meando y gritando, "¡cuidado lo orino, cuidado lo orino...!". Alcancé a ver que Salomón ya venía. "Vámonos". Seguimos para el campamento. Llegamos como a las nueve de la noche.

Quien me sirvió para que me siguieran sacando a comisiones, fue Salomón. Le dijo a Rafael, "mano, hay que seguir llevando a este man: esto habla como un verraco. Más que yo!. Por allá se engarzó con unos tipos y hablamos de religión, de política. Hubiera ido solo me quedo metido en la verraca".

A partir de entonces, salía casi todos los días a comisión. Salir, en ese tiempo de las móviles -porque dizque era una móvil, la Simón Bolívar- a comisión, era un privilegio: se hablaba con la gente, hacía amigos, le daban comida; conseguía novias. Habría el espacio político. Era una vaina chévere.

EL LETRERITO DECIA

A los días, Rafael dijo que tenía una reunión en Bogotá. Ya venía navidad. Y dejó encargados de la dirección al finado Fabio y a Salomón. Ellos eran los jefes míos, yo era el subalterno.

Volvió Rafael, con gente de la Dirección Nacional. Acá se creó un mito sobre lo que era la Dirección Nacional: eso era lo último en guarachas que tenía el Eme Diecinueve. El primer cliente que llegó allá con el cuento que era de la Dirección Nacional, fue Yamel Riaño. Se llamaba Diego. Subió por unas lomas, con unas bolsitas, ¡ese guevetas no nos daba ni a las patas! Yo ya era veterano para andar: cogí adelante, con las maletas de él y las de una muchacha, Rocío la estafeta.

La llegada de ellos fue en navidad. Hubo reunión, hicimos una comidita; traguito de vino. Nos hicieron formar. La compañera habló, "que feliz navidad y Año nuevo para todos los compañeros" Y a cada compañero nos dió un beso; llegó donde el finado Darío - Darío era el campesino que yo digo que tenía un ojo torcido, por un tiro que la policía le había pegado en Belén; ella le dió el beso. Los dos habían tenido discusiones. Y dijo Darío, "esa vieja pa' qué me besa. Siendo que estoy enfermo de reumatismo y lo que necesito es droga."

Pasó la reunión. Diego y la compañera se fueron. Yo los saqué hasta la carretera. Ya me estaba volviendo el veterano para guiar.

Al tiempo, nos trasladamos de campamento. rafael volvió a irse para Bogotá. Y entonces se me cambió la película: pasé de ser "obrero" -por decirlo de alguna forma- a ser "patrón". Rafael me encargó de comandante; me entregó el mando de la móvil.

Yo le había oído decir que había que crecer y reclutar gente. En la zona había un poco de muchachos que querían integrarse a la guerrilla. Mientras Rafael se fué, recluté como a cuatro ó cinco. La dotación de un recluta era: hacerle equipo; comprarle peinilla, una ollita, cuchara, la carpa, la cobija y la hamaca. Lo indispensable para vivir. En ese tiempo, Rafael me había dejado veinti cinco mil pesos para quince días : eso era un platal! Cuando el hombre vino, no tenía sino unos dos mil. Y la guerrilla que había dejado de seis, ya éramos diez. "Ahora si tenemos harta gente", le decía a los muchachos. Me llamó a arreglar cuentas. Yo le conté: "hice esto, esto y esto. Y ya no tengo sino tanta plata". Se quedó mirándome y dijo, "usted ha gastado mucha plata." y le dije, "hermano, y qué mas hacemos?". No me dijo nada más.

Había que preparar campamento, porque venía una gente. A los días volvieron Diego y Rocío. Se fueron al día siguiente. Rafael salió y regresó con un poco de gente rara. Nos hicieron bajar a la orilla de la carretera, a recibir armas y munición -otra tanda del Cantón Norte por Santa Elena. Entró Raulito. entró Navarro. entró un muchacho de Santander; yo no los conocía. Y otros...Ya el combo se hizo más grande. A los días, entró Bateman. Dijeron que debíamos prepararnos, porque se iba a hacer una reunión de Dirección. Me encargaron de la cuestión de inteligencia: tenía que salir a dar vueltas en las veredas; recoger datos de los

campesinos. Y todas las tardes venir a reportar si habia novedad o no.

La móvil que operaba para el sur, era la "Camilo Torres". La dirigían, Rodrigo Pérez -que se llamaba Ramón y después Leonidas- y "Roberto" (Chalita). Me mandaron a encontrarla al río Bodoquero. Iba al frente de una comisión, compuesta por "cuarenta" -Salomón- y un primo de él, ambos borrachos. Yo era el jefe. Pero no conocía la zona. Entonces ellos orientaban: "Vámonos, por este camino, y nos quedamos en tal parte." Se iban por entre las novias, quedándose en todas las casas donde había muchachas. Por ahí nos quedamos unos quince días. Mientras aparecía la móvil, me puse a recibir el trabajo que tenía el Eme Diecinueve, por el Bodoquero, la Yuca, por todos estos lados.

Un día nos salimos a tomar a la carretera, en un punto llamado "Tres esquinas", entre Morelia y Florencia. Nos emborrachamos; paramos unos carros con las pistolas y yo le dije al chofer, "mano, vamonós pa' Belén". El tipo me llevó y fui a la casa. Fue la primera vez, después de estar en la guerrilla. Yo andaba de sombrero negro, barbado; con peinilla, botas y pistolas: cualquiera sabía que era guerrillero. Llegué como a las diez de la noche. Saludé a los viejos. Y enseguida, salí a tomarme una cerveza en una cantina. Mientras eso, nos sapearon. Al poco tiempo, nos fuimos. Habíamos dejado el carro en el puente, a la entrada. A los diez minutos llegó la policía y el Ejército, cercaron la manzana y raquetearon todo.

Nos volvimos a tres esquinas. Al otro día, cogimos loma arriba, por el camino. A Salomón se le botó una granada que traía en un morral. La encontraron unos niños de la escuela. Llegaron a la casa con ella y le dijeron a la mamá:

- Mire, una pelotica verde que nos encontramos
- Ay Dios mío! Eso se le ha botado a los soldados.

Y la guardó. Al lado de arribita había una base, la del castillo, que todavía existe ahí. Nosotros nos encontramos un campesino amigo y le dijimos, "compa, váyase p'uel camino, poniéndole cuidado; que en tal parte, creemos, se nos botó una granada. O si alguien la tiene, recupérenosla". Claro! el tipo bajó y se dió cuenta que los niños la habían encontrado y que la tenía doña Fulana de Tal para entregarla al Ejército. El campesino fue y la asustó: "donde el Ejército le encuentre esa granada, la van a investigar. Eso es de la guerrilla; mejor dicho, usted se va a meter en la grande." Entonces la señora:

- Y, entonces, qué hago con esto?

— Muéstrela y yo la boto. El tipo fue y nos la llevó.

Llegamos a una vereda, arriba, llamada el Diamante. Era un fuerte del EME: toda la gente era amiga; manteníamos buena información. Había una fiesta; había baño, con gente de la comunidad; y ya nos invitaron, "compañero, vamos a bañarnos." Hubo comida de gallina. Por la tarde, ya nosotros "prendidos", dijo el primo de Salomón, Gustavo, -le decíamos también el Yucio-, que hiciéramos polígono. Salomón cargaba una colt cuarenta y cinco; el Yucio, y yo cargábamos de apuntotreintaiocho; y cada uno cargábamos una granada. Y nos hemos puesto en esas, a la orilla del río, en medio de toda la gente. La pistola era la de más munición. Haga tiros pa' allá y haga tiros pa' acá: gastamos como unos cuarenta.

Ese día había llegado la famosa móvil. Y estaban por ahí Chalita y Rodrigo Pérez. Y de una vez fueron a llevarles la queja, "que estábamos haciendo polígono, que eso era un acto de indisciplina."

Esa noche, en la fiesta, nos pusimos a bailar. Y el Yucio resultó bravo conmigo: sacó peñilla y a darme "plan". Yo también saqué la mía y me defendí de unos planazos que me tiró. La cosa se complicó. Le dije, "hermano, si me sigue tirando, le zampo un balazo!". El tipo siguió encima; yo saqué el revólver y le hice un disparo a la tierra. El también sacó el suyo, y era apuntándome, en medio de la gente, hermano. Y un hermano de él, cogiéndome, que "no peliáramos, que esto, que lo otro" y yo bregando a defenderme, ¡no ve que me estaba apuntando! Cuando el tipo ¡plin! Y yo me abrí: casi se lo pega al hermano. El tipo miró que la había cagado; y se hizo por ahí el pendejo. Yo me senté por allá en un rinconcito. Y me puse a charlar con una señora yo no estaba borracho, ni nada. Y ella, "si, es que esa es la costumbre de él; siempre que se emborracha llega a poner problema. Es para que se den cuenta!" Al rato, me les volé, a la casa de un campesino amigo a pasar la noche. Para evitar problemas.

Al otro día, me dijeron que los compas estaban "ahí enseguida", a unos veinte minutos de camino. Fui, me encontré con Leonidas y con Chalita. Me les reporté:

- La misión mía es llevarlos hasta el campamento.
- Y qué, cómo está la cosa?, me dijeron,
- Nó hermano; allá ha llegado un poco de gente.

Era el veintisiete de febrero de mil novecientos ochenta. Les dije "muchachos, si están mal de remesa, nosotros tenemos pescado seco" Por ahí los campesinos habían "taquiado" y habíamos cogido abundante. Lo trajimos. Comimos. Pasé ese día con ellos. Al otro día, me pasaron un radiecito para que oyera noticias y les informara. De pronto oí que se habían tomado pu'allá en Bogotá una Embajada; que era seguramente la guerrilla; yo fui y les conté. A mí se me metió que era el EME. ¡Quién más va a tomar eso!. Siguieron las noticias, déle, déle, como dos horas. Hasta que se descubrió: Si, era el Eme Diecinueve. Entonces Rodrigo Pérez, dijo que sí, que se había planificado un operativo. Y decidieron que nos fuéramos ligerito al campamento, para ver qué seguía.

Llegamos como el primero de marzo. Siguieron las reuniones: el análisis y la cosa. Yo, salía todos los días a dar vueltas. Nosotros manejábamos la gente, mientras se reunían los jefes de las móviles, los segundos al mando y la gente que había llegado con Bateman.

De esa reunión salió el nombre de "Fuerza Militar-Frente Sur". Raulito cogió un tacón de una bota y con una cuchilla, hizo un sello con el logo del EME; y con tinta untaban. El letrerito decía "Fuerza Militar-Frente Sur: Eme Diecinueve". Para nosotros eso era novedoso.

Nos juntamos como treinta personas. A mí se me hacía un gentío. En esa reunión se sacaron los nombres que fueron postulados para ser oficiales del Eme Diecinueve: Chalita, Navarro, el finado Rafael, Libardo Parra, que era de la urbana. Un poco de gente. Se dió grado desde subteniente; teniente; capitán y mayor. que no

daban más grado porque no había tropa!. De lo que me acuerdo, Chalita y Raulito, quedaron de capitanes; lo que era Yuri - Remberto Artunduaga-, Libardo Parra, Salomón, el Fabio y mi persona, éramos los tenientes. El único que quedó de Mayor fue Navarro. Era el comandante del Frente Sur. De allí, dijeron que nos íbamos para la zona fuerte de nosotros, que era el Bodoquero; estábamos en la vereda el Horizonte, a orilla de carretera.

### SE LO ENTREGARON ALENTADO

Salimos en marcha. Se quedó una comisión para hacer un operativo: Navarro, Rafael y otros. Ellos se bajaron por la Yuca y salieron a un bailadero llamado "Casa Blanca", a la entrada de Florencia. Se metieron e hicieron un discurso. Y se volvieron a ir. Claro, el escándalo, "que la guerrilla había estado en Casablanca."

Nosotros, adelantados para comprar comida, marrano. Al mando iban Ramón y Chalita.

Nos hicimos de nuevo en el Diamante. Comenzaron a planificar operativos.

Me mandaron con Raulito a hacer inteligencia a la base del "Castillo". Fuimos, le dimos vuelta; hicimos unos mapas, recogimos unos datos y nos regresamos.

Después mandaron otros cuatro compañeros, entre ellos un dibujante.

Ellos estaban, por ahí a doscientos metros de la base, tendidos entre un matorral; dibujando en papelitos, bien, las chocitas. Cuando llegó un soldado, en camiseta que andaba cortando unas varas:

- Que hacen, muchachos por aquí? El tipo, un paisa muy hábil.  
 - No, hermano, nosotros somos del Eme Diecinueve. Venga charlamos. Y se puso a cirles el cuento el paisa.  
 - Que mire, hermano, que la revolución.

- Así, claro. A nosotros si nos ha dicho mi cabo: que por acá, en cualquier momento nos salía la guerrilla. Y qué más muchachos...Ajá...Muy bien.

El tipo les dió toda la "cova" necesaria; que él estaba identificado, que no había ningún problema...Mejor dicho, resultó casi "siendo de los mismos". Al rato, les dijo el soldado que se iba. -"Tranquilos muchachos: yo no digo nada". ¡Mucha ingenuidad! Los muchachos se alejaron de la base. Loma abajo, prendieron un radiocito Sony en FM e interceptaron una comunicacion. "Por acá andan sujetos, son guerrilleros. Están cerca a la base." Y del Batallón les contestaban, "pilas. Refuercen la seguridad. Manden a explorar la zona."

El día que ellos subían para el campamento, yo bajaba con dieciocho compañeros a recibir una remesa de plátano, carne, a ~~X~~ Abanote, una casa cercana. Nos pusimos a bailar allí, con unas compañeras. Y bebiendo por copitas, un chocolate con leche que nos prepararon. Al rato, empacamos y nos llevamos toda la remesa de un solo guascazo. Llegamos al campamento como a las once ó doce de la noche.

Al otro día se sacó una comisión al mando de Juan Carlos -

Guillermo Valencia, un muchacho de Cali, cegatón: usaba unas gafas gruesas-, a la misma casa a esperar un "revuelto" y unas reses. Ese día me correspondió oír noticias. Sintonicé en FM y me puse a buscar alguna comunicación del ejército. Cuando oí que decía:

-Mi Mayor. Estamos en la finca de Rafael Palomares. ¡La casa donde habíamos estado la noche anterior! Estaban a diez minutos de nosotros.

- Tenemos detenidos al campesino y a ...La guerrilla ya se llevó la remesa.

De una fui y le dije a Navarro:

- Compa Sebastián, el Ejército está acá abajito. Acabo de oír por este radio que el ejército está donde Rafael Figueroa Palomares.

- Y, cómo hacemos? Se acabó de ir la comisión.

Enviemos dos compañeros a alcanzarlos.

La comisión ya estaba llegando. detrás de la casa había unas matas de plátano y monte. Juan Carlos se paró detrás de una mata y se puso a mirar; cuando vió unos bultos como negros, que se movían, llamó a uno de los compañeros:

- Mire eso qué es?

- Guevon...esa es la tropa. Tienen rodeada la casa. Están haciendo de comer.

De una, se devolvieron. Arriba, estábamos alistándonos y esperando la balacera: las comisiones alistando equipos; sacando la remesa para otros lugares y esperando. Dijimos, "los compañeros chocan abajo y aquí los esperamos. Feliamos un rato". Preparamos emboscadas con bombas. Todos estábamos armados de sobra, con arma larga y corta o granada. Cuarenta hombres. Ya nos considerábamos fuertes; pasar de cinco a cuarenta. Se había juntado lo poco que quedó de las móviles del Tolima y Santander; y Navarro con otros del Cauca. Más la experiencia de allí.

De pronto apareció una campesina, hija de la señora donde estaba la tropa, por entre el monte. Con un machete y asustada:

- Compañeros, vengo a decirles, que no vayan a bajar porque el Ejército está ahí.

Le dijimos que sabíamos ya.

- Estamos listos pa' la pelea. Cómo hizo para venirse?.

- Muy sencillo: yo cogí una peinilla y dije, "mamá, voy pa' la platanera a cortar un racimo de pildoras para los marranos. Los tipos esos no dijeron nada; entonces cogí por la platanera arriba, y al monte; y aquí estoy. Y ...Compa, yo me voy con ustedes.

Esperamos hasta las cuatro de la tarde. No se sabía si las tropas se habían ido. Nadie llegaba. entonces ordenaron, "¡vamonos!" Recogimos gente emboscada, cables, bombas. Y nos fuimos. En un filito arriba, paramos a descansar un rato. Se reunió Navarro con los demás, a pensar qué hacer. Y a considerar qué habría pasado con el campesino. Cuando ¡plum! arrió la mamá de la muchacha: "compañeros, vengo buscando a mi hija". A la muchacha ya le habían pasado un revólver y un equipo, mano! Estaba ya embandolada.

Contó que a su marido se lo habían llevado. Navarro le dijo: " la orientación es la siguiente. Vaya y reúna la vereda; escojan una comisión de unas cinco o seis personas. Y se va con ellos, derechito al Batallón. Y certifiquen que su marido no es

guerrillero. Vayase con los niños: métanse todos al Batallón!" Claro. Cuando la contraguerrilla bajó con él, ya había orden en el Batallón de que lo soltaron. Ella bajó y le dijo al comandante, "necesito que me entreguen mi marido". Como el campesino llegó estropeado -la contraguerrilla lo colgó; y lo puso a cargar equipos-, por cuenta del Batallón lo mandaron al hospital: y se lo entregaron alentado.

La muchacha se volvió con la mamá. Ella se puso a llorar; y la muchacha arranchada, que se iba con nosotros. Entonces hablaron con Navarro. El les dió platica para que se vinieran pa'l pueblo. De ahí nos fuimos, en marcha, para la región de San Luis, parte alta de Belén. Yendo por el "Pescado" enviaron a Remberto Artunduaga, Yuri y diez compañeros más, adelante, con los siguientes objetivos: primero, ubicar campamento; segundo, comprar una res. El resto, nos íbamos dizque a peliar. Volvimos a planificar otra emboscada. Dijeron que habia que escoger la gente más veterana, los más verracos pa'l tropel. Me preguntaron si yo manejaba bien fusil, que si era bueno para la puntería. "Pues, con escopeta he matado pájaros", dije. "Pero nunca he hecho un tiro en combate". El finado Rodrigo dijo, "pues a Franklin hay que pasarle un fusil perilla". Y me dieron el fusil más grande:era más alto que yo.

Organizaron una comisión de veintiocho compañeros; que nos íbamos a una emboscada. Hicieron inteligencia y todo: "que la zona está buena...Que hay Ejército....Que viene subiendo; Que nos emboscamos en tal sitio, ya explorado."

Salimos a las doce de la noche. Caminamos hasta las cinco de la mañana. Iban bajando y preguntando en las casas cómo estaba la zona; todo el mundo con linterna en la mano, camino abajo. Llegamos a un sitio llamado "las Minas". Paramos y se mandó una comisión a explorar. Ya estaba el Ejército allí! Con semejante alumbradera nos habian detectado desde hacia veinte minutos; alcanzaron a pararse y emboscarse. Cuando oímos, ¡pin! un tiro. Preguntaron "Qué pasó?" y se viene una mano de bala, Virgen Santísima, eso caía bala por toda parte. Estaba yo al pie de un finado que se llamaba Raúl Capera; cuando eso se enverracó así, nos tiramos a una quebrada que teníamos al pie, y nos hicimos contra el barranco. Nótrosos quieticos y bala por todo lado; chapuceaban en el agua. Todo el mundo calladito. Eran las cinco y media de la mañana. Nadie daba una orden -nos habian dicho que en caso de cualquier tiroteo, todo el mundo se tendía y esperaba la voz del mando: qué mando, nadie daba voces ¡primera vez, y de sorpresa! Todo el mundo corría para un lado y para el otro.

El compañero que estaba conmigo llevaba una olla grande. Y dijo, "yo voy a soltar esta hijueputa." Le dije, "no hermano, no la suelte, porque hace ruido y nos concentran fuego aquí.". Sacó el revólver y dijo, "yo voy a disparar" y tan! tan! tan! tan! lo martilló cuatro veces y no le salió ni un tiro. "Esto no sirve pa' nada!" dijo. Y lo guardó. Yo no disparaba mi fusil por miedo; me habian dicho que uno lo disparaba y le partía el hombro del culatazo; y que lo tumbaba. Le dije al compañero, "estése ahí quietico: yo me recuesto sobre usted. Voy a disparar este fusil; y usted me tiene la espalda. Vamos a ver cómo suena, esto dizque es jodido!". Lo puse pa'l lado de arriba -no se si allá estaban o no y ¡pun! Hice el primero; y salió un fognazo porque no tenía



apaga-llama y se me trabó. Y nos concentran candela! Sonaban los tiros por encimita, en el barranco; y nosotros, quieticos. Al rato, sentí que bajaba gente por la quebrada. Yo destrabé el fusil, le metí tiro en recámara y listo, a ver quiénes eran. Cuando,

- Oiga hermano -dije yo- quienes son ustedes. Y contestaron,

- Pues, nosotros.

- Y nosotros, quiénes son?

Ya los conocimos. Venía Sebastián (Navarro), agachado -lo bautizaron la "Pantera Rosa"-, cargando una subametralladora "madsen".

- Y, que hacemos, compa, le dijimos: cuál es la orden?

- Pues, echar pa' atrás, porque nos matan estos hijueputas! El, que dice así, y se levanta el Capera y sale corriendo por ese potrero arriba, de vuelta. Y yo, por disciplinado, avanzando tendido, déle tendido, hasta que llegué a un palo. Yo sentía las balas cerquitas; entonces cogí ese equipo y me lo corrí para la cabeza -!defendiéndomela!-, ahí agachadito, esperando que me zamparan un balazo. La balacera que para y yo que me levanto también y salgo corriendo. Entré al monte y Navarro y todos ya estaban ahí. !Eso no se fueron tendidos, sino corriendo! Apenas entré dijeron, "¡dieciocho!" Faltaban diez. Al ratico llegaron otros. Y quedó faltando una gente.

- Bueno, cuál es la orden?

- Pues, devolvernos para el campamento.

Lo que habíamos andado de las doce de la noche a las cinco de la mañana, lo desandamos en una hora: volíabamos quimba pa' arriba, volando. Nadie hablaba de cansancio, nadie se quedaba atrás. La orden era andar rápido porque "ahora vienen los helicópteros y no nos podemos dejar ver". Llegando a un sitio que llama Los Angeles-El Prado, sentimos que venía un tropel. Un muchacho indígena -Paéz-, llamado Albeiro, de una vez se tendió sobre el camino y desaseguró el fusil: cuando asomaron, Chalitas, otros dos compañeros y Javier, Libardo Parra, renqueando, "me dieron, hermano, me dieron!" decía. !Pura mierda! Venía mamando gallo. Faltaban todavía dos compañeros: Raúl y Perilla. Los esperamos un rato. No llegaron. Nos fuimos. Llegamos al campamento sin ellos. Estábamos descansando y mirando, abajo, hacia los potreros. Cuando asomaron dos tipos, con equipo: eran Raulito y el finado Rafael.

después de su llegada vino el balance. A Salomón se le quedó el equipo; allí llevaba unos uniformes americanos, de la Marina, que Jateman le había dejado; un radiocito Sony, esos de siete bandas -eran novedosos, no los conocía casi ni el Ejército-traído de Panamá; bombas caseras, de tubo, bravísimas. El revólver que yo llevaba, se me arrancó, con chapuza y todo, en la tendida. A Capera se le botó una granada. Heridos? Nadie. Ni un rasguño. De buenas, ¡mano!. Al otro día en las noticias, dizque en la balacera habían muerto dos soldados y dos o tres heridos. Les dimos a puras tientas! Y nos montan un operativo. Nos fuimos y nos enterramos en la montaña; nos aislamos de la población.

## MIRABAMOS AL ULTIMO

Hicimos un campamento en un sitio, que después llamamos "Campo Escondido": eso era un hueco por allá en las patas del "cerro-punta" en las cabeceras del río "Pescado" y el río "Bodoquerito". Allí, se organizó una "comisión de choque", que llamábamos: sacaron doce compañeros y entre esos salí yo. La dirigía Leonidas. El segundo al mando era Raúl; el tercero al mando era Javier y el cuarto, era yo. Los demás eran "tropa". Todos íbamos con fusil, granada y arma corta. La misión era chocar con las patrullas del Ejército, para distraer el operativo hacia el lado de Florencia y dejaran la zona de allá quieta.

Nos vinimos. Nos emboscamos en un camino, a esperar que pasara el ejército. Y al frente había una casa: muy mal hecha esa emboscada! La dirección de Rodrigo. A las dos horas de emboscados, dijo Rodrigo -Leonidas- "Vamos a salir a la casa, a ver qué hay." Fue; se compró un pisco y unas gallinas. Y mandó hacer un sancocho. Estuvimos emboscados dos días. A esa emboscada la denominamos "la de la recuperación", porque no hicimos sino comer. A los dos días nos fuimos. Y por allá organizamos otras comidas de gallina y de pato. Por ahí no había ejército!. Vimos que no había otra alternativa que mandar, a la misma base del Castillo, una comisión a que le hiciera un hostigamiento.

Sacamos a Gustavo, -el "Yucio"-, a Raúl; a Javier y otros. Ellos debían desplazarse de noche; explorar de día y mirar la aproximación; y en la noche, a eso de las diez, hacer el hostigamiento. Mientras tanto, nosotros debíamos bajarnos una hora más; estar a las seis de la tarde garantizándoles la retirada: explorar, tomarnos los puentes para que no los fuera a ocupar el ejército de pronto; garantizar comida para esa noche. Llegamos al puente. Cerca había una casa campesina, de amigos. Rodrigo Pérez se fue a mandar hacer aguadepanela. Y a mí, me mandó a una tienda que había como a una hora, a que trajera todas las "lecheras" (leche condensada), las galletas y las sardinas que hubiera.

En el puente dejamos guardia, a la entrada y a la salida. Cuando regresaba de la tienda, envié un compañero adelante. "No se olvide el santo y seña, compa," le dije. Al llegar al puente, de una vez el guardia pegó el grito:

- El santo y seña. Quienes son!?

El compa se azaró y no contestó. Yo, de una le grité,

- Somos nosotros, fulano y fulano. No nos vaya a matar.

A la una o dos de la mañana llegaron los del hostigamiento. La gente cantando:

- Nos fue bien.

- Viene todavía caliente la carabina.

- Eso fue una balacera.

Desde esa hora nos hicieron caminar, todo el resto de la noche por entre el monte. Amaneció, y sin dormir, anduvimos todo el día siguiente, como hasta las tres de la tarde. Paramos. Y Rodrigo autorizó dormir hasta las siete de la noche.

A esa hora, nos levantaron. "Vámonos por acá derecho, dijo Rodrigo; hay que salir a una quebrada." Salimos al Pescado, como

a las nueve o diez de la noche. Arrimamos a una casa de un compañero. No había nadie. Nos quedamos.

Al otro día, nos levantamos muy a las cinco. Hicimos desayuno, comimos y plum! le caímos a una casa:

- Cómo está la zona?

- Por aquí no hay nada.

Listo: nos pasamos el río Pescado. Ibamos en dirección al campamento central. Llegamos al cañón del río San Luis. Y ese cañón tenía todo el operativo: las patrullas del Ejército subían y bajaban.

El problema nuestro era pasar, para unirnos con los compañeros y llevarles la información. A eso de las cinco de la tarde, salimos al camino real y comenzamos a mirar el trillo del Ejército, que había bajado. Empezamos a caminar, detrás del trillo, con cuidadito. Hasta que los alcanzamos: mirábamos a mirar al último soldado. Los dejamos que avanzaran un poquitico. Los soldados llegaron a una casa. Allí había pildoros y maduros. Comieron. Y se fueron. Cuando despegó el último soldado de ahí, nos arrimamos a la casa, por el lado de la cocina: el campesino, viéndonos arrimar y viendo el ejército ahí, adelantico. Ese tipo más azarado! Luego nos contó que cuando llegó el Ejército, no hacía mucho se habían ido de allí el finado Capera y el finado Fabio. Nos pusimos nosotros también a comer maduro.

Seguimos detrás de la tropa, hasta el río, donde nos desviamos. Lo pasamos. Seguimos. Ya comenzó a oscurecer. Comenzamos a ver sitios de emboscadas.

Nosotros teníamos un punto de referencia, en un árbol: a partir de tal fecha, ahí tenía que haber un enlace, hasta las siete de la noche; yo llegué al sitio a las seis de la tarde y no había nadie. No nos cumplieron los compas. Quedamos esa noche despelotados. Me devolví a donde el resto de compañeros. Llegué como a las siete y media de la noche; ya habían guindado en el camino. A eso de las once o doce de la noche, pusimos cuidado hacia el fondo de la montaña y se oía a lo lejos chillar un animal. "Por allá están los compas matando un marrano", dijimos. "Mañana nos le ponemos a la pata, más o menos en esta dirección". Al otro día, subimos y subimos hasta que dimos con el trillo: llegamos donde los compas habían estado emboscados; y el camino que había hacia el campamento. Nos quedamos ahí, esperando. Más o menos a las ocho de la mañana, reventó ahí una comisión de compañeros. Ellos que van asomando y yo les digo:

- Quihubo mano; entonces, qué?

Era Yuri, con unos compañeros. Les dijimos,

- El Ejército ya se salió de la zona. las patrullas ya se fueron de tal parte, de tal otra.

Y la gente,

- ¡Huy, hermano! Ustedes como hicieron? Si se sabe que eso está minado. Como se le pasaron a las patrullas.

Les contamos. ¡Nosotros éramos los tipos más verracos!. Nos fuimos al campamento. Los compas tenían racionada la comida. De desayuno, no se comían sino tres pildoritos, un pedacito de carne y un sorbito de aguadepanela. De almuerzo, lo mismo. Solo habían logrado entrar una marrana grande y una ternera; y platanito que llevaban los campesinos, por entre el monte. Cuando contamos que no había riesgo, dijeron, "pues prendan candela y hagan, para

comer hasta llenarnos. Ese día se descansó. Se bañó la gente. Charlando. Contándonos peripecias los unos a los otros.

### SALIO COINCIDIDA

Al otro día, a las cinco de la tarde, citaron reunión de colectivo. Abrieron comisiones:

- Una, para la bota caucana; otra, sale para el Pescado. Y no sabemos cuándo nos volvemos a ver.

Navarro se me acercó y me dijo:

- Joven le voy a contar una cosa, solamente a usted: va a salir a una misión especial. Sale a un curso en Cuba. De manera que esas fotos, quémelas o mándelas para la casa.

Yo cargaba un arrume de fotos, como cincuenta: de papá, de mamá, una novia a caballo. Yo le entregué las fotos a mi hermano y le dije: "al pasar por donde un campesino que conozca nuestra casa, las manda para donde papá. Tengo que salir para otra región y no sé cuando vuelva".

- La comisión que se va con usted, es la gente que se va para el exterior.

A los que salíamos dizque para el "exterior" nos quitaron todo lo que teníamos bueno: las botas, la cobija, el equipo. Nos dejaron con todas las chatarras.

En ese tiempo, yo tenía un poquito más de jerarquía que Libardo Parra. A mi me confiaban el mando de personal; y Libardo era el segundo. Los únicos que sabíamos de la ida para Cuba, éramos Libardo y yo. Con nosotros se vinieron Salomón (Jairo Peña); Sebastián, que era Navarro; y Rafael, que era Gerardo Perilla.

Nos devolvimos hacia el Norte. Nos metimos por el Cañón del Pescado. Y fuimos a acampar en el filo del Oso, en la zona que coordinaba el finado Darío -tenía finca ahí, abajo del filo. Compramos y comimos plátano asado, con marrano. Y espere.

El finado Rafael, Sebastián, Salomón y otros compañeros, con el finado Darío se fueron rumbo al Huila. Y nos dejaron esperando.

"Estén listos para cuando les digamos que salgan". Dejaron unos compañeros de guías. Se demoraron como un mes. Entró después Sebastián con un compañero, grande, cumbambón, que había sido del ELN: lo llamaban William. Llegó también Juvenal y Raquel; y Abel, el constipado -"medio pulmón" lo llamábamos-. Rafael no volvió. Se fue para Cuba.

Sebastián dijo, "joven, ya no se pudo salir. Nosotros nos vamos para la bota Caucana. Y usted Franklin se queda al frente de una móvil; se va para el Huila" Ahí fue cuando me embocinaron: yo más azarado que un putas. La primera vez que me ponen al frente de la gente, de largo, sin saber cuándo nos volvíamos a ver. La misión mía era abrir el trabajo en el Huila, limpiar la zona; y abrir un corredor, dizque por detrás del Macizo Colombiano, para encontrarme con ellos en la Bota Caucana. Esa fue la misión que me dió Navarro. Me dieron diez ó quince mil pesos y me dijeron: "Como usted, tiene familia en el Huila, es el pollo que cae allá bien." El cuento del Huila era dizque estaba lleno de autodefensas; que todo el mundo era sapo; que todo desconocido lo mataban. Que por ahí no había parado ninguna guerrilla, que a

todo el mundo habían sacado corriendo. Y así me mandaron. Los primeros cinco que salimos al Huila fuimos: Salomón, un muchacho Jorge Ospina -lo llamábamos Gaspar-; el finado Darío y Federico, que eran de las autodefensas que nosotros manejábamos y yo: eso era considerado una móvil.

En esos días me había encontrado con un primo que se había volado de una cárcel. Andaba con otro, también volado, llamado Edgar Rincón. Nos dijeron que querían meterse a la guerrilla. Yo les expliqué las cosas cómo eran. Y de cinco, pasamos a siete: íbamos creciendo verracamente.

El finado Edgar Rincón era de San Adolfo; y mi primo, de ahí, de Acevedo. Los dos conocedores de la zona, más lo poco que yo conocía, nos sobró personal de guía. Estábamos ya, en Julio de mil novecientos ochenta. Me dieron de plazo hasta el cuatro de agosto para ir a explorar y volver. Entré en la fecha y no encontré a nadie.

Estuve agosto y septiembre; los compañeros no llegaban. Y Yo sin plata. Pero tenía la conexión de la guerrilla urbana aquí en Florencia. Hice una notica y la mandé, diciéndole a los compañeros "que yo ya era guerrillero: con esos sustos que había pasado, había aprendido, más o menos, a pelear. Necesitaba que me mandaran plata; o me salía hacer un operativo a la central. Tenía hombres y armas." Los compañeros se azararon y me mandaron veinte mil pesos. Fue todo el plante que me enviaron.

Con eso, hice remesa y me sostuve en la zona, esperando que llegaran los de la Bota Caucana. A los dos meses aparecieron. Venía William diciendo que la nota era "reestructurar". Que el trabajo del Huila cómo iba; le dije que bien. Había dejado ya como unos treinta amigos campesinos. Caí con muy buena aceptación en la región.

Yo pedí que me cambiaran al finado Mario (Edgar Rincón) porque ese vergajo era muy pelión: lo llamábamos "caldenillo", por lo malgeniado. Caldenillo es una hormiga de por aquí, que pica y jode. A cambio me dieron un muchacho Hernán. Me quitaron a Salomón y me dieron a Adolfo. Nos devolvimos para el Huila cuatro: Adolfo, Gaspar, Hernán y mi persona.

Ese trabajo para cuatro, ya era muy verraco. Nos abrimos en comisiones de a dos. Yo me fui con Hernán -es el muchacho que acabamos de enterrar en Santuario: Gustavo Ramirez- hacia el norte del Huila; Adolfo y Gaspar, hacia el sur.

Cómo era el estilo de trabajo nuestro? Andábamos de noche. Nos apoyábamos en los amigos que ya habíamos hecho. Llegábamos a las casas, toc, toc, toc,

- Buenas noches....Somos guerrilleros del Eme Diecinueve. Queremos hablar con usted. La gente al principio, temblaba del susto, se santiguaba. Había señoras que se arrodillaban a rezar, esperando que las mataran; porque existía el recuerdo de la época de la "violencia", el temor a la guerrilla. Nosotros le hablábamos a los campesinos, les manifestábamos quiénes éramos, les echábamos la carreta. A lo último, se reían, todos contentos: Y "vamos pa' delante".

Trabajamos así, durante un mes. Nos poníamos cita entre las comisiones: "dentro de quince días, nos vemos en tal parte." Nos encontrábamos a evaluar. Estábamos en esas, cuando ¡pum! hermano: cayó la gente. Cogieron a Navarro, por allá en Girardot; cayó

Rodrigo Perez, cayó William; yo quedé despelotado! Desconectado de la organización.

Por el Caquetá quedó el finado Fabio con Elías -Gustavo Sanjuan- y otra gente. Yo sabía que para la Bota, por allá para el Putumayo, se había ido Chalita y Raúl. Ellos después, comenzaron a coger las riendas.

Me reuní con los compañeros. Los cuatro. Y comenzamos a evaluar la situación.

- Y, ahora qué vamos a hacer?.

Les dije:

- Hermanos, cogieron a toda la gente: al comandante Sebastián y a los demás. Pero yo he oído decir una cosa: Que donde esté el Eme Diecinueve, abre trabajo. Así cojan a todo el mundo, mientras los cuatro estemos libres, pues el Eme Diecinueve está vivo. Entonces, nosotros somos los generadores de esta vaina: vamos a echar es pa' delante.

Duramos ocho meses despelotados. A los seis o siete meses, me encontré un campesino, en el Huila que, viéndonos en esas condiciones, me dijo: "compañero yo tengo un teléfono que me dejó Sebastián cuando entró por aquí; para que en caso de cualquier cosa llamara. Si usted me autoriza" -Era gente muy disciplinada!-, yo llamo y digo que por aquí está usted! Le dije, *accido*

- Pa' antier es tarde! Vaya mañana domingo a Neiva, llame y dígame que aquí está Franklin: que necesita hablar con alguien de la organización!

El tipo fue y llamó. Y de una le contestaron: -"Si... Claro, a la orden. Dígame que esta semana vamos." Como un tiro volví a conectarme.

A los quince días vino un compañero, que yo conocí en la guerrilla con el nombre de Marcos; de gafitas, bajito. Marcos se movía por carreteras y todo. Entonces vino al Caquetá y me llegó con la razón de que tenía que prepararme para recibir un armamento: "cincuenta fusiles", me dijo el Marcos ese. Y me mandaron sitio, día y hora de entrega; que llegaba un camión con todo eso. Y yo con cuatro muchachos. Pero tenía pendientes otros cuatro para reclutar y los recogí.

Comence a entrenarlos, y a buscar por entre el monte cuevas. Y fui diciéndole a los campesinos amigos, "aquí no hay de otra: tenemos que esconder estos fusiles."

El día acordado, salimos con unas bestias prestadas por los campesinos, hacia "el Pericón" el sitio que me habían indicado, en el Huila. Llegamos de noche. Estuvimos toda la noche. El día siguiente. El armamento nunca llegó.

Ocho días después llegó Marcos con el cuento de que el armamento había pasado para el Putumayo, para los compañeros del Caquetá. A los días se oyó la noticia de que había caído un armamento en Puerto Limón, Putumayo. Cincuenta fusiles que llevaba el Eme Diecinueve para la guerrilla en el sur del país. Pero que tranquilo, que me habían reservado cinco fusiles para el grupo donde yo estaba.

A los quince días, llegó Marcos:

- Rosendo le manda decir que se vaya para el Putumayo; o que se haga un operativo por acá.

"Rosendo" fue un seudónimo usado por Bateman. (Después de la arremetida, Bateman vino a dar por acá: se tomó Curillo,

Yurayaco, nuevamente San Antonio de Getuchá). Yo le respondí:

- Pa'l Putumayo no me voy por dos razones: primero, porque no conozco; segundo, porque está muy lejos. Si esa es la orden, yo me tomo un pueblo acá. El me dijo que, conociendo esa decisión, me iban a ayudar. Que tenían la inteligencia de Palestina, Huila.

- No hay sino cuatro policías. Tiene Caja Agraria con buena plata. Eso se hace con cinco compañeros.

Preparé los ocho compañeros durante un mes. Todos los días a pura disciplina: corra, trote, tiéndase. El armamento no llegaba y no llegaba. Entonces, con las pocas armas que tenía -revólveres, pistolitas, tres carabinas emeuno-, me fui a la toma de Palestina. La hicimos en coordinación con unos compañeros de Pitalito, entre ellos Alejandro: me ayudó con inteligencia y participó.

Nos acercamos hasta Pitalito. Mandé a los compañeros, como pasajeros comunes y corrientes. Y yo me moví con el armamento, en un carro, hasta el caserío. Si eso caía, era las armas y yo, pero no me caía la gente. En Pitalito duré como ocho días encerrado en una pieza. Supuestamente yo era el tipo "quemado"; no podía salir. Me mantenían a puro pan y coca-cola, mano. Yo les dije que eso no era comida para guerrillero. Me agarró una diarrea la verraca. Para completar, llegó Marcos a decirme que el operativo había que retrasarlo ocho días más. Le dije, "o me tomo Palestina pasado mañana, lunes, o me voy: yo no tengo recursos, la gente está aguantando hambre. Me devuelvo para Acevedo."

Nos pusimos en la tarea de pulir la inteligencia. Según la información, había unos tres millones de pesos en la Caja Agraria.

Yo personalmente, había ido el día anterior, con una compañera a verificar. Con el cuento de que andaba buscando un local para el negocio, hablé con unos comerciantes; con los carniceros; con las verduleras; con los que tenían tolditos de comida... todo el mundo a la orden. Y yo anotaba en un librito, qué casa había desocupada. Frente al Puesto de Policía había un comedero: ahí desayunamos.

El lunes en la noche, mandamos dos compañeros, vestidos de civil -hombre y mujer- a coger un jeep de servicio público. Lo consiguieron con el cuento de que necesitaban ir a Palestina, porque se les había muerto un familiar. A la salida de Pitalito los estábamos esperando algunos. Pararon el carro, nos montamos y seguimos. Llegando a Palestina, en una vereda sobre el río Guarapas, teníamos el resto de la gente y las armas. Se montaron. Tipo once de la noche estábamos entrando a Palestina. La toma iba calculada para estar media hora. Estuvimos hasta la una de la mañana. Participamos catorce compañeros, apenas con pistolas, revólveres y dos carabinas. Y unas granadas traídas de Bogotá, para reforzar. Mucha inexperiencia la nuestra. Las carabinas se las pusimos al puesto de policía; y prácticamente lo tumbamos. Pero no logramos el objetivo que era rendir la policía: nos dijeron que eran cuatro y había como diez! Cómo nos fue en el operativo: logramos neutralizar la policía; logramos abrir la Caja -se consiguió al secretario, trajo las llaves-, pero no conseguimos la plata. La caja fuerte estaba cerrada, el gerente no estaba. No sacamos un peso. Salimos, nos montamos en un jeep. Cruzamos bien el puente y al llegar a la curva, el conductor la

tomó muy forzada: se estrelló contra un barranco y nos volcamos todos. Yo quedé debajo del jeep; se me botó la pistola. Salimos. Cuando me di cuenta, eché mano de la linterna, me devolví, alumbrando contra el barranco; y por ahí encontré la pistola. Tratamos de conseguir otro carro, no pudimos. Por ahí pinchamos algunos para que no se prestaran a perseguirnos. Salimos carretera abajo.

Habíamos dejado los equipos en una vereda que se llama "Palmarito", sobre el río Guarapas. Debíamos entrar allí, equiparnos y de una vez iniciar la marcha para salir de la región y evitar el operativo militar. Veníamos retirándonos, bien orilladitos al lado del abismo, por la carretera, cuando llegamos a un sitio, "el Quebradón". Hay unas peñas horribles. Ahí había una casa, con un bombillo encendido. De lejos, notamos que estaba un carro parado. Seguimos bajando, cuando de pronto, encendieron la luz del carro, alumbró toda la carretera. Por puras coincidencias de la vida, ¡toda la gente brincó de la carretera al monte! Y nos quedamos quieticos, agazapaditos. Ahí estaban ya dos camionados de ejército. Y comenzaron a regarse, a pie, sobre el lado del barranco: se fueron regando, se fueron regando y quedaron al frente de nosotros, por ahí a unos seis metros: lo que tiene una carreterita angosta. Salieron un poco, volvieron a bajar, siempre con las luces del carro prendidas. Los últimos soldados estaban pasando cuando un compañero se resbaló y partió una rama.

- ¡Oiga, por ahí están quebrando chamiza!
- Qué va, dijo el otro, eso es la quebrada, ¡vamonós!
- Se montaron a los camiones y se fueron a la carrera. Yo dije,
- Cojamos carretera abajo, que no debe haber quedado nadie. Un compañero dijo,
- No, yo miré que ahí quedaron unos. Ahí debió quedar una emboscada.

Nos trancó a puro terrorismo. Nos bajamos entonces, por esas peñas hasta la quebrada. La cruzamos y quedamos enfrente de una loma. Dijeron los compas:

- Qué hacemos.
- Yo les dije
- Lo único que le he oído decir a Navarro, es que uno en la guerra tiene que buscar la parte más dominante: eso quiere decir que nos vamos hacia ese filo.

Cogimos filo arriba y nos quedamos a media falda. Ya eran como las cuatro de la mañana, todo el mundo muy cansado, con mucho sueño; llovizno: mojados. Amanecimos sentados, sin equipos, debajo de unos palitos de café. Cuando aclaró, nos dimos cuenta que la carretera estaba ahí nomacito. Lo que habíamos hecho era dar una vuelta. Subía ejército, bajaba policía, subían ambulancias, bajaban ambulancias; la gente; el cuento de la toma; unos helicópteros sobrevolaron. Y nosotros debajo de unos palos. Entonces nos metimos en un huequito, en un bosquecito que había. Ahí nos la pasamos todo el día.

A las cuatro de la tarde, le dije a dos compañeros, "se me visten de civil y se me van a explorar esta zona. Ubiquen bien a Palmarito". Los compañeros regresaron a las siete de la noche, con un campesino. Y trajeron pan y trajeron sardinas, chocolate en unas botellas. Dijeron que la zona estaba buena, sin ningún



problema; que nos fuéramos. Salimos hacia Palmarito. Llegamos a eso de las once de la noche, al sitio donde estaban los equipos. Ya la gente nos tenía preparada comida. Y Walter ya había llegado. Algunos compañeros se habían despelotado. Los que andaban conmigo, estaban todos, menos uno que se fue con Walter, el conductor, y dos ó tres de la urbana, que se habían ido con Alejandro. Algunos alcanzaron a pasarnos las armas y se fueron de civiles, legales. Ya estaban todos en el pueblo.

Estuvimos allí, unos ocho días. A quince minutos quedaba la escuela y por allí había estado el Ejército: hizo formar los niños. Y les preguntó que si no habían visto gente rara por ahí, armada. Los niños no dijeron nada; y se fueron a contarnos. Los peladitos nos guardaron el secreto. A la toma de Palestina le dieron bombo. Yo recuerdo que Navarro y otros compañeros desde la cárcel dijeron que a Palestina se la habían tomado cuatrocientos hombres. En Pitalito decían que habían sido entre sesenta y ochenta hombres.

Eso nos dió mucha importancia en la zona: porque la gente sabía que la toma era del Eme Diecinueve. Llegábamos a las casas y nos dábamos caché, que ya nos tomábamos pueblos.

Después me dí cuenta que la toma de Palestina salió coincidente con la toma de Mocoa. El Eme Diecinueve iba a hacer una ofensiva militar, para responder porque nos habían quitado el armamento; para decir que estábamos vivos y seguíamos haciendo presencia en el país.

#### A OTRA POLLERA

Después de ocho días, las patrullas no se retiraban y yo necesitaba irme de la zona, pero no podía salir con la gente armada y con equipos. Les dije a dos compañeros, "los voy a mandar, de civil. Les doy para el carro y se van común y corriente. Nos vemos en "la Mene" (es el nombre indígena de una zona de Acevedo, que hoy se llama San Lorenzo). Los mandé y me quedé con Walter. Le dije, "como usted y yo somos los quemados, nos vamos con parte del armamento. La otra la dejamos escondida". Recibimos el armamento. Lo aseamos. Lo engrasamos; y nos trasladamos de esa casa, nos metimos en una mata de guadua, detrás de un cafetal, donde hicimos una caleta. Nos quedamos, yo con una pistola nueve milímetros; y Walter con otra. Ambos con granada.

Mandé un estafeta de la zona, a decirle a los compas de la urbana que vinieran y trajeran información sobre el estado de la zona. Los compañeros mandaron a decir, "no hay nada, no hay ningún problema". Que eso era que yo estaba cagado del susto. Que nos fuéramos.

Quedamos de vernos esa noche a las siete, en un punto sobre el río Guarapas. En una carreterita. Bajamos con Walter. Al momentico llegaron los compañeros en motos: "móntense aquí". Antes de llegar a Pitalito, les dije:

- Compañeros, hay que explorar; no vaya a ser que encontremos un

retén.

- No, no hay nada; fresco. Tranquilo.

Cogimos la ruta de salida hacia Acevedo. Saliendo por Aguablanca, un barrio de Pitalito, de una vez miré un retén del ejército; le dije al compañero, "pare, 'mano, pare", y el hombre no paraba -en la toma de Palestina, se me habían botado los papeles y los encontró el Ejército. Yo andaba indocumentado y armado, pero él no sabía. A unos veinte ó treinta metros del retén, paramos. Y uno de los compañeros se puso a golpear en una casa, - ¡Abranos!! ya llegamos! Se nos acercó un soldado y dijo, - Señores, hagan el favor, sigan ahí para una requisita: esto es un retén militar.

Tenia el fusil en porte -piloso- y cerca estaba otro soldado, descuidado, con el fusil terciado por detrás. Nos miramos. Voltié a mirar a Walter: el dió dos pasos hacia un solar donde se había partido un estantillo, había un roto en el cerco. Pegó el brinco y ¡plum! Cayó adentro de ese solar, - ¡Quieto!.

-¡Alto Ahí!

Yo dije, "nada" y ¡plum! También adentro y arrancamos a correr los dos, por ese solar, a oscuras, sin saber para dónde. Yo le decía, "Walter, no me vaya a dejar, hermano", yo no conocía Pitalito. Pasamos de un solar a otro y fuimos a dar a unas mallas de un criadero de pollos. Esos pollos apenas chillaban ¡cocococococó!cocococó! Nos subimos por la malla, y se balanceaba, para allá y para acá; yo no podía voltear la pierna por encima porque cuando intentaba, la malla se me venía. Me bajé; y entre los dos despegamos de abajo una esquinita. Se pasó Walter y me pasé yo. Salimos de ahí...A otra pollera. Hicimos lo mismo. Reventamos a un cafetal. Cogimos por debajo de ese cafetal, hasta salir a un solar abandonado, con rastrojo. En ese momento el Ejército cogió las motos y le dió la vuelta a la manzana. Con las mismas farolas de las motos, alumbraba por encima del rastrojo. Nosotros, tendidos, parábamos hasta cuando pasaba la luz, y seguíamos avanzando. Encontramos un pedacito de cafetal, más alto -tenía guamos- y por allí nos fuimos saliendo. Llegamos a un arado donde -iban a sembrar sorgo-. Walter dijo, "toca por aquí derecho". Lo cogimos de frente y déle, déle hacia arriba. Salimos a la toma del acueducto de Pitalito. Pasamos una carreterita y seguimos loma arriba; cogimos unos morales y déle, hasta que subimos a un filo.

Allí estuvimos a las tres de la mañana. Ya era zona conocida, con amigos. Dijo Walter, "camine para donde Patiño". Era un campesino que decía haber estado en la guerrilla durante la violencia; hablaba de Sangrenegra. Allí habíamos dejado esperándonos, a nuestras señoras, la de Walter y la mía, y el estafeta.

Al vernos arañados, por el moral, preguntaron qué nos había pasado. "Nos tocó venirnos a pie, porque los de las motos no aparecieron". Nos hicieron limonada; tomamos y nos acostamos.

Al otro día, nos metimos a un cafetal y desde allí, mirábamos hacia el fondo a Pitalito; ya había dos retenes. Uno, de donde nos habíamos volado; y otro, más arriba, más cerca a la loma donde estábamos. Carro que subía, lo paraban; carro que bajaba, lo paraban.

Le dijimos a Patiño, "váyase para Pitalito y traiga remesa, para estar unos dos días, descansando y charlando con usted." Como a

las once de la mañana, estuvo con la remesa. Más asustado que un verraco, ese señor:

- Huy compañero!. Mire que ese pueblo está lleno de ejército, por todo lado. Que anoche se han volado una gente. Y que han cogido una gente de unas motos".

A los compañeros los cogieron y les metieron tres días de calabozo, a cada uno. Y ellos dijeron que los "volados", eran unos muchachos que, por no tener libreta militar, les daba miedo prestar el servicio y por eso se habían volado. Sin embargo no les creyeron mucho y por ahí les metieron su aguantada de hambre.

- Hay dos retenes y patrullas. Mire que cada nada suben y exactamente por este filo, donde estamos; eso no demoran en venirse los que están allí abajito; esto está muy peligroso. ¡Y se nos asustó Patiño!

- No hay de otra: toca irnos hoy.

A las cinco de la tarde había un programa de "Emeterio y Felipe". Walter tenía un radiecito de esos que llaman "panelitas". Dijimos pues, "cojamos los bolsos y vámonos. Salimos a la carretera y nos vamos oyendo el programa. Usted con su señora y yo con la mía; y al pelao lo mandamos adelantico, explorando". Todo el mundo, eso sí, armado. Nos fuimos, buscando siempre el sector de Acevedo. Ibamos hacia donde un compañero, rolo; donde quiera que usted llegaba, él le decía, "yo si quiero mucho al Eme Diecinueve. Pero lo que más me trama es la "Chiqui"; es que la Chiqui si es muy verraca, con la negociación de la Embajada. Esa mujer es muy tenaz!", lo llamábamos "La Chiqui". Por el camino nos encontramos unos señores, que eran como del DAS o del Efedos, porque iban armados con revólveres y llevaban munición en la cintura; cuando los vimos, nos paramos a reir. Ellos pasaron y nos vieron distraidos y como con pinta de trabajadores de la región. Y seguimos.

Estuvimos donde el famoso compañero de la Chiqui, unos dos días. De ahí salimos, para donde unos Tolimenses. Con ellos nos "destrabábamos" oyéndoles cuentos de la violencia: que ellos habían estado en la cordillera central, "donde hacían unos ventarrones que le daban a uno en el pecho y lo tiraban por allá, a cuatro metros".

Después de dos días, le dije a Walter, "de aquí pa' allá, vámonos despacio". Esa era una zona en la que poco habíamos hablado con la gente. Nos demoramos ocho días. Charlando. Abrimos todo un corredor: desde San Lorenzo, hasta Pitalito. Nosotros íbamos hasta el pueblo, por puras casas amigas.

### AHI QUEDO EL CUENTO

Como a los dos meses después de la toma de Palestina, me llegó el armamento prometido. Me trajeron: el primer fusil getres que entró al Frente Sur y una subametralladora, desarmadas; unos proveedores que conforme los miré, dije, "estos van a ser de FAL"; una escopeta, de cinco tiros, automática: la llamábamos "la pantera"; cuatro pistolas Browning; cuatro o seis granadas... Eso era un arsenal, para nosotros.

Con ese armamento, dije, toca reclutar más gente: reuní un total de diecisiete hombres. Con pistolas y revólveres o escopetas,

como fuera, arme el combo...Eso ya era una columna.

Lo más chistoso, era que ninguno sabía armar las armas que llegaron desbaratadas entre una caja. Entonces, nos encerramos con Adolfo, que ya era el segundo al mando, con el fusil y la subametralladora: eso era un rompecabezas ni el verraco. Yo tenía idea de la subametralladora, por lo que había manejado una Madsen; con ese criterio, cogí y tan! tan! armé la otra. Y me funcionó. Entonces, "pues que el fusil." Nos pusimos, entre los dos; y no pudimos. El campesino de la casa, se puso a vernos. Y ayudando a tirar cabeza. Armamos todo el fusil, menos el bloque. Gastamos tres horas, un día; al otro día, le dimos otro rato: y nada. Hasta que dije:

- Pues en la zona tenemos amigos reservistas. Traigamos uno. Entonces dijo el campesino,

- Eso son guevonadas compañeros; si estas armas los hicieron los hombres, como no vamos a ser capaces de armarlas...Si unos las hicieron, otros las armamos!

Adolfo y yo nos salimos. El campesino se quedó solo, en la pieza. Como a los veinte minutos, salió diciendo,

- Compa, no será así?

!Ya lo tenía armado! Me di cuenta que ya éramos una guerrilla de diecisiete hombres; y debíamos convertirnos en una de cincuenta ó cien hombres. Pero me faltaban recursos. Ya tenía el conducto a nivel nacional, para comprar armas. Pero faltaba el billete.

Concluimos, entre los compañeros de la urbana y nosotros, que el operativo era secuestrar un cliente. Los compañeros de Pitalito dijeron que había un tipo que, al cogerlo, nos daba doscientos millones de pesos. En ese tiempo -mil novecientos ochentiuno-, para mí doscientos millones era un platal. "Pero, como lo vamos a hacer<sup>o</sup> conjunto -dije- a mí, cuánto me van a dar?". Me dijeron que\* unos ochenta millones, porque eso era un operativo para financiar la organización a nivel nacional. Ellos, con uan comisión que yo enviaba, lo cogían. La misión era tenerlo.

Pues sí señor: mandé la gente al operativo. Era fiesta de San Pedro, en Pitalito. Se fueron Adolfo y Rozo. Los de Pitalito, servían de guías; y de Bogotá habían venido dos compañeros, que eran dizque los verracos para operar en la urbana. Uno de ellos decía, "lo cogemos de las greñas, y al carro. Nos lo llevamos: eso vale huevo, muchachos, tranquilos." Se distribuyeron tareas, exploraron la zona.

Se pusieron puntos de referencia con Adolfo y con Rozo. Los otros no les cumplieron, "en tiempo y forma" como se dice en lo militar. Los muchachos llegaron a la cita, en una esquina: al ver que nadie llegaba a recogerlos, se metieron en una caseta a bailar, con pistolas y todo! Con puras Browning, esos vergajos mirando la reina, tomando cerveza -en el Huila! como son tan buenos los San Pedros! bailes en la calle y trago a todo el mundo. Los compañeros de la urbana, los encontraron. Y se fueron al operativo.

El cliente, apenas los vió, les tiró el carro encima y se les voló, en medio de los disparos que le hicieron los compañeros. Claro, con semejante escándalo, tiros y guevonadas, el ejército y la policía se pusieron pilas.

Los de la urbana le entregaron las armas a Rozo y Adolfo y se regresaron para el centro del pueblo, a las casetas. Los compas

de acá, se vinieron.

Esa noche, esataba yo en un sitio esperando a que llegaran con el cliente. Al otro día por la mañana llegaron los muchachos... Ahí quedó el cuento.

### EL ENTIERRO DEL OCHENTIUNO

Hacia dos días había enviado una comisión para el río Pescado, a la vereda "la Quizallá", parte alta de Belén. Iban cuatro compañeros, con Gustavo Ramirez, Hernán, como responsable. Le dije, "la misión suya es explorar sitio para campamento; alistar remesa; y estar pendiente, con información de la zona. Yo estoy entrando tal día". Hernán sabía qué me quedaba haciendo.

Entré al día siguiente del citado. Cuando llegué a la "Quizallá", a las seis de la tarde, ya estaban alistando equipos para devolverse. Con ellos venía el compañero Darío, Aristóbulo Alarcón, un guerrillero de la violencia que lo llamaban "Saltarín". Toda su vida la vivió en la guerrilla: un tiempo en la violencia. Lo amnistiaron. Y a los pocos años se le apareció el Eme Diecinueve, ¡siguió en la guerrilla! Pregunté qué pasó: "compañero, aquí llegó una orientación. Resulta que Roberto (Chalita), está aquí en la cordillera, casualmente por esta zona: en la parte alta de Florencia, en Villahermosa. Y le manda esta carta". Yo la mire. Decía que, en todo caso, había que operar para enterrar la amnistía del ochentiuno, la amnistía de Turbay. Que para tal fecha todo el mundo tenía que hacer un operativo. Eso era al otro día! Y yo acá, en el Caquetá, metido. No había nada más que hacer, sino devolverse. Al otro día, "de vuelta, mar!"

Yo había venido del Huila, porque malicié que eso por ahí se iba como a dañar. Miré una gente rara, dando vueltas por la zona, entre los cafetales. Le dije a los compañeros, "hoy a las siete de la noche, nos vamos de esta casa. He visto una gente extraña, alrededor de nosotros: gente con poncho, en los filos, poniendo cuidado". Nos salimos de allí, caminamos una hora y nos quedamos en otra casa, sobre la boca de la trocha que cogia para el Caquetá.

Madrugamos a las cuatro de la mañana. Desayunamos y a las cinco, nos vinimos. Caminamos hasta cierta parte; luego me desvié y me metí a una finquita. Le dije a un compañero de ahí, "hermano, hágame el favor de explorar la zona; y tráigame razón cómo está." Qué había pasado: a la casa de donde yo me salí, cayó el Ejército, a las cuatro de la mañana. Cercaron. Sacaron la gente. Le dieron pata a los campesinos. Cogieron a un compañero que se llamaba Mariano y lo colgaron, acusándolo de pertenecer al Eme Diecinueve. Ese compañero había hecho un curso de DAS rural y tenía carné; cuando yo llegué al Huila, ese era el "coco" de la gente, decía que ese tipo me iba a aventar. Yo hablé con el hombre y lo convertí en amigo del EME. Era el tipo que me mantenía informado: me decía cuándo iban patrullas, cuándo no iban; por dónde estaba el Ejército. Yo le dí a él como misión, que hablara, cada ocho días, con el comandante del puesto de policía; o hablara con las patrullas que hubiera. Me mantenía "al

pelo" en información, a través del cliente.

Casualmente las casas que allanaron fueron, la de él y la de otro. Al encontrarle carné de DAS rural, le decían que no era más que un hijueputa traidor. Un man del Ejército lo trató mal, lo insultó; entonces el tipo sacó y le pegó una palmada. Y ¡se agarraron los dos! Al hombre, claro, le dieron una mano de palo, la cosa más verraca.

Bor la nochecita llegó el explorador: "compañero, eso está bravo, ¡está puteado! La contraguerrilla ha cogido un poco de gente. Nos hemos escapado de pura carambola". Pensé, "que más hay que hacer? Esperar". Me estuve todo el día por ahí. Al siguiente, volví a mandar a explorar; y no: "Ahí está el Ejército... Ahí está el Ejército... Ahí está el Ejército en la zona".

Nos devolvimos para el Caquetá. Veníamos en todo lo que llaman "la línea", y ya se oían las bombas. Y el helicóptero.

"El entierro del ochentiuno", acá en el Caquetá, fue una vaina verraca: nosotros paralizamos, prácticamente, al departamento. Pusimos emboscadas por la carretera central, entre Florencia y Morelia; entre Morelia y Belén; entre Belén y San José. En todas partes había bases militares. Nosotros hacíamos retenes. Y cada retén tenía su emboscada. Se movía una patrulla de Florencia hacia Morelia, y ¡Blum! Volaba un camión; se movía una patrulla de Belén a Morelia y ¡Blum! Otro camión volado; se movía una patrulla de Belén a San José y ¡Blum! otro camión. Entonces el Ejército dijo, "esto está puteado" y se encuartelaron quince días. Primera vez que nosotros paramos al Ejército, aquí, en el Caquetá! Quince días se quedó quieto hasta que entraron refuerzos: veintidos camionados pasaron por la carretera y "carros con cañón, que giraba pa' lado y lado", decían los compañeros de la emboscada, que no conocían las tanquetas; y helicópteros. Cuando los camiones comenzaron a entrar en la emboscada, un compañero dijo, "volemós uno." El mando se negó porque eran muchos. Donde hagan eso, los acaban! Cuando pasó el último camión, bajaron, recogieron la bomba y se vinieron.

El entierro de la amnistía se hizo en coordinación con las FARC. Los operativos eran mixtos: mitad del Eme Diecinueve, mitad de las FARC, en los retenes, en las emboscadas. Como una forma de sumar fuerzas para darle a la amnistía un entierro más o menos... Contundente.

Terminados los operativos, se concentraron, Chalita con su gente y Guillermo, que ya mandaba el Décimo tercer Frente. Se reunieron en un punto de las quebradas "las Serrano", detrás del Cerro Negro. Definieron que cada uno cogiera su rumbo.

Chalita se retiró para el sitio de concentración definido, que era "Campo Muñeco", por el río Bodoquero.

Llegando yo al río Pescado, exploré, de la Quizallá, a un sitio llamado "la Serinda", donde vivía Darío "Saltarín". Me moví hasta ahí y cogí luego las trochas que conocía, para pasar del río Pescado al Bodoquero, con toda mi guerrilla: unos dieciocho compañeros, todos armados.

Al llegar cerca a "Campo Muñeco", noté, desde una parte alta, que había gente; miré ropa extendida en troncos. Entonces, arrimé con mucho cuidadito. Y les salí, por ahí a unos treinta metros del guardia, por entre el monte. Me quedé mirando toda la gente. Conocí a Chalita y a otros. El tipo que estaba de guardia, no me

había visto; y me daba miedo que me zampara un balazo. Sinembargo, fui el primero en salirle. "Quihubo, 'mano." Comencé a decirle mientras fui arrimando. "Ah! Es Robert"

En el Huila me puse Robert, como para cambiar de nombre, de personalidad. En el Huila vivía afeitado; en el Caquetá, barbado. Mantenía como dos personalidades. Pero era el mismo.

Chalita estaba preparando una de las primeras Escuelas de Comandos de Lucha Local. Había citado un arrume de campesinos, para prepararlos porque ahora sí la guerra se había venido en serio.

La llegada nuestra fue un refuerzo grande. Chalita estaba muy mal armado: con unos fusilitos "perilla" y unas escopeticas. Tenían un FAL sin proveedores, al que le metían un tiritito en la recámara, lo disparaban y volvían a meterle el otro. Yo lo monté con los tres proveedores que traía de remolque. Y la novedad era el Getres:

- Huy, ese compañero del Huila sí que viene armado.
- Yo me voy con Robert pa' l Huila, eso por allá es la verraquera. Claro! la gente del Caquetá vive "amarillita"; y nosotros veníamos rosaditos, como bonitos seguramente. Y los compañeros hablando de que en el Huila había muchachas; y que vivíamos en las casas y en los cafetales. "Y uno por acá metido entre la montaña." Todos querían irse conmigo, incluso mi otro hermano, Oscar Beltrán Otavo, quien se vino de la casa buscándonos; se le voló a papá. Yo no me lo quería llevar porque estaba muy muchacho, tenía unos quince años: era bueno que se quedara con Chalita para que lo formara más.

Se juntaron unos cien campesinos, más la guerrilla. Tocó hacer ranchos de paja, donde durmiera la gente. Duró una semana.

Ahí por primera vez comí sancocho de mico. Se atravesó una manada de micos y les hicimos una emboscada, con escopetas. Chalita era el primero: "yo me hago aquí, usted se hace allá... Los micos vienen por aquí... Vamos a matar tantos..." Se mete esa manada de churucos al campamento y los prenden a bala. Eso era ¡pum! aquí; los miquitos corrían pa' allá, ¡pum! Allá. Y Chalita que era el experto, "se pelan así, se chamuscan así, se lavan así, se arreglan así."

### UNA AUTORIDAD POLITICA Y MILITAR

Los comandos de lucha local, los iniciaron los compañeros en el Plan del Caquetá, por los lados del Ramolino, Sevilla, toda esa región. El compañero Raúl, después de que había quedado al mando del Frente Sur, junto con Chalita comenzó a organizar las comunidades, por grupos que se llamaron "Comandos de Lucha Local". Incluso sacaron un himno de los comandos. Con la trasladada de Chalita acá, a la cordillera y la venida mía del Huila, se comenzaron a dar las primeras escuelas a los campesinos, con el objetivo de convertirlos no solamente en amigos, sino en hombres que cumplieran una misión específica dentro del proceso que nosotros teníamos, que era la guerrilla.

En qué consistía el comando: consistía en que la gente se preparaba militarmente; se les enseñaba la malicia. Se les daban tareas, como era exploraciones, como era mantener información sobre la zona, estar pendiente sobre los movimientos del Ejército

o de cualquier desconocido en la región. Entonces cuando uno llegaba, los compañeros le tenían esa información. Teníamos buzones: sitios entre la montaña, donde los campesinos dejaban noticias escritas, entre una bolsita. Al llegar a un lugar, uno inmediatamente se enteraba de la situación, cómo estaba la zona a la cual iba a salir.

Los Comandos de Lucha Local tenían objetivos financieros, también. Es decir, una estrategia para tener finanzas. Algunos compañeros sembraban caña, plátanos, tenían cultivos que eran del comando. Y de paso le servían a la Fuerza Militar, cuando no tenía recursos. Ellos sostenían los ganados, lo que se les dejaba. Guardaban algunas cosas; por ejemplo, teníamos que irnos, se les decía "compañeros, aquí queda esta remesa." Se les enseñó a hacer caletas, entre la tierra, para mantener las cosas escondidas. Nos guardaban armas, municiones.

Cuando había operativos militares, se venía por ejemplo, una escuadra de combatientes a cualquier región, -por decir El Bodoquero, o aquí la Central, o por los lados de San José, Belén, o en el Plan- esa escuadra se levantaba cinco o diez hombres: los conseguía entre los más veteranos de los Comandos de Lucha Local. Y los armaba. Como a veces los comandos tenían armas, pues no era sino decirles, "vengan tantos compañeros de esa zona." Los comandos estaban jerarquizados. Los jefes se llamaban: uno, teniente, el otro capitán, el otro Mayor de comandos; todos tenían su jerarquía. Entonces uno hablaba con el responsable del comando o de los comandos, según el personal que necesitara, para que participaran de los operativos: Y salía gente!

Participaban de los operativos; ayudaban a trasladar compañeros enfermos o heridos. Ayudaban en todo lo que se les encargaba como actividad en bien y en beneficio del desarrollo de la guerrilla. Yo creo que aquí, en la cordillera, en la columna que manejábamos con Chalita, donde durante mucho tiempo fui el segundo al mando y el tercero al mando -nos turnábamos con Salomón-, dirigíamos por lo menos unos mil campesinos organizados en lo que es la región de San José; Fragueta; Yurayaco; Belén; la parte alta de Florencia; incluso sectores de Montañitas, porque nosotros pasamos de la Central para allá. Alcanzamos a ir hasta el Doncello. Hacia el Sur, se recorría hasta el Ecuador.

El sector de la Central hacia el Norte, las FARC siempre lo había reclamado como zona de ellos, que ellos organizaban. De todas maneras, la influencia y la penetración de nosotros, se hizo en las primeras convivencias, hicimos muchos amigos; y después la gente nos llamaba. Nos fuimos metiendo independientemente, porque manejábamos la concepción de que la revolución no tiene fronteras. Que los hombres que estábamos en armas, teníamos derecho a andar en todo el territorio nacional; y esa zona también era parte de Colombia. Por esa razón, uno de los objetivos que teníamos después, con Boris, era echar hacia arriba porque, decía Boris, "los objetivos militares existen hacia el norte del país".

Un Comando de Lucha Local lo conformaban de cinco personas en adelante. Había comandos que tenían doce, quince personas. Cuando era muy grande, se partía.

Los oficiales de los comandos, tenían casi la misma autoridad que los compañeros oficiales de la guerrilla. Un teniente de comando,



se diferenciaba muy poco de un teniente de la Fuerza Militar. Porque el compañero era el de las masas, el de la base; tenía también una autoridad política y militar... Era una estructura paralela, en cierta forma, a la que tenía la guerrilla. En algunos casos se presentaban inconvenientes, porque bajaban los compañeros de la Fuerza Militar a darles orientaciones u órdenes a los comandos y los jefes decían, "si usted es un teniente y yo soy capitán, cómo le voy a obedecer." Esos impases los logramos superar, aclarando que los compañeros que bajaban, iban con órdenes superiores, del comandante de la unidad guerrillera.

De otra parte, los compañeros de la base, las masas, tenían funciones de vigilancia y control, sobre los miembros de la Fuerza Militar. Si un compañero guerrillero, hacía cosas indebidas, abusaba del mando, la gente informaba al superior.

Los comandos tenían claves. Y ellos sabían por ejemplo, cuando un individuo iba en misión y cuando iba desertado; y en muchos casos los capturaban y los entregaban. O los ponían a trabajar, hasta cuando aparecía la guerrilla.

Fueron los que más controlaron. Yo consideré que fue una vaina supremamente necesaria, dentro de una lucha como la que llevábamos. Tuvo sus consecuencias.

Los comandos, aquí en el Caquetá, fueron duramente golpeados. Cuando el operativo del Aeropesca; y después durante la ofensiva contra la Octava Conferencia, porque una de las conclusiones de la Octava era la "concentración de fuerzas", que llamaban: consistía en concentrar hombres, armas y fuerzas para adelantar una ofensiva; hacer tomas guerrilleras contundentes, de fuerza, que le dieran golpes duros a las Fuerzas Armadas.

Como el Ejército tenía información de la forma organizativa que tenían las masas, los campesinos, en relación con la guerrilla del Eme Diecinueve, se adelantaron ofensivas: cayó mucha gente, torturados. Incluso se habla que, a raíz del operativo del Aeropesca, en lo que se llamó "La Reserva" -un triángulo de Valparaiso hacia abajo, entre los ríos Caquetá y Orteguzaza, de veintidos mil hectáreas; termina en la base militar de "Tres Esquinas" -hubo alrededor de dos mil campesinos muertos.

Una gran cantidad se fueron para la guerrilla; otros se salieron de la zona. Pero las mayores víctimas fueron campesinos; netamente guerrilleros, muy pocos cayeron, porque ellos cogieron las armas y salieron corriendo. Chocaban con el Ejército, se disparaban y seguían en retirada.

De los campesinos que se quedaron, algunos fueron capturados por el Ejército, los torturaron y ellos delataron al resto que había estado en las escuelas de formación de comandos. Se dice que fue mucho el personal que falleció en lo que se llamó "la guerra del ochentiuno, cuando llegaron las armas del Aeropesca.

Por el sector de la cordillera, hubo muchos torturados y golpeados, también en su mayoría de los Comandos de Lucha Local. Lo que nos llevó a concluir una cosa muy clara, en lo que fue la concepción de la guerrilla y en la concepción de la construcción de un Ejército: No se podía confundir la actividad organizativa y de lucha legal de las masas, con la actividad directamente guerrillera, que tenía que ver con la acción clandestina e ilegal contra el Estado. Nosotros hemos debido organizar la gente en lo que tenía: las juntas comunales, sus organizaciones cooperativas.

Nosotros los volvimos guerrilleros y al mismo tiempo civiles, legales. Entonces cuando alguien delataba un dirigente, estaba delatando, de paso, un combatiente.

En mi opinión, muy personal, no hemos debido meter en operativos aquellos compañeros que tenían como tarea fortalecer las juntas comunales, como mecanismos para exigir al Estado que cumpliera a la comunidad. Confundimos lo político con lo militar.

Todavía a estas alturas, la gente recuerda los Comandos de Lucha Local. Pero es que el Caquetá tiene características muy especiales. Acá la gente recuerda mucho el pasado de la violencia.

### HASTA DONDE SE OSCUREZCA

Terminó la escuela guerrillera y me dieron la misión de que nuevamente me fuera pa'l Huila. Me quitaron gente, que porque tenía mucha; me quitaron armas. Mandamos adelante una comisión de ocho compañeros, al mando de Adolfo; y de segundo al mando, "Caldenillo" (Edgar Rincón) -un compañero muy disciplinado. Se suponía que yo me les unía a los ocho días.

Ellos llegaron al Huila y se distribuyeron en dos comisiones: Adolfo se quedó en San Lorenzo, Acevedo y le dijo al otro, "usted como es de San Adolfo, váyase para allá". Mientras tanto yo estaba, por Santa Elena, sobre la carretera central, con Salomón. Debíamos preparar la subida de los fusiles del avión. Ya había caído el Aeropesca; estábamos en FINALES del ochentiuño y el avión cayó el veintiuno de octubre. 181

En la cordillera estábamos ya unos ciento treinta hombres. Habíamos crecido hartísimo, al mando de Chalita, Salomón, el finado Fabio, Elías (Gustavo Sanjuan) y mi persona: ese era el Estado Mayor de la columna. Remberto Artunduaga, Yuri, manejaba por el Putumayo unos doscientos hombres. La columna que manejaba Capera y Conrado, era de ciento ochenta a doscientos hombres. Raulito manejaba también ciento y pico de hombres. En ese tiempo, aquí en el Caquetá, fue el mayor auge de crecimiento: tuvimos de seiscientos a setecientos hombres en armas.

Eso fue con la llegada del Aeropesca, porque para recibir las armas, dijeron que había que reclutar gente, porque venía un avión lleno de armas y que qué íbamos a hacer con ellas. Pero eso, única y exclusivamente lo manejaba Raul: era una información muy centralizada. No hubo forma de participar en la planificación, ni cómo íbamos a hacer, por la concepción de seguridad que se manejaba.

Vienen los fierros y a los compañeros del Plan, les correspondió enfrentar, prácticamente solos, eso. Nosotros no participamos. Lo único que hicimos acá en la cordillera, fue salir por ahí, a hacerle unos tiros a las patrullas, dizque para "desconcentrar el operativo". ¡Qué íbamos a desconcentrar! si montaron diecisiete mil hombres encima de la caída de ese armamento.

El operativo cogió desde el Plan y comenzó a apretar contra la cordillera. Cuando el Ejército se dió cuenta que la guerrilla corría hacia la cordillera, comenzaron a poner ejército por todo

el pie de la cordillera: en todas partes, 'mano, había una patrulla, así fuera de veinte soldados. No había entrada a las zonas donde no hubiera una patrulla.

A nosotros aquí, nos tocó subirnos a las partes altas. Ya no podíamos maniobrar bajito cerca a Florencia, ni cerca a Belén, ni cerca a San José. Todo estaba militarizado para impedir el paso de la guerrilla, porque acá, éramos fuertes; en el Plan, la guerrilla era débil. El mismo Ejército decía, que al único tipo verraco que reconocía en el Eme Diecinueve, para maniobrar y para peliar, era Chalita: porque era al único que no le mataban gente, ni se la cogían. A toda la gente del Plan le estaban dando.

Acá en la cordillera, nos habíamos distribuido: Salomón y mi persona, estábamos por las alturas de Santa Elena; Chalita y otros compañeros, por el Bodoquero; y otros compañeros se desplazaron hacia el San José de Fragua, Albania. Adolfo, en el Huila: todo el mundo esperando el armamento. Ya habían llegado unos fusilitos, poquitos; unos veinte que habían subido compañeros despelotados. Eso era una vaina verraca: la gente se despelotaba en las balaceras y subían compañeros, solitos, solitos, con de a dos fusiles desde el Plan, a pie, hasta aquí, a la cordillera; al Bodoquero. Entraban de noche, sin conocer. Andaban toda la noche por llanos y por llanos, déle, déle y déle. Por ahí les amanecía. Se echaban a dormir escondidos en los rastrojales. Y al otro día, dicen que miraban pa' arriba las lomas y decían, "¡allá están los compañeros!" Y volvián a darle.

La ventaja de ese tiempo era que teníamos más de mil personas organizadas en comandos, aquí sobre la cordillera. Por donde quiera que trompiara un compañero se topaba un miembro de un comando de lucha local. Todos estaban alertados: que donde aparecieran compañeros, con fusiles FAL, despelotados; que donde apareciera gente extraña, diciendo que eran del Eme Diecinueve, les brindaran apoyo y vinieran a informar. Y nosotros bajábamos a ver si eran, porque podía ser también la contraguerrilla. En esos días, subió Raulito y otros compañeros, por los lados de Yurayaco; por el San Juan subieron otros. Juntamos unos setenta fusiles del Aeropesca: y unos doscientos hombres armados, con buena fusilería.

Yo estaba por la central cuando llegó una carta con la orden de irme para el Huila. Ellos se iban para la Bota Caucana. Ya estábamos cercanos a agosto del ochenta y dos. Había pasado el operativo del Aeropesca: por allá en el Plan quedó Conrado despelotado, Capera despelotado; Yuri por el Putumayo. En ese tiempo la guerrilla no tenía comunicación radial: solo por estafeta. Era superdemorado. Un estafeta se iba y duraba un mes en llegar; a los dos meses volvía. Transmitir las orientaciones era un problema. Por esos días se había planificado desarrollar a nivel nacional, la Octava conferencia. Se había escogido hacerla en el Putumayo. Y que a partir de Mayores íbamos a ella. Yo fui Mayor de la Fuerza Militar desde Mil novecientos ochenta y uno. Cuando me llegó la orden de trasladarme para el Huila, estaba pendiente de esa reunión.

A los quince días de llegar al Huila, me llegó otra carta de Chalita. Donde me decía que yo quedaba de responsable del Huila y el Caquetá, del Eme Diecinueve. Aquí quedaba Elías por el Bodoquero y Héctor por la central. La misión mía era: conseguir

armas; conseguir hombres; conseguir plata y mantener la zona limpia y que seguramente, estaríamos solos un tiempo largo, de un año a dos: yo me pegué una asustada hijueputa. Que ellos aspiraban a volver con un ejército de dos mil hombres. -"Entonces yo deberé tener, por lo menos quinientos," decía entre mí- para una ofensiva la hijuemadre, pues; "pa' la toma del Poder." Que se iban a encontrar con Bateman.

Yo me quedé más rabón que un verraco: "Cómo así, si yo tenía que ir a la Octava Conferencia. Se fueron y me dejaron". De todas maneras, enfrenté la situación.

La primera noticia que me encontré cuando salí al Huila, fue la muerte, hacia dos días, del compañero Mario, "Caldenillo". El tipo era muy bueno: se fue a abrir una zona, por Palestina y de paso a pedir plata. El había dicho que cuando llegara Robert, había que tenerle billete, porque venía pelao. Se fue a retacar unos ricachones; le dijeron que sí y lo aventaron. Cuando fue a recibir la plata. La gente que andaba con él estaba despelotada. Le dije a Adolfo, "lo primero que hay que hacer, es reunir toda la gente". La concentré en San Lorenzo.

Comenzamos a ampliar las zonas; a trabajar El Vergel, donde fue después el campamento de paz y a Suaza. Y nos trasladamos de las partes altas, "porque está como peligroso: con la matada de Mario, dije, ya se detectó que por allí andaba el Eme Diecinueve"; y toda esa zona la militarizaron.

Bajamos al vergel por entre el monte. Yo llevaba los nombres de unos campesinos amigos.

Salí con otro compañero a una casita, entre un robledal y una roza que había, una chambita y unos cultivos de yuca. Le dije al campesino, "oiga, señor...Por aquí no está el Ejército?". Dijo: - No, no sé. No he visto nada.

Era un campesino del Partido Comunista. Pero yo miré unos trillos por ahí...Claro! como a unos quinientos metros de la casa, estaba el Ejército. Pero el campesino nunca creyó que éramos del Eme Diecinueve, porque salíamos tan frescos a preguntar. Le dije:

- Hágame un favor: llámeme a un señor llamado Pablo Silva.

- De aquí a donde Pablo hay una hora.

Una hora yendo y otra viniendo, son dos; otra esperando,

- En tres horas lo espero. El tipo se fue a eso de las once de la mañana. Nos metimos de nuevo al monte. Dije, "que vayan dos compañeros a cocinar, a la casa". La gente se rebotó, que cuál miedo, que nos salieramos a la casa. Yo les comi cuento a los compañeros.

En la casa, hicimos aseo de armamento, comimos. Todo bien. El campesino debería volver a las dos de la tarde. Se hicieron las tres y no llegó el campesino. Como a las cuatro y media Abel, que andaba conmigo porque se iba para la ciudad a hacerse un tratamiento para el asma, se quedó mirando al frente y dijo, "hermano, por entre ese cafetal, miré bajar dos tipos." Llamamos a la campesina -que nos hacía mala cara, porque nos creía de la contraguerrilla. No estaban convencidos de que fuéramos del EME. Yo le preguntaba si por ahí estaban las FARC; que les dijera que allí estaba Robert; pero no nos comía cuento- y le dijimos:

- Señora, por esta loma abajo hay camino?.

- No, por ahí no hay nada. Entonces , nosotros, de una vez la sospechamos: "aquí algo raro está andando". Pero espere al

campesino y nada. Qué estaba pasando? Que el Ejército nos estaba encerrando, colocando la gente en los puestos, ¡Y nosotros en un hoyo!. Se estaban tomando todos los filos. A las cinco y veinte más o menos, fui y me senté, detrás de la casa en la acequia. Me dijo mi compañera,

- Qué piensa?

- Lo que pienso es que tenemos que irnos de aquí, a quedarnos al frente, en ese filo. No nos podemos quedar aquí. Es un peligro. Estaba diciendo eso, cuando nos prenden a bala, nos asaltaron: tan! tan! tan! Esa balacera volaba pedazos de pared a la porra. Yo dije, "aquí nos mataron. El campesino nos aventó, es un sapo!. Pero le van a matar la mujer." Yo me tendí en la acequia. Cuando miré que los compañeros comenzaban a salir por detrás de la casa y plum! A una zanja y déle, hueco arriba; plum, a la zanja y déle hueco arriba. A los compañeros que estaban en la guardia, no los oía disparar: pensé, "fueron los primeros a los que les dieron." Unos minutos antes había llegado una niña llorando. Una compañera dizque alcanzó a oír qué era lo que la muchachita le decía a la mamá:

- Mire mamá, ahí en el cogedero de agua, hay unos señores con unos palos así, atravesados." Pues era el Ejército que estaba como a treinta metros de nosotros, entre el cafetal. Salí, entre los últimos, por el rastrojo y nos hicimos a unos cien metros, entre unos robles. Detrás de los palos, defendiéndonos de la balacera. Les dije a los compas, "mataron los guardias; porque no han disparado: y el sonido del FAL se caracteriza en medio de la Emesenta, en medio del Getres, en medio del Galil. Y el FAL no ha sonado". Me apoyé en Abel, que venía del operativo del Aeropesca; me dijo, "hermano, aquí la nota es coger filo arriba." Yo dije, éste es más veterano en la guerra, porque había sido del ELN no sé cuántos años; más el operativo del Aeropesca. Yo era el de menos experiencia. Pues éste es el pollo; cogimos loma arriba. Al rato dije, "es mejor que nos abrámos a media falda." Y Abel, "no. Tememos el filo, que allá somos reyes." Ibamos asomando al filo, ¡cuando nos prenden a bala! Claro! Ya esa mierda estaba tomada por el Ejército y gritaban los de arriba,

- ¡Aquí vienen.

- Pues, ¡échemelos pa' abajo! respondían los otros; y nosotros más azarados. Hasta que dije, "aquí el mando soy yo, eso son guevonadas. Este vergajo no sabe. ¡Háganle por aquí, derecho!. ¡Gabino Barrera, al frente!" -Gabino era un compañero que se había puesto ese nombre- y sale ese tipo a media falda.

- Hasta donde le hacemos?

- Hasta donde se oscurezca. Nos fuimos. Sin nada de equipo. Lo único que salvamos fue, un radiecito que Gabino tenía colgado en el pescuezo; la cuchara y la peinilla mías. Eso sí: nadie dejó el arma. Pero a mí me faltaban cuatro compañeros; éramos diez y salimos seis.

Nosotros manejábamos puntos de referencia, "en caso de un despelote, nos vemos en tal parte".

Esa noche llovió. Cortamos unas hojas, a tientas, con la peinilla; hicimos un tendido. Y nos amontonamos, todos, unos encima de otros, quieticos. Y llueva. Ahí amanecimos, lavaditos, entre esos roblales. Y en el Huila que hace frío, 'mano.

Al otro día, cogimos loma arriba. Salimos a una trocha. Dije, "yo

creo que esta es la trocha de la guerrilla, que va para el Caquetá. Pero nosotros, qué vamos hacer por allá. Crucémosla y busquemos la vereda la Montosa". En esa vereda era el punto de referencia. Allí había dejado otra comisión. Y había mandado otra para San Adolfo: de los once compañeros que llegamos al Huila, habíamos pasado a veintisiete. Llegamos, buscamos las caletas donde manteníamos estufas, carpas, remesa, para emergencias. Nos volvimos a dotar. Hicimos paceritas, rancho. Nos instalamos.

### A NACER Y A VIVIR

Comencé a concentrar la gente. Adolfo, a quien lo había enviado por San Adolfo a hostigar una base militar, no me hizo caso. Le había mandado decir que se viniera, para que evaluáramos la situación. El se largó para donde tenía una novia. Se metió a vivir en unas casas. Lo sapearon, lo asaltó el Ejército, le dió una mano de bala; no le hirieron a nadie. Los compañeros, inexpertos, dizque salían corriendo y disparando, pero no se daban cuenta, de los nervios. El hermano mío -el finado Oscar, que ya me lo había llevado-, me contaba, que con la Emeuno, tan! disparaba y decía, "quién me disparó?"; tan! "quién me disparó?"; tan! "quién me disparó?" "de dónde me disparan?" Y era él mismo. Adolfo dijo que no se presentaba hasta no volver a estar dotado; que le daba pena haberse dejado asaltar y quitar los equipos. No sabía que en esa semana, ¡me había pasado lo mismo! Por último envié unos compañeros a que lo buscaran. Y se quedaron con él. Los encarretó que por allá estaba bueno, que se iban a cuadrar... Y sí, el tipo estaba volviendo a dotar el personal. Adolfo y su combo llegaron a una casa. Apenas los vió, el campesino les dijo, "compañeros, ¡bien puedan!. Mija, máteles un par de gallinas." Por la noche, "Mija, arrégteles la cama a los compañeros." Los tipos se bajaron de su cama con colchón y se la cedieron a los compas. Los acomodaron en un cuarto. Adolfo dejó un guardia. A las cinco de la mañana se despertaron. Cuando salieron a lavarse la boca ¡trrararán! el fogonazo: mataron el guardia. Inmediatamente, dos soldados volaron a la puerta y "¡Quietos! nadie se mueva". Los cogieron acostados. Detrás de la casa habían guindado dos compañeros que no quisieron quedarse en la pieza. Apenas oyeron los tiros, se tiraron de las hamacas, purundúm, cogieron el arma y corra, cafetal abajo, mientras les daban plomo como un verraco. Se volaron. El campesino era informante del Ejército. Por la nochecita, tipo seis de la tarde, había enviado un peladito, "vaya dígame al ejército, que esto, esto y esto". De ese asalto se salvaron Walter y unos tres más, entre ellos el hermano mío, porque Adolfo los había mandado en comisión. La caída de Adolfo nos originó un problema verraco. El tipo contó todo lo que sabía. Me aventó. Aventó los puntos de referencia; las casas amigas. La "Montosa" me la militarizaron y le organizaron un programa de radio; cada dos, tres días, al medio día:

- Compañero Robert; compañeros del Eme Diecinueve -hablaba Adolfo- yo les digo que se entreguen; dejen las armas escondidas y vengan, hagan el contacto con el Ejército. A mí me han tratado

muy bien. Eso es mejor que..." Todo un programa en contra de la concepción nuestra. Yo iba a las casas y, "mire, compañero: ese tipo de ustedes que cogieron, nos está aventando. Conmigo no cuenten más". Me dañó la zona. Adolfo y los otros que cogieron, estuvieron unos días en la cárcel y luego los soltaron. Los acogió la amnistía de Belisario.

Mientras eso pasaba en el Huila, en el Putumayo se desarrollaba la Octava Conferencia.

A raíz de lo sucedido, no me quedó otra alternativa que regresarme para el Caquetá. Lo único que empacamos de remesa fue dos atados de panela, una libra de manteca y, le dije a la compañera intendente, "lleve sal". Matamos animales por el camino, pensé. La panela nos la comimos en los primeros dos días. Los compañeros se subían a los palos, miraban para el Caquetá y decían, "esta cordillera nos la pasamos en dos días...UUH! Allí abajo se ve el Plan." Yo me vine rompiendo monte, no toqué ninguna de las trochas que existían; me vine por pura selva; Pero nos metíamos en esos huecos y eran unos abismos y unos chuscales y unos enredaderos. Se pasaron un día, dos días y no salíamos; tres días y no salíamos; cuatro días. La gente con hambre -la intendente fue a ver la sal y !era manteca!-, con física hambre, por unas quebradas abajo. Unos compañeros se sentaban a llorar, "nos vamos a morir de hambre.!" Se comían la manteca, así, le metían el dedo y !coman!

Adelante iba un compañero con un FAL y detrás yo, con una escopeta. Le dije: "donde usted mire un venado, o una boruga, o lo que sea, la misión es matarlo. !Siéntele el rafagazo! para poderlo asegurar." Nosotros traíamos también un kilo de harina de trigo. Entonces echábamos un poquito, en un poconón de agua y hacíamos una colada de harina, sin dulce. Y sin sal.

muy bien. Eso es mejor que..." Todo un programa en contra de la concepción nuestra. Yo iba a las casas y, "mire, compañero: ese tipo de ustedes que cogieron, nos está aventando. Conmigo no cuenten más". Me dañó la zona. Adolfo y los otros que cogieron, estuvieron unos días en la cárcel y luego los soltaron. Los acogió la amnistía de Belisario.

Mientras eso pasaba en el Huila, en el Putumayo se desarrollaba la Octava Conferencia.

A raíz de lo sucedido, no me quedó otra alternativa que regresarme para el Caquetá. Lo único que empacamos de remesa fue dos atados de panela, una libra de manteca y, le dije a la compañera intendente, "lleve sal". Matamos animales por el camino, pensé. La panela nos la comimos en los primeros dos días. Los compañeros se subían a los palos, miraban para el Caquetá y decían, "esta cordillera nos la pasamos en dos días...UUH! Allí abajo se ve el Plan." Yo me vine rompiendo monte, no toqué ninguna de las trochas que existían; me vine por pura selva; Pero nos metíamos en esos huecos y eran unos abismos y unos chuscales y unos enredaderos. Se pasaron un día, dos días y no salíamos; tres días y no salíamos; cuatro días. La gente con hambre -la intendente fue a ver la sal y ¡era manteca!-, con física hambre, por unas quebradas abajo. Unos compañeros se sentaban a llorar, "nos vamos a morir de hambre.!" Se comían la manteca, así, le metían el dedo y ¡coman!

Adelante iba un compañero con un FAL y detrás yo, con una escopeta. Le dije: "donde usted mire un venado, o una boruga, o lo que sea, la misión es matarlo. ¡Siéntele el rafagazo! para poderlo asegurar." Nosotros traíamos también un kilo de harina de trigo. Entonces echábamos un poquito, en un poconón de agua y hacíamos una colada de harina, sin dulce. Y sin sal.

Al cuarto día paramos, por la tarde. En la cordillera abunda un pajarito que llamamos "urracas", o "gallitos de monte". Dijo Gabino Barrera, "compa, présteme esa escopeta; yo me voy de cacería". Se fue y mató dos gallitos. Cortamos madera y la peñilla se me partió, la única que venía. Como pudimos, con pedacitos de chonta y palitos, prendimos candela. Pusimos una olla con agua. Pelaron esos dos pajaritos y, sin sal ni nada, los echamos. Todo el mundo alrededor del fogón, esperando que hirviera eso y comenzaron los compañeros, cada uno a sacar un poquito de esa agua con las gachas, que eran latas de sardina y que, "¡ta bueno!" decían. "Eso ya está". A cada uno nos dieron un sorbito de caldo y un pedacito de gallito. ¡Virgen Santísima! Todos comiendo, y a oscuras, alrededor de la hoguera. Cuando miré la boca de un compañero y le dije, "usted, fue que se fregó? Está chorreando sangre." Se limpio con la mano: ¡la urraca cruda, hermano! Definitivamente el hambre es muy verraca.

Al otro día seguimos, quebrada abajo. Yo advertí, "donde hayan sardinas avisen." Porque donde hay sardina hay dorada. Llegamos a un charco. "Aquí hay una manada de pescado, compañeros." Tiramos un taco de dinamita: matamos cuatro sardinitas que no alcanzaban ni para un bocado. Las empacamos en una bolsita y seguimos. A las cuatro de la tarde, salimos a un rozadito. En la mitad, se miraba un ranchito. Y unos palitos de yuca. Repartimos dos comisiones: "dos compañeros, exploren por el lado de arriba; y dos más bájense hasta la casa". Miraron. El ranchito, solo. Nada de



comida. La yuquita, eran unos palitos viches; al lado de arriba habia un pastelito y unas maticas de plátano, "perdidongos" entre el pasto. Cerca, bajaba un río grande; pues el río Bodoquero, con unos charcos azules, bonitos. Entonces dije: "bueno, las mujeres, se quedan haciendo la comida -venian tres.

- Cuántos racimos de plátano hay?  
- Cuatro o cinco.

- Tráigase tres racimos: uno, para la comida; uno para que la gente ase; y otro, para el desayuno de mañana. Los otros, se los dejamos de reserva al campesino: él cuenta con esos platanitos. Y nosotros los hombres, nos vamos a pescar. Cuando las muchachas oigan el taco, se bajan para que laven el pescado.

Yo no sé mucho de pesca, pero habia visto pescar. Me quedé mirando y, claro, vi esos bocachicos, bonitos, que subian y se hacian en un rebocito. Cogi la dinamita, hice el tiro de taco; le metí el ful; la mecha, la raspé, la rajé; prendí el cigarrillo. Y llamé un compañero,

- Tire el taco, usted.

- Yo no sé pescar, compa: yo no tiro esa guevonada, porque nos matamos!

- Hermano, pero si usted es el que sale a pescar con Chalita.

- Sí, pero el que tira los tacos es Chalita! Le dije:

- Hermano, pues, ¡la orden es que lo tire!

Y como lo militar es así. Cogiuna piedrita

- Vaya prendiéndolo". La lancé.

- Tirela allá

El tipo, entre tembloroso y no tembloroso, lo cogió, lo prendió y lo lanzó. Cuando ¡blum! hermano: y de una vez, blanqueó el pescado ¡Hijuemadre! y nos vamos. Nos matamos, tres bocachicos por ahí de a tres libras, cada uno; y veintiseis sardinas de a media libra, de esas grandes, bien criadas. Agarramos río arriba con otro taco; cogimos ese pescado. Bajaron las muchachas:

- Laven ese pescado y, de una vez, ¡viudo de pescado sin sal para la comida! Reserven unitos para el desayuno de mañana, porque no se sabe. Vayan asando plátanos para que le den a la gente y coman.

Eso era haber vuelto a nacer y a vivir. Ya estaba oscureciendo. Nos fuimos hacia el rancho de paja. Dije a los compañeros, "busquen por ahí, en los troncos; que los campesinos cuando se van, esconden la remesa en los cocos de los palos; por ahí meten vainas." Encontraron unas ollas viejas, unas piedras de afilar. Pero nada de sal. Comencé a meter la mano en el doblez de las hojas del techo.

- Hermano, aquí estuvo!

Encontré un cuarto de sal, en una chuspita. Le echamos al sancocho, al platanito, al resto de pescado. Y guardamos, para el otro dia hacer un caldito y cocinar plátano.

Madrugamos. Ya dijo un compañero, "por aquí ya conozco. Por aquí he venido a pescar con Chalita. Claro: pa' allá queda la tribu de Honduras." Estabamos detrás del Cerro Negro.

Caminamos un rato. El, dizque nos iba guiando. Cuando de pronto, dijo:

- Yo estoy equivocado; eso puaquí no es...

- ¡Ay, juemadre! dije,

- Hermano, nos saca a las buenas, o las malas: pero usted no nos viene a embolatar.
- Yo no sé. Me parece como que sí y como que no.
- Le dije:
- Como que sí, como que no, ¡nos pasamos aquí derecho, el río!". Bajamos unos chorros, buscando, hasta que salimos a un caminito. Lo cogimos, déle y déle. Hasta que salimos donde los indios. Me fui arrimando poco, a poco, a una casa. Unos compañeros indígenas se quedaron mirándome. Sacudieron la cabeza para lado y lado: "No, no, no. Usted viene muy flaco; viene como muerto; como calavera." Nos dieron una taza de mazamorra, para cada uno. Arepa. Nos fiaron dos gallinas. Seguimos y más abajo nos fiaron un kilo de sal. Bajamos al centro de la Maloca de la tribu, la escuela. Y se asustan esos indígenas apenas nos ven:
- Compañeros, esto es por aquí, el chulo. Decir a nosotros ser guerrilleros efectivos, ser auxiliar de la guerrilla. Estar por aquí, en montecito.
- Yo les dije:
- Qué vamos a hacer, hermano. Yo no me voy tan tarde. Nos quedamos más abajo, entre la misma tribu. Nos atendieron muy bien.

### LA GUERRA EN SERIO

Al otro día me crucé el río, buscando a Elías. Lo primero que me dijo el Capitán de Comandos de Lucha Local, de esa zona, cuando le encontré, fue: "ayer mataron a Horacio y a otro compañero. La gente está despelotad." Chalita había dejado una comisión por allí, al mando de Horacio. Parece que alguien aventó al compañero y una patrulla del Ejército lo emboscó. El pasaba el río en una balsa. El Ejército se escondió en una carbonera. Apenas pegó el brinco de la balsa a la playa, "¡Quieto!". Le dije, al capitán de comandos, "váyase ya, a traerme esa gente". Recogí los despelotados.

Gustavo vino. Le dije, "aquí está la nota que dejó Chalita, donde nos habla que yo quedo al frente de la organización; y que la misión mía es conseguir armas, conseguir plata, conseguir gente y tener de todo. Compa, pues nos toca ponernos a trabajar en función de eso." Héctor, que era un teniente de la Fuerza Militar, estaba al otro lado de la carretera, sosteniendo el trabajo político. Pronto recuperamos el personal; dotamos la gente. Comenzamos a alistar remesa porque, dijimos, hay que pelear. Pensábamos tomarnos Morelia y Belén, única alternativa de conseguir fierros y plata. Contábamos con unos sesenta compañeros; y de armas buenas, fusiles y carabinas que respondieran para una toma, teníamos unas veinticinco. ¡Estamos hechos!

En esos días hicimos contacto con el EPL. Nos propusieron que nos tomáramos a Garzón, colectivamente. Dijimos, pues vamos a hacer estas tomas y nos vamos con el EPL. Ellos nos decían que de Garzón se sacaba un arrume de plata. Y con lo que resulte, reforzamos acá: compramos fierros. Estábamos planificando. En eso se vino un Sampedro; celebramos las fiestas con la comunidad;

hicimos tamales y pasamos toda una noche tomando y bailando. Cuando llegó una carta que mandaban Raulito y Chalita, donde nos decían que la misión nuestra era estarnos quietos. No dañar la zona; que más bien, concentráramos telas para equipos, botas, alimentos y medicinas. Nos pusimos en esa tarea. Nos aprovisionamos, que porque ellos venían como con cuatrocientos hombres. "Viene un gentío ni el berriondo. Más la gente que estamos acá. Se vino la guerra en serio!" Amontonamos botas, plástico, gabardina -en ese tiempo, para hacer equipos- y todos esos elementos que permitieran a la gente dotarse, cuando viniera.

ESA HERIDA SI

Comenzamos a tratar de pasar por debajo de Sevilla (Valle). En uno de esos enfrentamientos fue que me hirieron. Esa herida si hizo que Boris comenzara a devolverse para el Cauca. Se había prendido con otro pelotón. Me dio por ir a mirar a ver qué podíamos recuperar. Agachado llegué hasta la línea de fuego. Le pregunté a "Repelo" cómo andaba la mano.

Estábamos a una distancia del Ejército, como el ancho de esta quebrada; pero en una bajadita. Me dijo, "ahí están esos fusiles y esos equipos. Y los soldados están para ese lado". Dije, "aquí hay que montarla, es que ya los derrotamos; comencé a gritar "el soldado que está allá, se rinde o lo mato! Yo no miraba a nadie. "Los compañeros, ¡avancen por ese lado y avancen por el otro! Vamos a recuperar esos fusiles. Rápido! Me puse a hablar guevonadas así. Estaba en esas, cuando pin! Hermano: el balazo! Me hicieron dar unas vueltas -yo pensé, me mataron, mano. Dijo Repelo:

- Saquemos a Robert; está muy mal herido.
- Déjeme morir aquí.
- Déjeme morir tranquilo compa.

Yo miraba para arriba y veía que ya me iba de este lado. Comencé a entregar cosas:

- Compa, tenga estos papeles. Compa, reciba esta plata; cojan el fusil.

Me fui quitando las fornituras. Me comienza ese desaliento en el cuerpo. Había un pelado allí, de Remolino, del bajo Orteguzaza; había estudiado conmigo, cuando era maestro. Le dije, "Dario. Lo único que el encargo es que le cuente a la gente amiga, por allá, que yo me morí en esta guevonada. Solamente pido una cosa: que esta sangre que derramamos, no sea en vano." Ya miré que se me acababa la película, hermano. Le pasé una micrograbadora que le habían traído a Pizarro del Ecuador y él me la había dado de recuerdo en los Robles, porque yo jodía grabando los combates.

Me volteé, solo, bocabajo. Mandé la mano al costado derecho y se me fueron los cuatro dedos por la herida: "¡No, hijueputa!". Comencé a avanzar en los codos. A medida que avanzaba, oía que me disparaban, las balas me caían cerquita: pero yo, "ya que, hijueputa! Que me acaben de matar. O me salgo". Pasé por debajo

de un cerco. Anduve tantico y llegue donde Boris. Me preguntó:  
-Cómo fue?

- Hermano, me dieron.

Seguí y me pasé a un camino real, encajilonado. Me apoyé en los canjilonos y me paré tantico. En esas llegó la compañera Carmenza y me cogió de un lado. Caminé un trecho. Más adelante estaba Catherine. Era mi compañera. Le habían dicho, "a Robert le dieron en una pierna", para que no se azarara. Me miró: y se agachó. De la ciudad habían llegado unos compañeros, hacía dos días. A semejante despelote! Entre ellos, Chila: esa compañera lloraba, chillaba, "compita, nos van a matar." Y yo le decía "defiéndase o le dan. Tranquila, hágale!" Sabiendo que me iba a morir, quería llevar un recuerdo. Y me acordé de una canción que dice, "se va... Y se va..."

Llegué donde el compañero enfermero, Paco, un paramédico; y donde Helen. Dijo el compañero, "yo no sé por qué tienen que darle a la mejor gente." Me senté en el equipo mío.

- Muestre a ver:

Me miraron. Me quité la camisa: qué chamba tan hijueperra! Me aplicaron vitamina K en una vena -desde entonces se me grabó que, en la guerra, la vitamina K es fundamental; no vé que es coagulante?- Me paró la hemorragia. Cortaron un pedazo de plástico de una chuspa, lo desinfectaron con alcohol y me lo aplicaron ahí. Y con una sábana rajada en tiras me envolvieron. Eso me lo hicieron como por no dejar. Pero yo tenía que morirme más ratico.

Apareció Gustavo (Elias) y le dije, "le pido un único favor: no me vayan a desamparar la niña. Se la encargo.

Boris ordenó que prepararan una hamaca para llevarme. En eso aparecieron los helicópteros. Me echaron entre esa hamaca y arrancaron dos compañeros conmigo, uno adelante y otro atrás. Y se viene el Ejército, nos prende a bala y, yo entre esa hamaca. Pasaban balas por debajo y por encima. Los compas me dejaban caer; y a cada golpe yo pegaba un grito. Llegamos a una casita de teja; apareció el helicóptero, nos prendió. Decían los compañeros, "pongamos a Robert en el suelo." Les dije "Háganme un favor: pónganme entre dos palos; dejen la hamaca colgada. Yo no necesito sino otro tiro." Yo no me podía estirar, necesitaba estar encogido. Me colocaron contra un palo y una pared de la casa. Ese helicóptero le dió bala al cafetal y a la casa. Apenas caían los pedazos de teja, pero no me tocó. Pasó la arremetida. Volvieron los compañeros y continuaron conmigo.

Llegamos por la noche a otra casita, por allá entre un cafetal. Allí Boris encargo a una escuadra de responder por mí, de sacarme. Esa unidad la mandaba Elmer, uno que llamabamos "el Pendejo", un indígena del Tolima; capitán, muy bueno. Allí estábamos unos cuarenta o cincuenta muchachos. Yo miraba que era imposible defendernos: si el Ejército nos atacaba, ellos no podían sacarme. Yo solo, estaba inhabilitando una escuadra. Le decía a Elmer, "tráigame una pistola, o algo para defenderme." Era con el objetivo de matarme. No me mato solo; pero en la balacera, de una vez me hago matar: para que le dejo encarte a los compañeros. Boris le dijo a Elias que ni por el putas me fueran a dar armas. Se la olieron que seguramente era para joderme. Yo miraba a Elmer. Y muy tranquilo le dije, "compa, le

voy a pedir un favor: en caso de una balacera bien verraca, usted no se ponga con cuentos. Pégueme un balazo. Le pido el favor que no me dejen coger vivo. Lo autorizo para eso. Prefiero un par de tiros, a que me maten a pedazos". Elmer me miraba y me decía, "no compa, nosotros lo sacamos".

Nos fuimos yendo, poco a poco, hasta que nos salimos del operativo. Llegamos a una finca, por ahí mismo, al pie de Sevilla.

Llevaba ya cinco días herido, cuando una gente de Zarzal (Valle) subió a hablar con Boris. El le comentó a uno de los señores, que había un compañero herido y necesitaba sacarlo.

Yo estaba algo recuperado. A los tres días ya caminaba. Pero fui perdiendo la voz, porque el pulmón se me tapó de sangre; y en la radiografía, salí con sangre en el otro. Claro que comer, si: común y corriente. Y comencé a orinar; deposiciones normales. Eso quería decir que tenía bueno el organismo.

El tipo se fue y volvió al otro día por la tarde. Ya tenía sitio adonde llevarme.

Comenzaron a prepararme. Me afeitaron. Yo quedé muy pálido, hermano. Cogieron y me echaron la pintura de las compañeras: ese rubor y esas maricadas, me enmelotaron! Salí Me cortaron el pelo. Algo me cuadraron. Me echaron en una hamaca y me sacaron hasta donde entró el carro. Ahí llegaron como cuatro señores. Con ellos venía un señor de la urbana. Preguntó,

- Dónde está el herido?.

- Soy yo, Robert.

- No sea bestia! A usted no lo reconoce ni el putas. Así estaría de desfigurado. Me despedí de los compañeros y me monté al carro. Me dijo un man, "de aquí en adelante, usted está por cuenta de nosotros." Miré la palanca de cambios y allí había un brazaletes: "Efedos". "Hijueputa, estoy en manos de la ley." Pero yo no me marié, porque iban dos compañeros, el de la urbana y el capitán Andrés que debía comprar y llevar encargos de Boris. Arrancamos y más adelante encontramos otro carro lleno de tipos. Todos armados. Unos ochos manes. Me dijeron, "cómo se siente. Le pasamos un revólver? Aquí nosotros lo sacamos como sea". Ya miré la cosa como buena. "En caso de un retén, usted no hable nada. Nosotros mostramos brazaletes, placas y seguimos."

Llegamos a Zarzal. Dejaron a los otros compañeros. Seguimos y entramos por un garaje a una casa. Allí nos encontramos al señor que había hablado con Boris. De una vez, llamó a la señora:

- Mija, hágame un favor: prepárele un caldito de pollo a este muchacho. Pero sírvamele harto. Porque esta gente no come: Devora.

Me acostó. Cogió el teléfono y llamó, "que venga el médico tal". Llegó Me miró la herida. Preguntó,

- Por dónde entró el tiro? Le señalé.

- Ah si; eso es un tiro de puntoventidos !Bruto, como él solo!

Me hizo hablar. Me hizo parar. Y me formuló. Pero dijo,

- No nos basemos en este solo exámen. Y llamó otro médico.

Vino el otro, me miró y dijo:

- Esto es grave. Una radiografía es la que nos dice qué debemos hacer.

Me la tomaron por la mañana. Como a las dos horas la entregaron. El tipo miró la radiografía.

- ¡Virgen Santísima! A este muchacho hay que operarlo de urgencia. Pero cómo lo hacían en una casa de familia? Yo le dije, - Médico, no se asuste, que la suerte del gabilán no es la del garrapatero. Yo me siento bién.

A mi me tenían a pura penicilina: seis milones de unidades diarias. Berazed, líquido y Benzetacil en las nalgas. Para poderme tener controlado. Porque si no, la sangre que tenía por dentro se me podría, hermano y me moría inmediatamente.

"Hay que operarlo esta noche". Buscaron una enfermera, amiga de ellos -ninguno sabía quien era yo. Me metieron a las siete de la noche al hospital, como clandestinongo. A una pieza. El médico trajo xilocaina. Me sentaron en una silla.

- Alce el brazo.  
- No, tranquilo, yo miro. Me anestesió alrededor de la herida. Sacó un bisturí, lo empató en un mango; lo metió, rajó para allá y para acá, compa; y se viene esa pluma de sangre! Ese man quedó bañado; me encajó el tubo de tórax, lo empató en un frasco y comenzó a coser alrededor del tubo. Inmediatamente se llenó ese frasco; me sacó seiscientos centímetros cúbicos de sangre. Salían pedacitos de manteca, de huesitos. ¡Qué vaina tan verraca! A los quince minutos hablé común y corriente; claro, porque el pulmón fue cediendo...comenzó a funcionar; y se me descargó el otro. Dijo el médico "tiene que estar aquí cinco días; y todos los días hay que sacarle radiografías." Yo no le dije nada.

Al otro día hubo una balacera con Boris, al pie de Zarzal. Y el cuento en el pueblo, "que la guerrilla está aquí, cerquita" y comienza a militarizarse el hospital para capturar guerrilleros que llegaron heridos. Y yo ahí metido. Le dije a la enfermera, "dígame al médico que yo me voy; que venga a sacarme ya. Me siento muy mal aquí". Fueron a llevarme y el director del hospital se opuso: Cómo le iban a dar salida a un paciente con un tubo de tórax, con problemas respiratorios; me podía morir en el camino. Los amigos hicieron todos los cruces necesarios y resultaron con una remisión para el hospital de Cartago. Era la coartada para llevarme de nuevo a la casa. Pero quedaba el problema de que debía tomarme radiografías todos los días.

A eso de las diez de la mañana me sacaron. La enfermera insistiendo que en camilla:

- Qué cuento de camilla: yo me voy caminando.  
- No, tiene que dejarse atender; son las normas del hospital. A ella le habían echado el cuento de que yo trabajaba con la mafia; y que me habían herido en un cruce de coca. Me iban a llevar en la ambulancia del hospital. Ellos dijeron que tenían carro contratado. Le acomodaron un catre -!haciendo toda la payasada!- Me sacaron en una sillita de ruedas. A mí me daba risa.

Al montarme en el carro, vino el director:

- Usted, por qué pide la remisión para Cartago. Ya me habían puesto al pelo:  
- Porque en Cartago vive la familia mía; me sale todo más cómodo, más económico. Allá me pueden visitar. Me conviene más. - Bueno. Y me hizo firmar un papel. Y con la enfermera al lado; ella llevaba las cruces,

- Mucho cuidado con el paciente. Le dieron miles de recomendaciones.

Nos fuimos. Le dimos unas medias vuelticas al pueblo por las

afueras y ¡plum! A un garaje. De nuevo a la casa.

A los dos días dijo el médico, "hay que sacarle otro exámen para ver cómo va el pulmón". Pero, Cómo volvía al hospital?

Fueron y cuadraron al de los Rayos equis. A las seis de la mañana debía ir. Pero para entrar al hospital sin que me reconocieran, qué hacer. "Vale guevo, -dije- un sombrero y un poncho". El frasco conectado al tubo, me lo pegaron al cuerpo con esparadrapo. Me vistieron con una camiseta y encima una camisa ancha.

Entré al hospital con la enfermera, como cualquier ciudadano. Llegué al cuarto ese, "entre rapidito." La tomaron y me fui. En la casa de ese señor duré veintidos días. Como a los ocho, me dijo la enfermera,

- Ole...Ya sé quién es usted.

- Y quién soy yo.

- Usted es un guerrillero de los de Boris.

Con esas me salió: yo me pegué la timbrada del siglo;

- Quién le dijo?

- Fulano de tal -me nombró un compañero-. Ahora quiero que me cuente cómo es eso por allá. Y se sentó en la cama. Y pregunte:

- Qué hacen las guerrileras?. Para qué se llevan las mujeres. Y yo cuénteles.

A los dos días, me llevó al juez y al secretario. Y comenzó la romería a oírme contar historias. Todos los días me visitaban, dos, tres personas diferentes. El dueño de la casa me dijo, "fresco, aquí no se maree hermano: a esta casa viene el comandante de la base; viene el comandante de la policía. De manera que si aparecen, yo les voy a decir que aquí tengo un mayordomo que se está reponiendo de la cornada de un toro." Estaba en una alcoba del segundo piso. Frente a la cama había un espejo, donde se reflejaba la escalera. Un día que el cucho salió, estaba yo mirando televisión, el noticiero del mediodía, cuando sentí unos pasos por la escalera. Miré que la señora venía y detrás un man vestido de verde. "La policía, virgen santísima!". Me pegué la azarada del siglo. Iba diciendo la señora, "si, pues él ya está más o menos bien." El policía venía con carabina -yo me puse frío- yo me hice el pendejo y le di la espalda a la puerta. Cuando dijo ella, "aquí es donde está" y entró. Ella adelante y el hombre detrás. Y me dijo,

- Quihubo, hermano. Respondí,

- Entonces, qué. Y lo miré así, de reajo. ¡Pues era el man que me había traído del campamento!

Me preguntó cómo me sentía. Le conté:

- Pues si no son capaces de operarlo, yo mismo lo llevo a Cali; no hay ningún problema. Si me autorizan, le hago ese gallo. Le consigo papeles. Pónganse de acuerdo.

- Oiga hermano: yo tengo un regalo para Boris, pero ahora que subí me dio pena dárselo. Es esto": metió la mano y sacó una pistola nueve milímetros, bonita, con dos proveedores de veinte tiros. Le dije, - Si quiere, yo se la llevo cuando suba.

- Listo". La metí debajo de mi almohada.

- Nos estamos viendo.

Cada ocho días me visitaba. A los veinte días, el dueño de la casa me preguntó donde quería hacerme operar; estaban adelantando preparativos en Cali. Le dije,

- No ese Cali con lo caliente que esta, me matan. Yo quiero irme para Medellin. Después de un rato, vino y me dijo:
- Mañana a tales horas, espere llamada de Rosenberg.
- Quihubo hermano, con quién hablo. Yo no podía decir por teléfono quien era.
- No, hermano, estoy enfermo.
- Qué le han dicho los médicos.
- Que necesito operación. Todo era en clave.
- Cuál es su chapa? Comienza a preguntarme ese marica por teléfono!
- Hermano... Comienza por la r...
- Roberto?...Rodrigo?...
- No....No...!No dijo Robert, el guevetas!
- Bueno, hermano. Esté listo. Mañana mando dos'compañeros por Usted.

Si señor. Al otro día, muy a la una de la tarde llegaron dos tipos en un taxi. Hablaron con el dueño de casa, fueron donde yo estaba: "Bueno, joven, venimos por usted". Recogieron lo mío, me arreglaron, pum al carro y salimos, como a las dos de la tarde de Zarzal. En la noche estuvimos en Medellin.

Inmediatamente después de llegar, un especialista. Me miró y dijo, " a este tipo hay que internarlo ya." Al otro día me ingresaron a la clínica. "Este tipo hay que operarlo mañana a las seis de la tarde". Esa noche me dieron comida. Al otro día, me pusieron a aguantar hambre, a prepararme para la operación.

En la casa había una muchacha, Alicia: me pasó el número de un teléfono. "En caso de algo, llame y pregunte por Guillermo", me dijo. Si no es por esa sardina, me hubiera quedado en oscuras. Como a las cuatro y media llegaron unas enfermeras a prepararme. Trajeron una camilla ahí mismo:

- !Desnúdese! Y uno sin estar enseñado a esas guevonadas.
- Bueno. Y me acosté, biringuito, en esa camilla.
- Por qué no me hace un favor -le dije a una enfermera- de guardarme esto: el reloj, esta plata -quince mil pesos- y estos dolares, trescientos. Se asustó esa vieja
- Eso es mucha plata.
- Hagamos esto: si me muero, eso le queda a usted; si no me muero, usted me la entrega. La suerte está echada.

A las seis, me bajaron a la sala de cirugía. Me aplicaron esos relajantes musculares y uno no sabe dónde queda; desalentado todo el cuerpo. Me aplicaron un gas y de una quedé privado.

A las once de la noche, desperté. Una de las enfermeras me preguntó:

- Diga, dónde está?
- Pues, si no me han sacado, estoy en la sala de cirugía.
- Ya está bién, ya está bién", decían. los ojos y el mundo me daba vueltas.
- Llévémoslo.

- Yo estoy muy malo. Porque no me dejan otro ratico. A los diez minutos, a la camilla, para arriba; y a la pieza otra vez.

La desdormida del cuerpo no me dejó dormir esa noche. Al otro día, le dije al médico que yo quería irme. Me dijo que debía quedarme cinco días. Yo parecía un Cristo: me pusieron oxígeno; me pusieron suero; y ese tubo de tórax. Cuando los enfermeros se descuidaban, yo me sacaba esas mangueras de la nariz: me daba el



viento por aquí, en la frente. Apenas asomaban, me las colocaba de nuevo -qué fastidio entre la nariz). Yo no me podía voltear solo. Ellos me ayudaban a aliviar para un lado, para el otro; me sentaban. Cuando me dieron ganas de orinar, las enfermeras:

- Pues, orine en este pato. Yo no pude orinar en eso.  
- Pues entonces, lo vamos a sondear. Y yo más azarado. Me pusieron bolsas de hielo en el estómago. Cuando vino el médico, le dije,

- Doctor, ¡yo necesito levantarme a orinar!

- Usted no se puede levantar todavía.

- Como no me voy a parar, si me siento bién, con alientos, con fuerza. Y quiteme ese oxígeno; yo pa' qué eso. Si no me he muerto con el pulmón malo; qué me voy a morir ahora, cuando ya me lo operaron!

- También es cierto. Vamos a ensayar. Cerró la llave del cilindro y yo me quité esos tubitos.

- Doctor:déme la mano para ir al baño. Me la dió.

- Siéntese en la cama. Me senté y me fui bajando, hasta tocar el piso con los pies.

- Qué siente?

- Lo único que siento son unas ganas de mear, hermano, ¡que voy es pa'l baño! Y salí caminando, mientras el hombre le echaba mano al suero y me lo llevaba en alto. Al ratico volvieron los enfermeros a regresarme. Y el médico:

- No le dió mareo?

- No, me dió fue un hambre la verraca. Ordenó que me trajeran almuerzo; y mientras tanto, jugo. Le dije,

- Por qué ne me hace un favor; quiteme el suero. Yo no necesito esa agua! -pura dextrosa, hermano. Se quedó mirándome.

- Vea, doctor. Me han aplicado treinta y dos frascos. Ya lo que necesito es comida! Ordenó por escrito y me quitaron el suero. Al ratico vino una enfermera y me dijo,

- Usted si puso lora hasta que se hizo quitar todo.

- Pero, es que ya me siento bien.

Claro! ya me sentía libre. Pero me quedaba el tubo de tórax.

Me pasaron a otra pieza, solo. Al día siguiente, por la mañana, le dije:

- Doctor. Quiteme esa manguera.

- Esperemos a mañana para ver cómo amanece. Al otro día fue. Examinó. Cortó las amarradijas. Me dijo,

- Respire; y cuando le diga ya, contenga la respiración. Respire;

- ¡Contenga! Y de un solo mamnazo, conforme sacó la manguera, tapó con esparadrapo. ¡Eso no duele!

- Ya está bién.

Cogí el teléfono y llamé al tal Guillermo. Era otro médico, pero ese sí sabía quien era yo.

- Qué pasa?.

- Sáqueme de aquí mano. Ya estoy bien. De tanto poner lora, a las cuatro de la tarde estaba saliendo de la clínica. No dure sino dos días y medio. El médico recomendó que estuviera respirando aire libre, aire puro; que lo más aconsejable era el campo.

El señor de la casa me llevó para una finca que tenía en las afueras de Medellín. A los ocho días fueron y me quitaron los puntos. Fueron el señor y su señora, el médico y un poco de

muchachas.

El mayordomo de la finca y su señora me atendían muy bien porque decían que yo era un amigo que estimaba mucho el dueño. Me mantenían "en la palma de la mano". En esa rumba que armaron me invitaron,

- Venga Diego, tómese unos Whiskies. Yo opiné que talvez no podía todavía. Dijo el médico:

- Tome, que yo respondo. Así, ya formulado, si. Me metí una rasca. La gente se fue a las dos de la mañana y quedé prendido. Seguí sacando whisky de la nevera y tome. Al administrador ya lo tenía prendido. Quería irse a dormir a las dos.

- No quédese aquí, conmigo. Sacamos otra botella y nos la empujamos entre él y yo.

Como a las siete de la mañana dijo a la mujer que preparara caldo; y que se iba a trabajar. Yo le dije,

- Qué va, descanse! El hombre, ya en confianza, me planteó:

- Usted es un tipo muy formal. Pero la idea que yo tengo, es que a usted lo han traído para que nos ponga cuidado, a ver si trabajamos.

- No! Yo que me voy a meter en esa pendejada. Ustedes son campesinos trabajadores. Un día que descansen, a él no le hace daño. El tiene con qué. Me gané a la pareja.

Ellos tenían dos niños, en edad de estudiar. Un día que el tipo iba para el pueblo le hice una listica. Cuadernos, lápices y borradores. Cuando me los trajo, llamé a los chinos. Les dije, "estos cuadernos son para ustedes. Estos son para matemáticas. Estos, para escritura." Y se los marqué. Y me puse a enseñarles: no tenía nada más que hacer! Todos los días que -la "a"...Que -hágale este palito.

A los quince días se apareció el gordo Arjaid: "hermano, en estos días va un estafeta para arriba. Si quiere escríbale a la gente: a Pizarro, Boris, Fayad. Mañana vengo por las cartas". Con ese dato, me puse y escribí: "compañero Boris." Así, para la guerrilla, sin ningún enmascaramiento. El gordo no fué.

Al otro día por la mañana, tipo diez oí sonar la puerta de entrada, que era de hierro. Me asomé y miré dos carros raros, que venían ligerito. Inmediatamente me entré, cogí las cartas y una cédula falsa que tenía y me las metí entre los calzoncillos. Cuando volví a salir a la puerta, ya iba entrando un man con una metra.

- Quién vive aquí?

- Pues, por lo pronto, vivo yo -le respondí.

- Permiso, vamos a hacer una requisita. No se identificaron; no dijeron de parte de quién. Entraron, voltearon colchón por colchón; papelito por papelito. Con una varilla comenzaron tan...Tan...Tan, a golpear el piso, baldosa por baldosa, en un sector -tenía información-. Hasta que sonó "coco". Cogieron con una peinilla y levantaron las baldosas: Había una caleta, un roto cementado. Me llamaron:

- Y esto qué?

- Yo no sé. Hace quince días estoy aquí Uno de ellos dijo,

- El chino sigue con nosotros. Esto se putió, pensé yo.

- Quién es el dueño de esto?. Dije,

- Eso es muy sencillo. Yo estoy recién operado, llevo quince días aquí. Mire la fórmula del médico. Si usted quiere preguntar por

el dueño -yo sabía el nombre: pero que me iba poner a aventar el cliente-, pregúntenle al administrador. El vive en esa casita, a cincuenta metros.

- Listo. Camine. Fuimos y no estaba el señor. Le dijeron a la hija, "vaya, llame a su papá". Le pedí a la señora, "Por qué no le da tinto a esa gente?". Ella les sirvió y los manes no lo quisieron. Yo me los fui tomando, tinto, por tinto. Me entré a la cocina. Estaba el fogón, al rojo vivo. Pensé quemar allí las cartas y la cédula pero, "qué tal que, en eso, se asome alguno? Ahí si me caigo." Volví a salirme. Uno de ellos, 'mano, me invitó a sentar junto a él."

- Y usted, qué, hermano. Le dije:

- Vea, yo soy un trabajador -y yo sin callos ni nada-, vivo del ordeño; y cojo por ahí café. Y resulta que me hice una platica por aquí, en Medellín. La familia mía es de Anserma. Me fui por allí para Caldas; me puse a joder con viejas y me robaron! Me apuñalaron. Y me estaba afectando el pulmón; como no me podía operar, me estaba cayendo hasta cáncer. Aquí estoy es prácticamente de caridad. Me tienen estos amigos, porque me conocen hace días. El man comenzó a alejarse de mí, mientras decía:

- Usted está como jodido. Estábamos en esas, cuando dijo uno de de ellos,

- Vámonos! Y otro me señaló:

- Y, este man, qué?

Contestó el mono:

- Pero este man qué de qué. Qué le vamos a hacer: lo apuñalean, lo roban, le va a caer cáncer; y nos lo vamos a llevar? Noo! dejémoslo.

Fuí y le dije al mayordomo, "yo necesito comunicarme urgentemente, con el dueño." El cucho me dijo que no sabía cómo. Enseguida había un trabajador. Le pregunté,

- Qué le dijo esa gente.

- Esos son unos hijueputas; no hacen sino joder aquí. Pero fresco, hermano. El tipo era de arranque. Y estaba sospechando que yo era algo raro.

- Qué quiere que haga? Le dije,

- Tome este número -del teléfono que me había dado Alicia-,

- Váyase al barrio más cercano y llame. Dígales que Diego está grave.

- A la hora llegaron los compas.

- Qué pasó?

- Que yo necesito hablar con el dueño de esto, con Don Jaime. El subió por la noche. Le conte:

- Aquí vino la policía. Encontraron esto.

La caleta estaba abierta. Y yo era el único que vivía en la casa de los patrones, una mansión la verraca.

- Le miré la gana a los tipos de volver.

- Eso es que andan pelaos, buscando la "navidad". Andan de rebusque. Si vuelvan, diga que usted es sobrino de Don Jaime. Y no más.

A los dos días volvieron. A las cuatro de la mañana, pum, pum, pum, pum: las puertas... "Abra, o las tumbamos." Ya tenían al pobre administrador. Y me llamaba:

- Don Diego, que abra la puerta! Me asomé por una ventana. Corrí

una cortina y mire un agente con una Emeuno y me dijo,  
 - Abra que es la policia.  
 - Eso si, así, si abrimos! Pero yo qué voy a saber quiénes son ustedes. Fui. Le daban con la trompetilla a la puerta. Les abrí.  
 - Una requisa.  
 - Bien pueda señores.  
 Comencé yo mismo. Tenia las llaves. Abria puerta por puerta.  
 - Cuál otra le abro.  
 - Esta. Y fui prendiendo las luces. Las encendi todas. Incluso las de afuera.  
 - Y, usted qué? Sus papeles.  
 - Yo no tengo. Si ustedes vinieron hace dos días: son los mismos. Saben que ando herido, que me apuñalaron y me robaron. Le preguntaron al mayordomo:  
 - Cuánto hace que él está aquí?  
 - Quince días.  
 Los invité a tomar gaseosa. Ya me recibieron.  
 - O quieren aguardiente, whisky...? Solo tomaron gaseosita.  
 En la requisa hubo una puerta de adelante que no me dejaron abrir. Cuando iban de salida, "hasta luego...Gracias." Tran, abrí la puerta: había un man, alto, de poncho y sombrero. Cuando lo miré, se dió vuelta y se fue. Era el que los guiaba. Cerré. Fui trancando y apagando luces. Le dije al cucho administrador. "Esta vaina está rara, 'mano." Se fue a llamar al dueño. Al mediodía estuvo la gente. Y decidieron sacarme de ahí.

ESO SE SIENTE

A los días me mandaron para el Cauca. Esa ida fue superchistosa. Yo no tenía papeles: ni cédula, ni libreta militar. No tenía nada.  
 Me hicieron una cédula falsa y me la entregaron dos horas antes de montarme en el avión. Me la llevó el gordo y me dijo, "apréndase el número ya y el nombre; porque donde se lo pregunten en un retén. Y a las dos sale el avión para Cali".  
 Me fui con un compañero de Bogotá, que era quién me iba a guiar. Yo de aeropuertos no manejaba nada. El me dijo, "usted se va detrás mio. Lo que haga, usted lo repite." Llegamos al aeropuerto de Rionegro. Entramos. Revisión de tiquetes. A la sala de espera. La maleta hay que pasarla por un detector; y de paso, una requisa a uno; y papeles. Pasó él. Pasé mi bolso. Después de requisarlo, le dije, "señor agente, me parece que ese bolsillo no lo abrió" Lo hizo y miró: llevaba una loción y una crema y un cepillo. El tipo me miró como muy ingenuo y me dijo, "Siga!" No me pidió papeles, ni me requisó. Fui a sentarme al lado del compañero. Y me dice:  
 - No, hermano. Dizque usted es el clandestino y el quemado y el peligroso; y no lo requisan ni le piden papeles.  
 Llegó la hora. Lo más verraco es la montada en el avión. Subimos. Me preguntó donde quería hacerme:  
 - Pues en la ventana, para mirar hacia abajo. Mientras el avión despegó y comenzó a levantarse, muy bonito. Nos pusimos a conversar un ratico. Después se me ocurrió mirar, por la ventanilla, hacia el fondo. Voy y me asomo, hermano, !no! Se me fueron los sentidos!. Me dió un susto el verraco. Había llovido y

estaba nublado; para abajo, había unos claros entre las nubes y se miraba azul, azul, oscuro; miré para arriba y eso se miraba. y al momentico la cabinera, dizque

- Señores, les vamos a informar que vamos a veintidos mil pies de altura. Que aproximadamente siete kilómetros. Mejor dicho donde esta guevonada se caiga no quedamos. Más me azaró. Primera vez que montaba en avión! Me comenzó a correr un frío en el cuerpo y comencé a sudar. Calladito. Al rato el compañero me preguntó,

- Ole, ese qué pueblo es... Como que es zarzal.

- Pues, ¡mire usted, mano! yo qué voy a mirar. Me miró y me dijo:

- Qué le pasó? Qué le pasó.

- ¡Casi he muerto en este avión!

Al rato, comenzaron que "apretar los cinturones. Vamos a descender. Y tran! sacó el tren de aterrizaje -eso se siente; ahí sí me asomé. Se miraba muy bonito. Caímos al aeropuerto en Palmira. Nos fuimos para Cali.

Llegaron partidos como en cuatro grupos, porque el Ejército vino asaltándolos, asaltándolos, asaltándolos y los hacía dividir. El primero que arrimó fue Remberto Artunduaga, Yuri, con Salomón y otros cuarenta o cuarenta y cinco hombres; más nosotros, juntamos cien hombres. Una de las veces que me dió lástima, pesar con los compañeros, fue esa.

A la casa de un campesino llegaron dos personas que dijeron ser del Eme Diecinueve y que venían de parte de Yuri, en busca de Robert. El campesino subió, nos dijo: "Andan dos tipos, armados con Emeuno"; y nos dió sus seudónimos. Autoricé que subieran. Cuando miré esos compañeros, los ví muy mal: la gente pálida, mechuda, flaca: se notaba el hambre y todo el sufrimiento; rotos. Casualmente íbamos a comer. Les pregunté:

- Tienen hambre?

- Si.

Entonces le ordené a los rancheros,

- Démele a los compañeros, todo lo que se coman; y nadie come hasta que ellos no lo hagan. Después de eso me puse a averiguarles,

- Entonces qué, cómo es el cuento, cómo anda la gente, dónde están? Me contaron que venían con Yuri y Salomón y que debían volver el mismo día

- Pues, los voy a mandar con un compa que conozca bien el terreno, para que los guíe de vuelta. LLamé al teniente Héctor, le dí la misión, la ruta de regreso. Ellos hicieron un fiambre de arroz, maduro y carne para comer en el camino.

Ellos que se van y al ratico, como a las dos horas, llegaron otros dos compañeros, despelotados desde otra parte. Al mismo sitio, a la misma casa, preguntando por mí. Eran de un grupo de dieciocho compañeros que venían con el capitán Marcelo y la capitán Teresa. Se habían despelotado en unas balaceras en San José de Yurayaco. Estaban cerca, en otra vereda. LLamé entonces a un subteniente, Sergio:

- Bueno, 'cachucha', váyase con estos dos compañeros. La misión suya es guiarlos hasta acá por tal parte.

Esa noche, prácticamente llegó toda la gente. Los que venían con Yuri, a eso de las seis de la tarde. Y los que venían con Marcelo y Teresa, como a las doce o una de la mañana. Amanecimos harto personal. Elías se encontraba por la zona del "Barro", al pie de \*

Flores, porque por allí era la entrada de aprovisionamiento y donde se manejaban muchas relaciones. Le mandé decir las condiciones en las que había llegado la gente.

Yuri asumió el mando del personal, porque él era superior jerárquicamente. El dijo, "no hay que pelear. Encaletemos remesa" Y nos hizo enterrar, por allá, en "Campo Muñeco". En la zona del Barro dejamos un grupo de treinta, con Elias y Salomón. X *BURRO*

El Ejército detectó que por esta zona estaba la guerrilla. Y comenzó a meterse. Y apretarnos contra la montaña. Había tropa por toda parte!. Andaba usted por entre el monte y se encontraba los trillos, por donde habían pasado las patrullas. Yo le dije a Yuri. "no corramos, hermano: tenemos unos setenta fusiles y más de cien personas. Mi posición es que peliemos: yo sé que peliando se detiene al enemigo." Que no, porque la orden era no peliar. Entonces el Ejército llegaba y nos asaltaba; o chocábamos, tran! tran! una balacerita y corra y hágale. En ese son nos la pasamos dos meses, entre el río Pescado y el río Bodoquero, en ese centro de la montaña. Para salir a las plataneras, había que montar todo un operativo: explorar los alrededores, aproximarnos despacio, cortar con cuidadito los racimos; para poder tener la comida. Así estuvimos déle por aquí, déle por allá, déle por aquí. Hasta que la gente se fue agotando y se fue despelotando el personal.

Yo tenía una comisión por el río Pescado, para que sirviera de enlace a la gente que apareciera despelotada. Porque nos dimos cuenta que los compañeros venían en diferentes grupos perdidos. A esa comisión la asaltó una patrulla militar; le rafaguearon las piernas a un compañero. Los músculos se los desprendieron: se le miraban los huesos. Pero no le dieron en ninguna otra parte. Los compañeros lo sacaron. Nos tocó andar con ese muchacho cargado para todos los lados, en medio de esos operativos militares. Fuimos poco a poco saliéndonos, para los lados de la carretera, en medio de Belén y Morelia, por una vereda llamada "Los Chochos". Por allá chocamos con unas patrullas y se despelotó la gente que llevaba al compañero herido.

Eso era impresionante:choque aquí y choque allí, todos los días teníamos dos y tres enfrentamientos con el ejército; no había día sin balacera...Y corra...Perdimos el contacto con la población: quedamos llevados del verraco, porque la guerrilla cuando pierde el contacto con la gente, se la lleva el diablo. Y sin remesa. Lo único que teníamos era sal y unas "lecheritas".

La comida de nosotros, por muchos días, fue cogollo de esa palma que llamaban "cachona", "bombona". La tumba uno y le saca lo que llaman "el palmo" los campesinos, o sea, el cogollo viche; lo pica y se lo come, con sal.

Nos fuimos acercando a la orilla del río Pescado. Mandamos un compañero a explorar la zona y a conversar con los campesinos. El fue y logró detectar la ubicación de las patrullas y averiguar que al otro lado del río no había. Entonces, llegamos y !tarandán! por el medio de las patrullas nos pasamos el río, de noche.

El otro lado, ya nos fue mejor, porque nosotros teníamos platica; lo que no teníamos era qué comprar. Compramos un novillo, panela, plátanos, yucas. Nos aprovisionamos. Y acampamos en un ranchito de un campesino.

Por la radio y por una parte y otra, la noticia era que "se

71

amnistiaron tantos guerrilleros; que están siendo bien tratados." Más la noticia de la amnistiada de Conrado Marín. Eso comenzó a desmoralizar la gente. Una noche se nos volaron unos compañeros y en la parte de abajo los cogió el Ejército. Dijeron que iban a amnistiarse, y ¡nos aventaron estos vergajos!.

Nosotros por precaución, nos movimos muy de mañanita del campamento, tipo cinco de la mañana y nos hicimos al lado de abajo, de una trochita por donde posiblemente podía pasar el Ejército. Nos habíamos desplazado en "peine" y tres compañeros venían borrando trillo.

El Ejército subió al campamento muy a las ocho de la mañana. Le dió miedo meterse de madrugada porque esa es una quebrada feísima, con peñas a ambos lados). Luego pasó por la trochita y se fué. El siguiente pedazo que patrulló, lo ocupamos luego nosotros. Allí nos quedamos unos quince días.

A un campesino le compramos todo el maíz que tenía: tres bultos. Hacíamos cuchuco de maíz con "maggi" y yuquita. A los días, exploramos la zona, no había nada: subimos unos cerdos que se habían comprado. En ese entonces nos preparábamos como ración de campaña, plátano frito bien delgadito: así, aguantaba mucho tiempo. Donde llegábamos, se cogía una olla, le echábamos, agua, ese plátano -que de paso, ya llevaba la manteca- y hacía una sopa.

La zona fue despejada por el Ejército. Nuevamente cruzamos el río Pescado y nos fuimos hacia el Bodoquero.

Llegamos sobre la ribera del río Bodoquero. Hicimos remesa en el Diamante. Y nos estuvimos descansando dos días -lavando la ropa; bañandonos; aseando armamento; remendando-, cuando nos llegó la razón: "Vienen unas patrullas del Ejército". En la zona había informantes. El Ejército venía, nuevamente cercando la zona entre el Pescado y el Bodoquero. Nos pasamos el río por unas murallas naturales, por unos chorros y no dejamos huella. Nos vinimos hacia "la Yuca", cerca a Florencia. Estando por allí nos dimos cuenta que ya Boris andaba por la Central y había recogido muchos de los compañeros despelotados; que Marcelo y Teresa se habían amnistiado. Buscamos hasta encontrar a Boris por la zona de los Guayabos, parte alta de Florencia, sobre Cerro Negro. Comenzamos a concentrarnos para saber cuántos quedábamos. El informe era, "a fulano lo mataron; perensejo, está herido; la gente de Capera ya viene en camino; de la gente de Conrado vienen unos y Conrado está en Florencia." A veces subían compañeros de visita al campamento y el cuento era:

- Todo el mundo está bien. El Ejército está respetando la vida. El alcalde está dándole plata a los amnistiados." Eso iba desmoralizando al combatiente. Nosotros manteníamos la concepción de que nadie se amnistiaba; que así quedáramos diez, pues ahí quedaba el proyecto. El Eme Diecinueve recorrió por lo menos, las trescuartas partes del departamento: por el norte, por el sur. Capera fue a dar hasta el Perú, enguerrillado. Remberto Artunduaga, pasó el Putumayo, se metió hasta el Ecuador. Lo único que nos faltó fue San Vicente, Puerto Rico y los Llanos del Yari, para llegar al Meta. Pero bueno, por allá anduvo Pizarro, cuando estaba en las FARC. En el ochentiuno y ochentidos, me atrevo a decir que éramos la guerrilla más grande y más armada del Sur del país. Pero en ese momento nos faltó capacidad de conducción. Vino

despues la amnistia del ochentidos. Luego de la Octava, con las ofensivas, Belisario salió con el cuento de la amnistia del ochentidos; y eso, hermano, fue el despelote aquí en el Caquetá. Nosotros subimos a Capera del Plan, porque estaba un poco despistado. Ya estaba Boris, en la parte alta de la cordillera.

En la Octava Conferencia se concluyó que el sitio de concentración de fuerzas y de todo lo que dije ahora rato, eran los cañones del río Pescado y del río Bodoquero; porque eran las zonas donde al parecer en ese momento, había el trabajo más consolidado; eran las zonas menos golpeadas, porque el Plan estaba completamente destrozado; la gente, en cierta forma resentida con la guerrilla porque se había salido y los había dejado, a ellos solos, allá peleando. Los únicos que habían estado por allá, eran Conrado Marín y Capera. Cada uno manejaba un grupo y actuaban muy hábilmente, inicialmente, sosteniendo el enfrentamiento con el Ejército; y de paso ayudando con esa presencia, a que el Ejército no persiguiera ni molestara a los campesinos. Conrado cumplió ese papel. El no pudo entrar a la Octava Conferencia, porque tuvo unos enfrentamientos con el ejército y lo hicieron devolver.

Al final del ochentidos o comienzos del ochentitres, Conrado Marín se amnistió, con un grupo de compañeros. Muchos no lo siguieron. Me contaba un compañero, Arnulfo Muñoz Cardozo, teniente de la Fuerza Militar, que Conrado hizo una formación, un día cualquiera -el tipo encerrado por el Ejército, por allá en unas lagunas- y les dijo: "Muchachos, los que se quieran ir conmigo...yo me voy a amnistiar". Recogió el armamento de los que quisieron, lo escondió -porque ellos no entregaron las armas- y se fueron a entregar. Pero algunos compañeros no aceptaron y le recordaron a Conrado que él mismo les había dicho que "ni pu'el diablo se podían rendir, que eso no tenía reversa". Se abrieron de Conrado y siguieron con fierros y todo, en la región del Remolino, Sevilla, que ellos manejaban, hasta que un compañero capitán de Comandos de Lucha Local, fue a buscar a Capera y a la gente que le quedaba a Conrado, para subirlos a la cordillera. Boris le dió esa misión. Al compañero lo llamábamos Alejandro. Su nombre era Edgar Polanco. Murió en un enfrentamiento con el Ejército. Vivía por los lados de Florencia, aquí por Santa Ana de las Hermosas. El compañero fue y contactó toda la gente. Y en un carrito propio, bajaba por allá hasta San Antonio, recogía la gente y la subía: por Florencia pasó varias veces, con el carro lleno de fusiles, sorteando retenes, jugándose la vida. Se echaba el armamento y dos o tres compañeros:

- Vamos a pasar por Florencia. En caso de que nos paren, nos abrimos a bala; si pasamos, bien; y si no. En todo caso esa era la misión. Ese compañero subió todo el armamento que dejó Conrado por el Plan. Como teníamos a todo el mundo armado, no hacíamos sino guardar y guardar fusiles.

Lo cierto es que logramos reunir unos ochenta compañeros con Boris. A Boris le había ido muy mal con el clima. El venía del exterior, pues después de volarse de la cárcel de la "Picota", había salido. Tenía un arrume de "nacidos". Lo recibió muy mal este clima tropical.

Todavía andaban embolatados en la selva, Chalita, Raulito e Iván Marino Ospina con un grupo de compañeros.



POR ENTRE EL HUMO

Con la amnistía del ochentidos, salió mucha gente que estaba presa. Entre ellos, los de la embajada. Porque después de estar en la Embajada Dominicana, fueron a Cuba. allá recibieron instrucción militar; y entraron por el sur del país, en lo que llamaron "La Invasión del Sur". Entre la gente que fue detenida, después de grandes operativos militares, cayó Gloria Amanda Rincón. Lo único que nosotros sabíamos era que estaba presa.

Con esta amnistía, Gloria Amanda volvió a la vida civil. Regresó al departamento del Caquetá, en compañía de Rodrigo Pérez. Ellos lideraban aquí en el Caquetá, algo que se estaba dando a nivel nacional: la creación de un movimiento político amplio del Eme Diecinueve. Ellos hacían reuniones en los barrios, manifestaciones en el parque. Y comenzaron a ampliar un trabajo político. Se sobreentendía que, al paso que iban las condiciones se podía vislumbrar la desmovilización de la guerrilla. Se hablaba que el Eme Diecinueve podía volver a la vida civil, convirtiéndose en un movimiento político. Como el cuento: un día cualquiera nosotros estábamos por las riberas del río Caraña, más exactamente en la vereda Las Doradas, jurisdicción de Florencia; cuando subieron un grupo de compañeros, entre los cuales iba Rodrigo Pérez y una señora grande, gorda...Pues era Gloria Amanda Rincón. Ella le informó a Boris qué estaba haciendo. Comenzó una rutina: ella subía, se quedaba un día, informaba, volvía a bajar. Hasta que las cosas se fueron poniendo un poco tensas. El famoso movimiento amplio como que no quería coger vuelo; naturalmente, porque la gran parte del Eme Diecinueve estaba en la vida guerrillera. Entonces, en un análisis con Boris, se decidió que lo mejor era que los dirigentes desaparecieran de un momento a otro y se vinieran para la guerrilla.

Boris ya salió con la decisión de adelantar una ofensiva. "Qué más cuento de amnistía, ni qué cuento de no hacer más operativos. Debemos mostrar que estamos vivos". Comenzó a entrenar la gente, a hacer trincheras. Como teníamos armas de sobra, Boris autorizó que cada uno escogiera la suya, porque íbamos a adelantar la primera campaña militar del Eme Diecinueve; se llamó "Roberto Augusto Montoya Ortiz", en honor del compañero que había entrado con el Aeropesca y había sido muerto por el Ejército en el Caquetá. Esa campaña iba a iniciar con las tomas de Doncello, Paujil y Montañitas a la vez. Pero eso no se podía. Estábamos muy mal de recursos.

Propuse entonces que iniciáramos por el Huila. Que nos tomáramos Acevedo y Suaza. Mandamos al finado Hubert con unos compañeros, a preparar condiciones. Los sacamos por la trocha del proyecto de carretera que va de Florencia a Suaza. No la conocíamos; pero si salieron los ingenieros, por qué no iban a salir los compañeros? Perdimos la comunicación con los compañeros; oímos por radio de

un enfrentamiento en Suaza. No sabíamos si era gente de nosotros o con las FARC. Se nos cambió la película.

Estábamos en ese vaivén, hasta que resolvimos hacer un retén. Lo montamos en la carretera central, por Sucre. Con emboscada a los dos lados. Ahí Boris se tiró un discurso; y Gloria Amanda -que ya se había integrado: llegó huyendo de Florencia porque la iban a joder- cogió un talego, pidiendo contribuciones voluntarias a los pasajeros. Los pasajeros aportaron. Nos regalaron bultos de mandarina y otras frutas.

Nos fuimos a emboscar al lado de arriba de Sucre. Estuvimos esperando tres días al Ejército. No subió: pasaba por la carretera y llegaba hasta la ramada de unos campesinos; se hicieron los pendejos.

Como no apareció, seguimos la marcha. Nos tiramos hacia el norte, a la parte alta de Santa Ana de las Herosas. Allí un amigo nos ~~fió~~ <sup>compró</sup> un ganado, nos consiguió plátano. Decidimos acercarnos a una carretera, para avanzar hacia los pueblos que pensábamos tomarnos. Nos hicimos sobre Norcasia. Estando allí nos mandó decir las FARC, que nos fuéramos porque "esa zona era de ellos". Boris les respondió que no queríamos problemas con ellos: pero que nosotros también éramos colombianos y ese era territorio Colombiano.

Un día cualquiera llegó Mauricio, el estafeta que teníamos y le contó a Boris: "La base militar de Paujil la levantaron. Y en Montañita sigue la base, pero no están haciendo retenes". Boris nos hizo madrugar, alistar y cargar equipos y nos fuimos para la carretera. Estábamos esperando algún carro, cuando se atravesó una camioneta trescientos. La carpamos y me metí ahí con una escuadra de doce combatientes. Nos fuimos adelante, de exploración. Boris y el resto, se vinieron en una "línea", que subió por allá "dando papaya" y en el carrito lechero. Así, el veintinueve de mayo de mil novecientos noventa y tres, nos fuimos a tomar Paujil. Conmigo iba Edgar Polanco. Llegamos al retén del Ejército en Montañitas. La tropa estaba en la orilla de la carretera; había uno de guardia. Nos acercamos, sin parar saludamos al soldado, "¡adiós!" y seguimos. Detrás cruzaron también los otros vehículos. A mí me correspondía cruzar por Paujil y colocar un retén a la salida para Doncello. A Salomón y Elías les tocó la entrada del pueblo, el otro retén. Llegamos al sitio, y de una, a instalar bombas, distribuir la gente. Estábamos bajando del carro, cuando llegó un bus. Lo paramos y le dijimos a los pasajeros, "bájense... No se metan al pueblo, porque se lo tomó la guerrilla." Nosotros que decimos eso y ¡tran tran tran! se arma la balacera en el pueblo. Con nosotros venía un compañero Juan Carlos; era un capitán, Valluno, muy charlatán. Lo pusimos a parar carros y conversar con la gente. Y yo, con la escuadra emboscada. La toma de Paujil iba planificada para estar una hora. Al cumplirse, todo el mundo comenzaba a retirarse. Teníamos punto de referencia arriba de Paujil. Nosotros no conocíamos esa zona; habíamos visto el camino. Como no me llegó orden de retirada, yo recogí los cables, las bombas y le dije a la gente, "¡vamonós!". Entre los carros parados había dos jeeps. Le pedimos el favor de bajarse a los pasajeros. Nos montamos y regresamos a Paujil.

Nos encontramos con el resto, arriba en el helipuerto. Estaba un

compañero herido por un tiro de Emeuno estómago. Boris también tenía heridas por esquirilas de granada, en un brazo y una pierna. Comenzamos la retirada. Salomón y mi persona nos fuimos adelante, de vanguardia, con dos escuadras. Nos fuimos regando por un camino ancho, en medio de un llano; cuando comenzaron a sobrevolarnos dos helicópteros. Nunca los había tenido tan cerquita, ¡eso era miedoso!. Pero tocaba aguantar. Cuando miré, un helicóptero se vino a aterrizar encima de nosotros. No nos vieron!. Ya tenían las puertas abiertas para que saltara la tropa, cuando Salomón y los demás que iban adelante lo prendieron a bala y no lo dejaron aterrizar. Se fue de cabeza, de cabeza... Los campesinos cuentan que aterrizó al lado de abajo. Lo averiamos!. Nos quitamos ese de encima. Seguimos caminando. Al rato apareció otro, pero volaba altísimo: ese ya no nos daba miedo. Llegamos a un montecito. Boris le dijo a Capera, "usted se queda aquí, emboscado con una escuadra". Nos acomodamos arriba, en una enrramada, a curar los heridos, a hacer de comer. La contraguerrilla que habíamos visto seguirnos, se quedó abajo. Al día siguiente, madrugamos a las cuatro de la mañana y seguimos loma arriba. Ibamos terminando de subir, cuando miré hacia donde habíamos estado: ví un poco de gente. Verificamos y estábamos todos. ¡Era la contraguerrilla!

Terminamos de subir y Boris mandó a la finada Carmenza donde un campesino, a hacer desayuno. Estarían montando las ollas, cuando llegó un compañero donde Boris a avisar que el Ejército estaba a punto de remontar la loma. "Saquen a todo el mundo de la casa, porque vamos a peliar. Montemos una emboscada" Ligerito, nos distribuimos en ese filo que tenía forma de media-luna. Boris advirtió, "yo abro fuego" Nosotros nos habíamos puesto el objetivo de recuperar cinco fusiles. La gente se reía: no creía...Diario corriendo.!

El campesino de la casa mandó a su mujer para donde el compadre; y él se subió a la línea de fuego, donde estábamos:"yo no me voy, hasta no verlos peliar; quiero ver si es cierto". Y se tendió al lado de un compañero.

Subió el primer soldado, el que iba en la punta. Llegó a la casa. Llegó a un corral. Llamó a la gente, preguntó. Enseguida llegó el otro. Entró hasta el corredor de la casa mientras el primero se colocaba de guardia más arriba, en un guayabito. Detrás llegaron dos más y se juntaron con el segundo. "¡Buenos días! ¡Buenos días!". Nada. Entonces entraron a la casa. Tiraron los equipos al patio y comenzaron a patear las puertas, tumbar cajones, partir cosas, azotar ollas contra el piso. Y siguió subiendo el resto de tropa. Llegaron y se sentaron en el patio. Amontonados. Se quitaron los fusiles y los tiraron encima de sus equipos... Yo los iba contando:"tres...Cuatro..." Cuando llegué a cinco, dije "Boris va abrir fuego":nada. "Ocho, nueve, diez...Quince, dieciseis, dicisiete"...Yo más azarado, hermano, pensaba, ¡aquí nos mataron a todos! Para mí era mucho Ejército. Yo iba abrir fuego, cuando ¡pin! Boris disparó y se arma esa balacera, todo el mundo disparando -en esa emboscada había conmigo cincuenta y seis personas, exactamente. Retumbaba por ese cañón. La contraguerrilla pelió duro. Quedaron embolsados en esa media luna: no se podían devolver, no podían seguir...Solo peliar. La pelea se inició a las nuev y media de la mañana. Como a las doce

del día, el capitán Víctor -un reservista, muy valiente- con otros dos compañeros, entre ellos el morocho David, sin orden de nadie bajaron. Cuando subieron traían tres fusiles, un radio de comunicaciones. Y dijeron, "compañeros eso está ya para ir a recoger, ¡vamonós!" Boris dijo, "no señor. Que Salomón organice el grupo de recuperación". Dos helicópteros comenzaron a sobrevolar...Y a rafaguear, por la parte alta, "azarando la plaza", mejor dicho. Y nosotros, ahí pegados al terreno: con la vaina de que subieron fusiles, quién se iba!? Era la primera vez en la historia que recuperábamos un fusil. La comisión organizada por Salomón, donde iban el finado Víctor y David, comenzaron a bajar, a bajar, a encerrar, a encerrar. Encontraron algunas resistencias. En la casa estaba el teniente. Los compañeros le gritaban "¡ríndanse!" y él contestaba, "aquí no se rinde nadie!". Entonces comenzamos...

- Aquí se rindió.
- Allá se rindió otro.
- No se rindan, cobardes.
- Acá se rindió otro.
- Hijueputas, cobardes. Respondía el oficial. Mientras tanto, llegó un compañero, bien cerca a la casa...

- Se rinde o no?  
 - Aquí no se rinde... Y ¡brum! le metió un granadazo a la casa el compa y conforme estalló, le zampó un rafagazo, calculando dónde estaba el teniente. De una vez salió por entre el humo el hombre,

- Si, me rindo. Con el fusil en una mano y la otra sangrando.
- Usted es el comandante de la patrulla, no?
- No. Yo soy un soldadito.
- Soldadito? no, porque usted tiene bozo; y los únicos que usan bozo en el Ejército, son los oficiales. Hermano, eche pa' arriba; y suba su equipo.

- Máteme. Pero yo no subo. Y se rebeló. Entonces el finado Víctor le dijo:

- Usted y yo somos militares. Y estamos en guerra, viejo man. Yo le voy a dar una orden: si usted no me la cumple, yo lo mato...!Sube ya! o lo mato.

- Listo, yo subo. David y Ginette llevaron al comandante de esa patrulla, un teniente llamado Pablo Rocha.

Pasó por donde estábamos y preguntó:

- Cuántos hombres me han rendido?
- Eso, háblelo con Boris. Fue donde Boris:
- Cuántos hombres me rindieron?
- Eso es secreto militar. Boris llamó a la compañera enfermera, Ginette, para que le hiciera curación. Le dimos tratamiento de prisionero de guerra, con todas las garantías. Boris manejaba muy bién eso de los Derechos Humanos. Conversaron los dos como una hora.

Mientras tanto, los muchachos suban fusiles y suban fusiles y suban equipos y suban fusiles. Y el tipo mirando. Entonces dijo, "hermano, yo necesito que me dejen mi fusil. Con nosotros estaban hablando los soldados rendidos y de una vez nos pidieron:

- No le vayan a entregar el fusil al teniente; porque entonces nos meten al Consejo de Guerra solamente a nosotros. Boris le había dicho al teniente que si hubiera llevado algún arma que lo distinguiera como oficial del Ejército, se la habría dejado.

Había uno que decía ser familiar de Noel Petro: se ponía a cantar y a bailar.

A lo lejos se oían los rafagazos del helicóptero y los soldados nos decían,

- ¡Tiéndanse, muchachos! Eso es muy peligroso.!

- Qué peligroso. Nosotros ya estamos enseñados a esa guevonada. Eso no hace nada. Porque realmente nunca nos había hecho nada un helicóptero. Algunos soldados se quejaban que tenían hambre. 'Habíamos' subido catorce de sus equipos, llenos de ración de campaña.

- Saquen de esos equipos y coman lo que quieran.

Boris pidió que lo comunicaran con el comandante del Batallón, a través del radio capturado, un Peerrevesetenta. Hablaron. Boris le informó: "aquí tenemos unos heridos y unos muertos de ustedes. Pueden recogerlos sin problema. No lo vamos a impedir. No nos agredan que nosotros no vamos a agredir. Lo que estuvo, estuvo...Mande por ellos un helicóptero; que exhiban una sábana blanca para identificarlo." Apareció un helicóptero, revoloteó, revoloteó, pero no cayó.

A eso de las dos y media de la tarde, sucedió una vaina muy rara; al parecer fue el helicóptero. Pasaba disparando, pero altísimo. Un compañero se paró; dió como mucha papaya, pero a él no lo miraban los soldados porque estaba entre un montecito: cuando, tran! le zamparon un balazo. El tipo cayó; y una compañera salió gritando, "mataron a fulano!..." Yo le dije, "cállese!...Vamos a ver cómo está". Claro: el compañero ya estaba boquiando. Le dije a un compañero, "coja mi fusil, cúbrame y yo lo saco". Me lo eché al hombro y lo subí, cerca de donde estaba Gloria Amanda y Boris. Lo mataron cuando ya no había nada de tropell: ¡de malas!

De ese sitio nos retiramos a las cuatro de la tarde. Adelante paramos para comer ración de campaña y para enterrar al compañero. A la columna que dirigíamos, como no tenía nombre, la bautizamos "Arnulfo Muñoz Cardozo" en honor al muerto: era un buen teniente, lo quería la gente. Boris decía que donde se parara la compañía Arnulfo Muñoz Cardozo, "tenía que temblar la tierra".

De ahí en adelante, fue que cambió la concepción, prácticamente, del Eme Diecinueve. Ahí fue cuando nos dimos cuenta que el Ejército también corría; no sólo nosotros. Que sí podíamos recuperar armas. Que teníamos una capacidad de combate. La guerrilla se volvió agresiva. De ahí en adelante alguien decía, "viene el Ejército..." Y los combatientes respondían, "que venga, ¡pa' peliar!" Nadie pensaba ya en correr: los tiros ya no los azaraban tanto, ya la presencia del uniforme camuflado fue perdiendo vigencia; la gente era más fresca.

En esa emboscada recuperamos diecisiete fusiles -el total de hombres de la patrulla era de treintaicinco; pero naturalmente nosotros no sabíamos y por eso se abrió fuego antes de que entraran todos a la emboscada-, todos Getres-Acuatro; recuperamos catorce granadas; unos quince equipos; dos radios de comunicación; un equipo de cirugía. Al teniente y sus soldados los dejamos: no teníamos capacidad para retener ese personal...

La toma de Paujil tenía un objetivo político y uno económico. Se necesitaban billetes para pagar unas deudas. Se sacaron solo cuatrocientos ochentaiseis mil pesos de la Caja Agraria; y

manifestamos nuestra oposicion frontal a lo que estaba sucediendo en las calles: en las calles se estaba matando a los amnistiados. Después de esta toma la guerrilla se envalentonó.

Al otro día, a mí me correspondió encaletar el armamento sobrante: dieciseis fusiles y una subametralladora. Nos fuimos con el finado Edgar Polanco -los dositos, solitos-, engrasamos todo ese arsenal; hicimos un hoyo en un "derrumbo" y lo enterramos. Todo el mundo quería tener Getres-Acuatro: era una fiebre.

Yo portaba un FAP, grandísimo, incómodo para andar. Entonces el finado Edgar le dijo a Boris, "yo creo que a Robert deben dejarle un fusil de éstos. El que es tan bajito..." Boris sugirió que me dieran uno más acorde con mi estatura. Me dejaron el Getres-Acuatro, más mohoso; no tenía ni apaga-llamas. Esos fusiles estaban muy descuidados. Le pusieron apaga-llamas porque lo pedí. Con ese fusil yo pelié, hasta que me hirieron en mil novecientos ochenticinco: Muy buen fusil.

PUES SI

Nuevamente nos ubicamos por los lados de Norcasia, El PielRoja, hasta pasarnos de nuevo a Santa Ana de las Hermosas. Por allí organizamos otros operativos. Mandamos una escuadra a la Esperanza y otra a San Antonio de Atena; debían tomarse el caserío, entrar al puesto de salud, sacar la droga y repartírsela a los campesinos. Se buscaba provocar al Ejército para que subiera y meterles otra emboscada. Las unidades llegaron a los poblados. No había policía; arengaron la población; tomaron las medicinas y la distribuyeron. Contaban los compañeros que la gente hacía fila:

- Compita, déme esa vitamina, que estoy como maluco, como enfermo.

- A mí, déme tal calcio, decían las señoras en embarazo. Para la guerrilla se llevaron las pinzas, agujas, jeringas.

Nos emboscamos un tiempo, por los caminos y el Ejército no subió. Entonces mandamos a hostigar unas patrullas que había por San Antonio de Gatacha... El Ejército no subió. Atena \*

Nos largamos para el Huila. Cogimos todo el cañón del río Orteguzaza arriba: por Remolino, por San Guillermo. Hasta que reventamos al Huila. Sin dejarnos ver de la gente. Nos ubicamos en los alrededores de Garzón. Los únicos que conocían el pueblo eran Boris y Gloria Amanda. Decidimos su toma, entre otras cosas por necesidad económica: Paujil no había resuelto el problema.

Se envió un compañero a levantar la inteligencia. Duramos unos ocho días cerca a Garzón. En esa espera se nos acabó la remesa. Boris me llamó:

- La misión guya, hermano, es ir a buscar comida y no dejar morir esta gente de hambre. Y yo sin conocer a nadie en la zona. Siempre me tuvieron pa' eso, mejor dicho. Me fui con un muchacho que había sido del EPL, Edgar; de civil y con arma corta.

Llegábamos a las casas, nos presentábamos como agentes de la autoridad y le hablábamos a los campesinos. Y de paso, explorábamos las condiciones de la zona. Hasta que llegamos a una finca de un tipo, que según Edgar, era buena gente. Lo llamé y lo charlé: "las cosas son así y asá." El hombre dijo, "¡listo!" Encontramos colaboración. Al mediodía llegamos a otra casa.

Primero me hice pasar por gente desconocida, como la ley. Al ratico, miré un pelado que había allí, medio tontico. Le dije:  
 - Sabe qué? Yo soy guerrillero. Aquí no viene la guerrilla?  
 - Siii! Mi papá le lleva la remesa a las FARC Muchacho ese, más bruto! Me dió pie para entrar: "Esta gente es buena." Le dije a una señora, "hágame el favor de prepararnos dos almuerzos" No tenía con qué pagar.

Mientras íbamos comiendo, les iba contando quiénes éramos: del Eme Diecinueve. Que yo conocía a la gente de las FARC. Que me llamaba fulano. Que les dijera para no ir a tener un choque. Que nos dieran información. Al terminar les pregunté:

- Compa, cuánto les debo de la comida?  
 - No, no nos debe nada. Nos salimos bién por ese lado y nos hicimos unos amigos propios.

Me devolví ese mismo día. Llegamos a la casita de una pareja de campesinos. Eran un par de pelados que se habían volado del Caquetá, de sus casas, que estaban de mayordomos en una finquita metida entre el monte; y donde no había sino, de esas victorias o calabazas y unas mazorcitas de maíz que habían sembrado. Tenían un marranito engordando, dizque para venderlo luego y con esa plata, venirse a ver los papás. Mientras el campesino se fue a alistar unas mazorcas, le dije a la señora -era una muchacha de unos catorce años-,

- Ese marrano, de quién es?

- Mío, compa.

-...No será que nos lo fía?

- Claro...como es mío.

- Pero, de todas maneras, hablemos con su esposo.

Cuando regresó él, dije:

- Por qué no nos fía ese marrano...

- Pues, como es de la señora.

- ¡Fiémoselo, mijo!

Era lo único que tenían, hermano: la gente es muy verraca. Nos dieron mucho apoyo. Me acuerdo que nos lo dieron en cuatro mil pesos. Allí mismo lo matamos. Yo llevaba ya frijoles, zapallo, arracacha, que me habían dado los campesinos por ahí.

Como a las siete de la noche nos fuimos. Como no teníamos linterna, quebramos una botella por la mitad, y por dentro del pico empatamos una vela. ¡Eso es una farola la verraca! En los llanos, anduvimos a oscuras. Al entrar al monte, prendíamos las velas.

Llegué y me presenté: "compa Boris, conseguimos esto" Todo el mundo se levantó a pelar ese marrano... "Compa Boris, vámonos para esos lados, por allá es donde está la gente, es bonito, por allá hay cafetales, comida, ganado. Aquí estamos como muy entre el monte."

Eramos unos cuarentaicinco compañeros, porque habíamos dejado un herido; mandamos unos compañeros a explorar por los lados de Guadalupe y se desertaron; mandamos a Héctor de explorador a Garzón y dizque un tipo lo miró feo, que lo persiguió...Se fué y no volvió. Con todos esos incidentes, nosotros seguimos pensando en la toma de Garzón. Nuestra gente estaba como asustada.

Boris me dijo: "Usted nos traslada de día?" Le dije que si. Cogimos los bordes de los montes, los cañitos, las quebraditas, hasta llegar a la finquita de los campesinos amigos de las FARC.

Boris me volvió a mandar a conseguir un novillo, panela, pan y queso. Regrese donde el campesino buenapersona, del EPL. El tipo estaba arreglando un cerco. No fue sino decirle,

- Cuál de esos animales, le sirve? Mejor dicho, hice mercado: un ternero, una arroba de cuajada, una arroba de panela, cinco kilos de sal.

- Nosotros no tenemos plata, pero en unos quince días le pagamos. Cerca de nosotros estaban las FARC acampados. Les habían llevado la información de que por ahí andaban unos tipos, al parecer del Efesos; "uno de ellos bajito y barbado."

Al otro día por la tarde, no apareció la exploración que habíamos mandado a Garzón. "Volvamos a mandar a explorar", dijo Boris. Se fue Elías (Gustavo Sanjuan) con un campesino. Exploraron carreteras. Encontraron que abajo de nosotros, a una Inspección de Policía llamada "Guayabal", subía todos los días la línea: a las cinco ó seis de la mañana, estaba la chiva ahí lista para subir.

La noche siguiente marchamos hasta Guayabal. Llovió. La línea no pudo subir, se varó por el estado de la carretera. Tocó esperar a que calentara el sol y se secara el camino. Metidos entre esos cafetales y fritando carne en las casas, nos descompartimentamos. La gente, como nos miró tan bien armados -puros Getrés, Acuatro y Fales- no comió cuento que éramos del Eme Diecinueve. Creyó que éramos contraguerrilla.

Por fin apareció el carro. Faltando minutos para la una de la tarde, nos estábamos montando. Un campesino arrebatado se nos pegó, "yo me voy pa' la toma compa; dígame qué hay que hacer": nos lo llevamos. Más abajo un compañero pidió permiso para ir a "hacer un hueco" ( defecar )...Y de verdad, se cagó pero del susto ese vergajo porque dejó el equipo y el fusil a la orilla del camino y se voló. Entonces le dijimos al campesino, "pues tenga este fusil, pero hace lo que le digamos." Los compañeros lo dejaron en la contención por donde nos íbamos a retirar, cerca a la capilla Nazareth.

Por el camino fuimos cogiendo otros carritos -carro que daba blanco, decía el conductor de la chiva, "háganlo devolver también y móntense unos allá." Entramos a Garzón a eso de la una y ventiocho. El conocimiento que yo tenía del pueblo era solo el de la maqueta que hicieron. Organizamos grupos por objetivos: uno, conteniendo la policía en el cuartel; uno para cada banco y eran como cuatro; y yo, con el negro David y la finada Carmenza, debía tomarme el almacén YEP, repartir la mercancía a la gente, recoger la plata que hubiera en las cajillas. Inmediatamente, los compañeros que debían entrar de primeros en los bancos, se bajaron vestidos de civil y con arma corta. Llegamos con Gustavo -Elías- y con Salomón, en un "mixto". Le dimos la vuelta al parque. Cuando terminamos de darla, eran la una y media: ¡Estaba todo cerrado! los almacenes, los bancos. Cuando vi que no tenía objetivo, le dije a Salomón, "yo me meto con usted en un banco de esos; yo no me voy a quedar aquí entre el carro. David, se va con Gustavo; y carmenza refuerza la guardia, afuera del banco." Nos habíamos parqueado en una zona prohibida. Ahí mismo se arrimó un man de tránsito a joder la vida: "Haga el favor, señor, retire el carro" dijo, sin asomarse -todos llevábamos las armas sobre las piernas tapadas con toallas. "Si, un momento, si señor." Le



respondió el conductor y comenzó a prender el carro, simulando que iba a moverse de ahí. Cuando suenan los tiros en la policía, la señal, nos bajamos del carro y el viejo gordo del tránsito se levanta a correr por ese parque.

Al banco donde íbamos debía entrar primero una compañera. Ella llegó y la puerta estaba ya cerrada; tocó. Salió una secretaria a decirle que ya no había atención al público. La compañera sacó la pistola y le dijo, "sabe qué? Esto es un asalto. Estése calladita y eche pa' dentro." La vieja se quedó asustada. La compañera guardó la pistola y se metió. Cuando saltamos de los carros, los compañeros, adentro de los bancos comenzaron a gritar, "!quietos! no se muevan, esto es un asalto." La compañera del nuestro, sacó la pistola, hizo dos tiros al aire y ordenó "!Tenderse!"...Imagínese usted: las pobres secretarias qué iban a saber tenderse; se acurrucaban y bajaban la cabeza. Y lloren, del susto.

Nosotros encontramos las cajas fuertes abiertas. Tenían únicamente unas rejillas. Las abrieron: yo miré unos paquetes, sellados, que decían "Banco Cafetero". Le dije a Salomón, "venga reciba, hermano" y sobre los brazos yo póngale y póngale y póngale bolsas. Cuando me dijo un señor,

- Eso no le sirve a ustedes...Eso son chequeras. Claro: rajo unas maletas de esas y el poco de talonarios quedaron en el suelo regados. Pero no comí cuento. Me metí en la caja a rajear bolsas y a buscar. Yo había oído que en las cajas fuertes guardaban joyas y guardaban oro. Cuando veo unas maletas llenas de monedas brillantes: me eché dos entre el brazo y se me resbalaban. Salí, las entregué a la finada Carmenza, "vaya déjelas en el carro" y entré por tres más. Sacamos unos pesitos que había en las cajillas y que, !retirada! Salimos. La policía nos había pinchado el mixto. "Tranquilos, muchachos, yo los saco, así sea en rines" dijo el conductor. El morocho David se le atravesó a un taxi, lo paró, se montó y se fue escoltándonos. Llegamos hasta la capilla de Nazareth, donde teníamos una contención -nosotros sabíamos que cerca de Garzón, en Zuluaga, estaba el Ejército: a un kilómetro. Allí cambiamos de carro porque el muchacho campesino salió muy hábil: toda moto o carro que pasaba, lo paraba, "!quieto ahí, no se mueva!...Usted quién es...Una requisa." !Ya era el que dirigía la vaina! y tenía unos vehículos retenidos.

Nos devolvimos para Guayabal. Antes de llegar, en una inspección llamada "Caguancito", paramos a comprar mecato, galletas, dulces. Allí me encontré al campesino que me fió la remesa. Apenas me vió, cabeceó y le dió risa. Le hice señas de que ya le llevaba su platica. Y disimuladamente se lo mostré a Salomón para que lo tuviera presente.

Llegando a Guayabal, nos bajamos e hicimos una fila de niños y una fila de señores. Y repartimos las tales "monedas de oro." !Eran puras monedas nuevas de veinte pesos!: ochenta mil pesos. Eso era de a manotada para cada uno.

- Pues que a mí me dieron seicientos pesos.

- Pues que a mí, ochocientos.

- Ya tengo pa' la carne. Los niños se enverracaron a comprar dulces. La gente contenta:

- Así, sí es bonito, que los compañeros no consigan solamente pa'

ellos. Nosotros fuimos los primeros en poner a circular en el Huila las monedas nuevas de veinte pesos.

En eso se arrimó una señora... "Compañeros, yo les quiero pedir un favor. Yo estoy muy enferma y tengo que hacerme operar. Yo tengo una hija en Bogotá que me va a ayudar, pero no tengo con qué irme." Yo me había traído del banco un fajo de diez mil pesos de esos billetes anulados, ya para desechar. Saqué ese guango y le dije: "Compañera, será que esto le sirve?". Esa señora me echó una bendición y se suelta a rezar.

Nosotros sacamos cinco millones seiscientos veintidos mil pesos, todo en billetes de cien, de cincuenta, hasta de dos pesoa. Eso era un cajón inmenso; los campesinos iban a mirar y a quedarse aterrados. No tuvimos ni un herido. Ni un solo policía muerto; por áhi tal vez uno rasguñado. Porque los compañeros que les tocó el puesto de policía, como iban vestidos de camuflado, la gente creía que eran contraguerrilla. Llegaron, frescos, tomaron posiciones y comenzaron a controlar el cuartel a tiros. Le dieron al tanque del agua y lo reventaron. Ha sido de las tomas pacíficas del Eme Diecinueve, que yo haya visto: sin bajas de ningún lado, con una retirada olímpica.

Boris me puso de tesorero. Yo lo fui, prácticamente hasta que salimos de la guerrilla. Hice balance de cuánto teníamos y cuánto debíamos: unos dos millones de pesos; los apartamos. Y elaboramos una lista de necesidades. Mandamos unos campesinos a que nos entraran medias, botas, interiores, pantalones. Todo nuevo. Dotamos la guerrilla. Hasta balón compramos: esa gente más contenta.

De Guayabal nos movimos hacia el sur. Y nos quedamos entre esos cafetales. El Ejército cogió por la carretera y se vino buscándonos hacia San Guillermo. Por allá se tropezó pero con las FARC. Se dieron plomo un rato.

Por las zonas donde parábamos, la gente nos preguntaba,

- Ustedes fueron los que se tomaron Garzón?
- Pues sí. ¡Qué respeto tan verraco, ¡mano!

NOS TOCO CREER

Ahi fue cuando se nos vino la idea : si nos tomamos Garzón, por qué no Florencia, que es igual? Se nos metió en la cabeza. Pero ntes queríamos continuar con lo planeado. Hacer tres tomas, que eran: Resinas, donde había una base militar con ochenta soldados. Les íbamos a caer a la una de la mañana: les metíamos unos camiones de frente y tumbábamos esas paredes y bueno....Todo planificado; Suaza; y Acevedo. Y ahí sí, nos veníamos por la trocha para el Caquetá. Pero eso no funcionó.

Pasando por Resinas de día, camuflados con rastrojo, con los equipos cubiertos de monte, cruzamos por un llano. Un guardia nos vió e informó: se armó una balacera que duró todo el día. Nos quedamos cerquita del Ejército. A las cuatro de la mañana siguiente, compañeros nuestros asaltaron la tropa: tomamos la iniciativa. Peliamos hasta que aclaró. ¡Toriamos al Ejército! Y se nos pone detrás: una cosa impresionante. Eso era ¡tan tan tan! y siga más adelante, ¡tan tan tan !... Cinco emboscadas le hicimos al Ejército ese día. Hasta que llegamos casi a la línea:

una zona muy verraca pa' trochar -mucho bejuco, mucho musgo, mucha roca. Ahí hicimos la última balacera, tipo dos y media de la tarde; todo el mundo comenzamos a gritar, "¡Viva el Eme Diecinueve! ¡Somos el Eme Diecinueve!" -El ejército no sabía con quién iba pelear- "¡Viva la compañía Arnulfo Muñoz Cardozo!" "¡Viva Boris!" Hasta ahí llegó la persecución y la guevonada: ni un tiro más.

Nos vinimos por la montaña y reventamos aquí, al Caquetá. Siempre con Elías adelante, que era el trochero. Salimos a la zona de la "culebra", por la vereda del Palmar, parte alta de Santa Ana de las Hermosas.

Nos enteramos que cerca de nosotros estaban Raulito y Chalita con un grupo nuestro, en convivencia con el treceavo Frente de las FARC, que en ese momento era comandado por Martín. Y que Iván Marino se había ido con una gente, por las trochas, para el Huila. Ya se rumoraba la desaparición de Bateman. A los días escuchamos a Iván Marino ratificando la muerte de Jaime. Nos tocó creer.

De "Campo Abundancia", donde estábamos -casualmente el sitio donde había nacido el Frente Sur, en el área de Santa Elena, exactamente en la vereda el Horizonte-, fui enviado a contactar y conducir a Raúl, Chalita y su gente hasta nuestro campamento. Estaban por el Bodoquero.

Boris, Chalita y Raúl se reunieron a planificar. La idea de maniobra era tomarnos Florencia; dejar un grupo manteniendo el trabajo en el Caquetá; y seguir hacia el norte, atravesar el Huila, seguir, haciendo tomas, reclutando, siempre con la concepción de construir un Ejército: "Vamos para Bogotá, compas!" decía Boris.

La toma de Florencia tuvo varios intentos. Según la planificación, necesitábamos dieciocho vehículos, para los distintos grupos operativos: unos se tomaban las emisoras; otros, se tomaban el cuartel de policía; otros, al Batallón; otros, los bancos -un equipo para cada banco: el de la República, el Popular, la Caja; las diferentes contenciones; los que entraban a la cárcel. En la primera intentona, salimos por los lados de Córdoba, hicimos un retén. Boris arengó a la gente; y yo estaba por ahí, poniendo cuidado, cuando un pasajero me llamó y me dijo que ciertas personas que iban en un campero eran del Ejército, que los había visto en el Batallón. Yo llamé a Salomón y le comenté. El ya sabía. Ellos estaban oyendo a Boris y aplaudiendo. Los llamamos, "necesitamos hablar con ustedes." Ellos se preocuparon. Yo le dije a uno, "hermano, usted es del Ejército: sigue con nosotros." Volteó a mirar y Salomón estaba hablando con otro. Se hablaron, "estamos bajo control"; y nos confiaron, "por allí hay otro". Ese estaba recostado a un carro, hablando con Gloria Amanda Rincón. Nos fuimos a revisar su vehículo. Ellos iban a una parada militar a la Novena Brigada, porque había cambio de Comandante y cada Batallón enviaba una delegación. Llevaban sables, kepis: se los dejamos. Los uniformes, insignias, nos lo llevamos. Casualmente los utilizamos en la toma de Florencia. Un mástil que llevaban, lo usamos para izar la bandera del Eme Diecinueve a la orilla de la carretera.

Después de estar como una hora y media, no habíamos logrado retener la cantidad de vehículos suficientes; y nos informaron

que el Ejército sabía. Nos retiramos con el capitán y los dos sargentos vice-primeros del Batallón Liborio Mejía, que habíamos capturado. Yo iba conversando con el capitán. A lo lejos se oían los tiros. Ibamos a cruzar un llano cuando aparecieron sobrevolando dos helicópteros. Le pregunté,

- Capitán, cuál de esos es artillado.
- No, yo no conozco de eso.
- Nosotros tampoco conocemos. ¡Pasémonos el llano pa' averiguarlo!
- No, ¡nos encienden a plomo!

Cuando se retiraron los aparatos, nos cruzamos el llano. Llegamos a una región llamada San Pacho, jurisdicción de Florencia, también. Estuvimos unos dos días. Subían y bajaban las patrullas y nosotros nos hacíamos a un ladito. Hasta que tuvimos un enfrentamiento, en un filo llamado Paraíso -allí fue donde nos mataron a Edgar Rincón. Nos trasladamos otra vez a Santa Ana de las Hermosas.

Viendo la dificultad de conseguir vehículos, se planificó llegar a pie, por los lados de lo que hoy se conoce como "Las Malvinas", que eran unos llanos rastrojosos. Cogíamos unos vehículos en la universidad y nos íbamos a hacer la toma. Ese era el plan de Boris.

Arrancamos a la segunda intentona. Bajamos hasta Sebastopol-Agua negra, a unos cinco kilómetros, encima de Florencia. Nos detectaron de nuevo. Un día al amanecer, despertamos con las patrullas muy cerca. Nos fuimos a retirar y chocamos. Logramos despegarlos de nuevo y tomar distancia. Fuimos hasta Norcasia. Volvimos a dar la vuelta y acampamos pegaditos a la carretera central; a unos quince minutos nos quedaba. Esperamos unos veinte días. De Bogotá, dijeron los compañeros que nos iban a reforzar, que esperaríamos munición, morteros. Nos cogió el ochenticuatro.

POR ENTRAR A FLORENCIA

Ya dijo Boris que definitivamente, habíamos hecho varios intentos por entrar a Florencia. Que nos íbamos en lo que cogiéramos: si cogíamos dos carros, en dos carros nos íbamos; si resultaba uno solo, en ese nos íbamos.

Entre el presupuesto hecho, calculábamos que podíamos perder un veinte por ciento de hombres en esa toma. Todos nos despedimos entre sí; entre los más amigos nos dábamos las direcciones, los nombres propios, el nombre de la familia, la dirección a donde le podían escribir y comunicar que uno había fallecido en la toma de Florencia. Salimos a la vereda La Paz. Dejamos todos los equipos tirados a la orilla de la carretera, en un rastrojo. Paramos unos buses; bajamos los pasajeros y les dijimos que nos cuidaran los equipos y nos montamos. Más adelante tuvimos un jeep y allí se montó el comando que venía vestido de militar - cinco compañeros al mando de Elías, con uniforme camuflado, insignias, fusilería oficial del Ejército. Bien afeitados y peluquiados. Ellos venían adelante rompiendo, tenían que abrir el retén del norte, a la entrada de Florencia. Les dijeron a los policías de allí que era el Ejército. Levantaron la guadua y los dejaron pasar. Los muchachos les dijeron, "vengan charlamos": los encerraron, los desarmaron, los montaron en un carrito y

"vámonos pa' Florencia"; dejaron la guadaña levantada. Nosotros pasamos. Pero de los talleres del departamento, que quedaban cerca del retén, maliciaron de esa actitud tan rara; llamaron de todas maneras, al Batallón y nos aventaron: que habían visto una gente sospechosa y seguramente era la guerrilla. Cuando entramos aquí a Florencia, ya el Ejército estaba montando un dispositivo de seguridad, estaba andando por las calles. El comando de Elías se bajó en la cárcel -la idea era sacar los presos; y los que quisieran irse con nosotros, pues los llevábamos; y recuperar el armamento. Golpeó la puerta. Alguién abrió una ventanilla y se asomó. Al ver los compañeros vestidos de militares, dijo, "listo mi primero. Ya le abro". Los compas iban entrando y los guardianes iban poniéndose firmes. Llegaron donde el director. - Necesitamos hacer una inspección: tenemos información de que van a asaltar la cárcel. Vamos a reforzar la seguridad.

- Sí señor. Los guardianes iban adelante abriendo rejas y los compañeros detrás. Alguién sospechó. Hubo algún intercambio de disparos y parece que murió uno de los guardianes. Los compañeros gritaron "¡Somos del Eme Diecinueve; esto es una toma! todo el mundo para afuera". Llamaron a un compa del EME preso y le preguntaron, "joven, dónde está el armerillo." Fueron, sacaron todas las armas. Y a todo preso que iba saliendo le pasaban un fusil perilla con tiro en recámara. Los presos salieron armados, locos, a la calle a echar bala: mejor dicho, esos fueron los que sostuvieron la batalla. Porque siguieron hacia el centro, a donde oían la balacera -en el parque Santander-, en lugar de seguir la indicación de los compas, de que cogieran carretera arriba, los que quisieran irse. Solo el ex-presos del EME y dos más, hicieron caso. De la cárcel se sacaron treintaisiete armas. De esas no quedaron en nuestro poder sino unas ocho ó diez.

Yo estuve con Boris, Gloria Amanda, Raulito y otros en el parque. Cuando llegamos nos abrieron fuego. Había gente de civil armada, gente en las terrazas. Se armó la balacera. Nosotros no pudimos ir a los bancos. No se pudieron cumplir los objetivos de las emisoras; los dos compañeros encargados, no alcanzaron a llegar. Los mataron antes. El responsable debía enviar un fax y emitir al aire un casete: era el compañero Luis Carlos, Fredy Ramos, un muchacho alto, mono.

A Chalita le correspondió con Salomón el objetivo del Batallón: hicieron lo que pudieron, hostigaron. La toma estaba planificada para quince minutos. Cuando caímos en la cuenta, llevábamos treinta y cinco. Le dije a Boris, "ya es hora, compa, ¡vamonós!" -naturalmente. en clave- y comenzamos a retirarnos, ordenadamente. Cogimos unos vehiculos en el sitio llamado la "Playa". Por el camino recogimos los tres ex-presos y nos fuimos por los equipos. Allí estaba la gente esperando. Les dijimos que nos aguardaran otro ratico los buses mientras nos alejábamos. Anduvimos más o menos hora y media, en dirección a Resinas. Nos bajamos en Sucre y allí nos quedamos a esperar el resto de gente. Había unos despelotados que no sabíamos si eran muertos.

A la toma fuimos unos ochenta hombres. Al casco urbano no entramos sino sesenta o sesenta y cinco; el resto lo dejamos en emboscadas de prevención y para que nos cubrieran la retirada. En Sucre nos quedamos dos días descansando. Subían y bajaban helicópteros. Pero por la carretera, nada. La teníamos vigilada.

Nosotros entendimos que la toma de Florencia hecha el catorce de marzo de mil novecientos ochenta y cuatro, once de la mañana, tenía fundamentalmente como objetivo demostrar que el Eme Diecinueve estaba vivo políticamente. Porque querían someternos a la negociación que se estaba haciendo con las FARC y el Eme Diecinueve no se la aguantaba. Nosotros teníamos otros puntos de vista.

El segundo objetivo de la toma era conseguir dinero. Nosotros teníamos la información del Banco de la República y decía que había unos mil millones de pesos. Compramos canecas y cargamos palos, dizque para enterrar esa plata, porque no podíamos cargarla toda.

POR EL TRILLO DE NOSOTROS

Al tercer día, bajaron unas patrullas, a las cuatro de la mañana. Nosotros estábamos emboscados desde la noche anterior. Algunos compañeros no se dieron cuenta. Estaban dormidos. A la mañana siguiente subió el Ejército, miró trillos. Y se armó una pelotera. Combatimos tres horas. Ahí recuperamos unos fusiles. Y nos fuimos; hicimos lo que llamábamos en la guerrilla, "la oreja": simulamos la ida y nos devolvimos por otro filito. Nos quedamos frente al Ejército. Dormimos a unos mil metros de ellos. Los alcánzabamos a ver. Al otro día, nuevamente los hostigamos. Y nos retiramos. Durante el día ametrallaron y bombardearon esos montes. Nosotros íbamos en otra dirección.

El día séptimo, por la tarde, a eso de las cinco, subieron algunos helicópteros. Comenzaron a bajar, abrieron las compuertas. Iban a descargar tropa ¡encima de nosotros! Antes de que soltaran los soldados, los prendimos a plomo. Uno de los bichos se vino abajo y fue a caer a la carretera. ¡El otro nos prendió a bala! En una hora nos descargó treinta y siete bombas: bajaba y cargaba y volvía. Ahí nos mataron a un compañero, hirieron a Gloria Amanda Rincón; a Germán Rojas (Raúl) una bomba le rajó la cabeza, le hizo cortaduras en los brazos, el compañero quedó medio deschabetao un rato por la detonación; gritaba "¡Qué viva el Eme Diecinueve!" Todo ensangrentado. Yo me tendí y un balazo me tumbó la cachucha. Esa noche enterramos al compañero muerto; cargamos los heridos.

Eliás y su gente andaba despelotado. No sabíamos nada de él ni de otros combatientes. Teníamos sobreentendido que en la toma habían muerto algunos, pero no sabíamos cuáles.

Boris dijo que debíamos controlar la carretera central. Todos los días teníamos choques, en la mañana, al medio día, por la tarde. Hasta que se nos agotaron los alimentos. Boris decidió dejar una comisión en el Caquetá para que sacara los heridos. Me dieron esa responsabilidad: quedarme con doce compañeros y los heridos. La misión era: buscar la gente despelotada, la de Eliás y otros; tomarme el aeropuerto de Florencia, coger un avión e irme con los heridos para Centroamérica. Debía marchar hacia el sur, donde estaba como tranquila la cosa, rodear a Florencia y aproximarme. Estaba ya recibiendo las instrucciones, el personal, la plata, cuando la retaguardia se prendió otra vez con la tropa. Boris decidió marchar hacia el Huila.

Gastamos entre seis y siete días en esa marcha. Por pura montaña; cargando los heridos en hamacas; eso tocaba hacer maromas con lazos. Lo más tenaz no era la llevada de los compañeros, sino la falta de comida. La ración diaria era un tarrito de lechera, en un cuarentado de agua; le agregábamos una pasta de Maggi, sal y se hervía. En la mañana se le daba un sorbo a cada uno. Con eso tenía que andar todo el día la gente. Por la noche, otra vez la misma agua. Uno andaba, agotado y como borracho del desaliento. Hasta que salimos.

Ya en el Huila nos abastecimos. Compramos ganado. Hicimos caldito. Había compañeros que tomaban un sorbito y se desmayaban. Nos trasladamos a una zona que conocíamos porque la anduvimos después de la toma de Garzón. Siempre hacia el norte. Por los lados de Guadalupe ya pudimos sacar a la ciudad un compañero que estaba inmóvil porque un tiro le había rozado la columna. Ya Raulito andaba, Gloria Amanda y los demás ya estaban sanando.

Lo cierto es que después de estar en el Huila se sucedieron muchos choques con la tropa. No sabíamos nada del personal desconectado. Boris decía que el único objetivo del tipo que se despelotara, era combatir: si era uno o dos, que hostigaran; si eran diez, que hicieran una toma. Porque esto era una ofensiva de largo aliento.

Al oír que había combates con nosotros, Elías se tomó Acevedo. Fue una acción muy osada porque lo hizo con ocho compañeros. Sacó la plata de la Caja, sacó los presos -se volvió experto en eso- y se fue.

Nosotros seguimos peleando por las partes altas de Garzón. En Guadalupe nos encerró el Ejército: ahí nos metieron un operativo, decían que con cerca de dos mil hombres. El objetivo era aniquilar toda la guerrilla. Una noche en marcha, nos partieron en dos... "Tresdobleces", el Mayor Alirio, cogió un grupo de compañeros y se fue. Nos quedamos con Boris, Chalita y Raulito: completamente encerrados en un cañón; por donde usted se asomara había Ejército. Patrullaban, cruzaban de lado a lado los "vagones" entre los filos, subían, bajaban las quebradas. La tropa pasaba a diez, a cinco metros de nosotros y nosotros tendiditos, quieticos. Cuando unos pasaban, subían los otros. Andábamos por trechos y de noche... Todos los días chocábamos. Duramos unos ocho días así. No había forma de cocinar de día, sólo de noche. El problema nuestro era salir de esos cafetales, esos llanos y coger montaña: La guerrilla en el monte es muy fuerte, en la parte limpia es muy débil. Hasta que, en una madrugadita, nos les pasamos un llano y logramos coger el monte.

Pero, apenas estábamos descansando a la orilla del monte, estaba amaneciendo, cuando ya el Ejército venía detrás de nosotros. El Ejército andaba con perros, los perros ventaban; subieron y nos ladraron y de una vez subió para allá el Ejército. Entonces nosotros cogimos y déle, déle, déle monte arriba. Unas patrullas alcanzaron a bajar por un lado de nosotros. Cogimos otro filito. Las patrullas se encontraron; vieron que ese trillo que se desviaba no era de ninguna de las dos y agarraron por el trillo de nosotros. Yo iba en la retaguardia cuando un compañero me dijo,

- Mire que el Ejército viene detrás de nosotros; qué hacemos?
- Pues, mátelos a todos! Porque, qué más hacemos para poderlos

detener? Claro, nos alcanzaron y se armó otra vez la balacera. Mientras los compañeros peleaban en retaguardia, la vanguardia se salió a un llano y cogió hacia arriba; por una orilla del llano subían los compañeros; por la otra subía otra patrulla del ejército: pero ni ellos le disparaban a los nuestros, ni los nuestros a ellos. Los compañeros fueron más hábiles y cogieron mayor altura. Entonces el Ejército, al ver que éstos ya estaban arriba, se detuvieron en la mitad de la loma. Y nosotros seguimos por entre el monte, deteniendo el Ejército, peleando.

En la parte de arriba del filo, en la pura cuchilla, había una emboscada del Ejército. Los compañeros reventaron a una orilla de la emboscada, a unos quince metros del último soldado. Entonces el soldado se sentó, miró a los compañeros. No les disparó. Los compañeros no le dispararon tampoco: así fue que pasamos. Ahí, pues, hubo más o menos una colaboración por parte de las Fuerzas Armadas. Nos salimos del cerco. Nos quedamos ahí, como a quinientos metros de ellos. Durante toda la noche echaron plomo a esos montes; las balas pegaban en las partes altas de los árboles donde estábamos durmiendo. Allí preparamos misisicui -leche en polvo, revuelta con areparina y chocolate raspao-, que es la comida privilegiada para cargar como ración de campaña.

Al otro día madrugamos y nos fuimos. Anduvimos hasta que salimos a un llano. Entonces mandamos a la finada Carmenza con un sardinito que cargábamos, como de doce años, que pasaba como su hijo, a una casa, a buscar comida. Llegando al rancho se encontró un soldado de guardia. Y le dijo,

- Para dónde va?

- Ahí, pa' donde mi tía. Ya metida en la pelotera qué hacía. El soldado, puay le echó un piropo y la dejó pasar. La casa estaba llena de soldados, algunos sentados alrededor y otros adentro. La señora de la casa la miró y de una vez sospechó que seguro era una guerrillera y le dijo:

- Qui'hubo, mijita, usted por qué no se ha ido pa' Bogotá...!Entre ligero!..Por qué la mandó su mamá: por café o por panela...? Pasó como si fuera de la casa; una cuestión de pura coincidencia, de lo que llaman la malicia indígena de los campesinos. La señora le dió un pedazo de panela, un poquito de café y unos platanitos, así como hacen entre los vecinos y le dijo, "mijita váyase ligero, porque usted tiene que irse más tarde para Bogotá." Ella se despidió y salió. Pasó nuevamente por donde el soldado, "bueno...Hasta luego, que esté bien." Y se vino.

Nosotros estábamos al lado de abajito:

- Y, qué le pasó?

- No, hermano, ¡pilas que ahí está es el Ejército!" Estábamos más o menos, a doscientos metros de esa patrulla.

Esa zona se llama "La María", por San Antonio del Pescado; entre Guadalupe y Garzón. Dijo Boris, "cojamos camino abajo, pasamos una roza que hay; y nos quedamos". Al pasar los caminos uno deja guardia; y el que va llegando lo va relevando; va llegando y lo va relevando. Llegó una compañera, relevó y se nos desertó. Dejó el equipo y el fusil y corrió camino abajo. Adelante había una patrulla. La cogieron. La muchacha aventó dónde estábamos. Como a las seis de la tarde, estábamos guindando las hamacas y prendiendo candela para cocinar, cuando ¡blum, blum, blum! se



vino el helicóptero y nos zampó un poco de bombas. Algunos compañeros decían, "hermano, vámonos, es mejor que sigamos andando de noche." Yo les dije, "bajéense de esa idea. Quién se va andar de noche? Ni locos que estuviéramos. Quedémonos aquí y mañana madrugamos." Y eso hicimos. Madrugamos, desayunamos y seguimos. Llegamos a un llano. Por la otra orilla iba bajando una patrulla. Esperamos que bajara, le dimos la vuelta al llano y cogimos el trillo de la patrulla. Bajamos un pedacito, hasta un camino real. En ese camino nos pasamos saltando de raíz en raíz y no dejamos huellas. Nos fuimos. Evadimos todo el operativo militar.

Salimos a una finca llamada Cuba, casualmente por el quebradón del Pescado, en las partes altas de Garzón. Le preguntamos a unos campesinos qué había por ahí y nos dijeron que nada. Yo le dije a uno, "por qué no se va, ¿mano y nos trae un bulto de arracacha; traiganos un bulto de panela y otras cosas que necesitamos." Boris pidió gallinas, para evitarnos el trabajo de pelar una res. Mientras el campesino hacía esas vueltas nos pusimos a bañarnos, a lavar la ropa, alistar leña, que porque esa noche íbamos a hacer comida y tal. Estábamos en esas, cuando viene un compañero y me dice, "en la guardia hay un campesino que necesita hablar con usted". Fui y le recibí un poco de remesa que nos había traído. Le estaba yo encargando otras cosas, grano y chocolate y artículos de tienda -dos compañeros que iban por leña se quedaron oyendo nuestra conversación; la guardia estaba un poco despreocupada-, cuando oí que pegó algo arriba de nosotros, en un árbol bajito: miré que venía a caer una pepa verde, en medio de nosotros... Grité "~~¡una~~ granada!" Y me tiré para atrás. Yo que caigo, estalla y nos prenden a bala. Nos asaltó la tropa. Yo no supe dónde quedé; miré pa' arriba... Sentía caliente todo el cuerpo... Y esa mano de bala ¡tatatatatatá! Cuando volví a reaccionar, como a caer, como a tomar la iniciativa, yo estaba tendido y disparando: no me había dado cuenta a qué horas me bajé el fusil del hombro. Miré para los lados, no miré compañeros, yo me miré solito, ¿mano: no miré los guardias. Yo dije, "estos se fueron corriendo y me dejaron aquí"; entonces pegué el brinco detrás de una piedra. Fui buscando hasta que llegué a la quebrada donde se estaban bañando y les dije a los compañeros, "¡pilas, que nos matan! vamonós." Me tiré al charco, pasé al otro lado, seguí caminando, llegué al rancho; allí estaban las gallinas abandonadas y el chocolate. Cogí dos, tres libras y me fui a buscar mi equipo. Estaba todo regado -como creíamos que no había problema en la zona. Empaqué y ya equipado fui adonde Salomón. Le pregunté,

- ¿Dónde está Boris?

- Yo no sé. De una vez Chalita tomó la iniciativa de cruzar una parte de llano que nos quedaba enfrente y llegar a la montaña. Con unos compañeros se pasó y desde el borde de la montaña nos hacía contención al lado de abajo para nosotros poder pasar el llano. Peleamos un rato hasta que nos salimos todos. Estaba yo ahí, cuando se acercó una de las compañeras que estaba en la guardia,

- Ay compa... Me dijo.

- ¿Qué le pasó?

- Me dieron. Le habían rajado la pierna de un balazo. Ahí nos

mataron el otro compañero de las guardias. Y de otra gente, no sabíamos qué había pasado con ellos. Seguimos loma arriba. Como era algo temprano todavía, al rato vino un helicóptero, rafagueó, tiró un par de bombas y no fué más.

El campesino que estaba hablando conmigo, salió corriendo quebrada abajo. Y se fue para su casa. Al verlo el Ejército, llegó a la casa y la prendió a plomo, creyendo que allí estaba la guerrilla. El campesino abrió la puerta después de la plomacera y tiró una niña muerta al patio. Desde arriba mirábamos que, después, lo llevaban a puntapiés por un llano. Esa tarde nos quedamos en ese monte.

Después nos ubicamos en una región que se llama el Porvenir - parte alta de Garzón- jurisdicción de la Inspección de Guayabal, por los lados del Recreo. Ahí comenzamos a conseguir provisiones. Nuevamente nos contactamos con todos los compañeros.

YO SI SE SI ES

La encerrada que nos hicieron fue después de que mataron a Gloria Amanda Rincón. Ella muere el veintiocho de abril de mil novecientos ochenticuatro. Muere casualmente porque Gustavo (Boris) la manda a explorar ruta, porque no conocíamos la zona; a hablar con algunos amigos, a hacerlos; y ubicar un sitio para acampar esa noche. Nosotros estábamos en una lomita, en la mitad de dos patrullas. Gloria Amanda bajaba con un compañero que llamaba Franklin, muy buen muchacho, de una zona que se llama Ramos, por el Orteguaza medio. Hicieron algunas relaciones y se identificaron como del Eme Diecinueve; ella se identificó como Gloria Amanda Rincón. Dejó algunas gallinas compradas. Entre el personal con el que ella se contactó, había un informante del Ejército. Cuando ella se fue, corrió el señor y avisó que por allí andaba Gloria Amanda Rincón y que "esto, esto, esto y esto. Al regreso de cumplir la misión, una patrulla militar estaba cerca de una de las casas a las que ella arrimó, escondida: cuando la compañera subía la emboscaron. A ella no le dispararon a matar de una, sino a capturarla viva. Le partieron las piernas, aquí y aquí. Ella cayó sentada. Cogió su pistola y disparó hasta que se le acabó la munición. Nosotros escuchamos los disparos y supimos que los compañeros estaban peleando porque se conocían las detonaciones de las pistolas nueve milímetros que ellos llevaban. ellos estaban a unos quince ó veinte minutos del campamento. El Ejército que había en la parte alta, sobre nosotros, trató de maniobrar para impedir que subieran los compañeros, pero se encontraron con que ya estábamos ahí. Eso se inició; más o menos, entre las cuatro y las cuatro y media de la tarde: cuando el Ejército se vino a la carrera por unos llanos abajo, nosotros nos les subimos, tendidos sobre la loma, sobre una morrita; de manera que, cuando el Ejército pisó el plan de la loma, nosotros le reventamos inmediatamente, casi cuerpo a cuerpo con ellos. Se destapó un combate entre soldados y guerrilleros, yo diría que de tres a cuatro metros de distancia de hombre a hombre. Uno iba avanzando, disparando, tirando granadas. La primera vez que nos tocó pelear tan cerca con el Ejército. La nota era que el que se dejara sacar de esa morrita quedaba en desventaja. Nosotros logramos dominar y quedar encima.

Pero en el filo de arriba había Ejército. Allí instaló una ametralladora y disparaba a diestra y siniestra sobre el terreno donde estábamos. Sorteamos la situación. Con nosotros andaban unas compañeras en embarazo; y así peleaban. Entonces se armaron dos combates: el que estaba arriba con nosotros y el que estaba abajo, con Gloria Amanda y Franklin. No sabíamos que pasaba con ellos.

Peleanos hasta que se oscureció. Pasaron algunos helicópteros...Les disparamos...Se retiraron. Llegó la noche. En la parte alta nos mataron dos compañeros: al teniente Juan -venía del Plan, de estar con Capera- y a un muchacho que llamaban Jairo. El nombre propio era Oscar Beltrán. Era hermano mío. El segundo que iba perdiendo en la lucha guerrillera. A ellos los enterramos en la vereda "Los Pinos", jurisdicción de Guadalupe. En la parte de abajo, la balacera pasó. No volvimos a saber nada. Después, por información de los campesinos, nos dimos cuenta cómo había sido la muerte de Gloria Amanda Rincón.

- Que la habían emboscado.
- Que le habían rafagueado las piernas.
- Que ella había disparado su pistola...Después la botó por una loma a un hueco...El otro compañero hizo lo mismo.
- Y la finada llevaba una granada de fragmentación. Ella se hizo la muerta. Se arrimaron dos soldados o tres y un oficial del Ejército, el que dirigía la patrulla, a capturarla: entonces la compañera tenía ya la granada despinada en la mano. Soltó la granada, se acabó de eliminar ella y de paso mató a los soldados y al teniente. El man era un teniente de aquí, de Florencia. El dijo, "yo sí sé si es Gloria Amanda o no... A ella le tocó atravesar una época muy difícil, porque no sabía nada de guerrilla rural. Boris dijo que, así la compañera fuera de Dirección Nacional, tenía que atravesar un período de seis meses en la vida rural; para que aprendiera a manejar el monte, hiciera actividades del guerrillero común, conociera. Y después sería ascendida al puesto que le correspondiera.

A la compañera le tocó hacer rancho; la ponían a cargar la olla, a prestar guardia. La pusieron bajo el mando del compañero Arnulfo Muñoz Cardozo, él era su teniente.

Al principio, era mala para andar. Se cansaba, cargaba poco...Lo normal en una persona de la ciudad. Se le colaboró mucho.

Ella se propuso que en dos meses tenía que ser una combatiente igual a nosotros; convertirse en una guerrillera veterana. Todos los días, a las cinco de la mañana, la compañera se levantaba. Y así nadie hiciera ejercicios, ella trotaba, con el equipo a la espalda, hacía sentadillas, flexiones de pecho, corría. Antes de los dos meses andaba igual a nosotros: caminaba como un verraco, cargaba. Aprendió a diferenciar un trillo de animales de un trillo de personas. A distinguir la lena buena. A los cinco meses comenzó a ascender en la vida militar. Ella murió teniendo el grado de Capitán de la Fuerza Militar, o sea, ya manejaba un pelotón. Se le dió ese grado después de la evaluación que se hizo a raíz de la toma de Florencia.

Nosotros la estimábamos mucho. Tenía una buena habilidad y una buena manera de tratar a las campesinas. Se le facilitaba mucho exponer el pensamiento del Eme Diecinueve. Y combatía igual que nosotros, en cualquier posición, donde le tocara. Salía a

comisiones con una escuadra o dos. Al final era un mando. Ya hacía parte de la dirección de la compañía.

Gloria Amanda Rincón, junto con Gerardo Lozada y otros compañeros, fueron los primeros que en el Caquetá se contactaron con el Eme Diecinueve. Antes que todos nosotros. Cuando Boris vino con los fusiles del Cantón Norte, con los únicos que se encontró fue con ellos. De manera que cuando ella subió después, al campamento, ya se conocía con Boris. Tanto, que él la identificó en la toma de la Embajada por algún detalle.

BAJO DE LOS CIELOS

Siguieron una serie de enfrentamientos y de paso, una serie de hechos. Con nosotros andaba el finado Hubert, que era capitán de la Fuerza Militar. lo mandamos a hacer algunas diligencias por la Inspección de Guayabal, por San Antonio del Pescado.

Bajaba en bestia, pasaba por donde estaban las patrullas, hablaba, incluso, con los soldados. Se camuflaba como ganadero y siempre andaba armado con un revólver.

Resulta que un día cualquiera, salió en comisión con otro muchacho. Llegaron a una casa; y como no consiguió bestia para los dos, dejó al compañero y bajó solo. Alguien lo delató. A la devuelta, en Guayabal había una unidad militar. El se bajó a comprar algo en una tienda; inmediatamente se le acercaron, un teniente y dos soldados. No lo fueron a detener, sino que, de una vez, le zamparon un rafagazo; conforme le dispararon, él sacó el revólver y pin le pegó un tiro a un soldado en la cabeza. Se abrió a tiros y se avalanzó sobre un cabo a quitarle el fusil. Dicen que prácticamente ya se lo estaba quitando, cuando otro soldado le disparó y dañó el proveedor y la caja de los mecanismos del arma. El ya se miró completamente mal y salió corriendo. Avanzó unos trescientos metros y cayó prácticamente ya muerto: lo acabaron de eliminar en el cafetal. Su nombre era Reinaldo Capera.

Nosotros logramos despertar una concepción al interior de la guerrilla: ningún hombre del Eme Diecinueve se entregaba, ni se rendía. Había que pelear hasta vencer o morir: Aquí se pelea y se gana o se muere; pero nadie se deja detener vivo. Porque era ser víctima de la tortura, los oprobios y los malos tratos que se han dado por parte de las instituciones de seguridad, a la guerrilla. Lo mejor era morir combatiendo.

Seguimos hacia los lados del Paraíso. El Ejército siguió hostigando. Entonces nos pasamos la cordillera. Ya sonaban a nivel nacional los comentarios de la tregua y el diálogo, que el Eme Diecinueve iba a firmar una tregua, que nos íbamos a convertir en un movimiento político. Pero nosotros no sabíamos en realidad cómo iba la negociación.

Nos pasamos hacia el Caquetá. Llegamos a "Piedras Gordas". En esa región había unidades militares. Nos pasamos por en medio de las patrullas, de noche, por quebradas. Y nuevamente hicimos "la oreja": nos pasamos la cordillera; estuvimos unos ocho días, nos aprovisionamos y regresamos al Huila. Reventamos al norte de Garzón, por Zuluaga, a la quebrada de "la Majo". Bajamos hasta ubicarnos cerca a la inspección de "Tresesquinas". De ahí salió Boris, porque estábamos perdidos de contacto a nivel nacional.

Después mandó un casete manifestando que teníamos que salir a Hobo, a firmar la tregua; que la tregua era en tal fecha; que consiguiéramos carros.

Nosotros enviamos unos aserradores a que nos exploraran la ruta para salir a "Tresesquinas", pero que no fueran a decir dónde estábamos. Ellos bajaron y hablaron con los profesores, con la Junta comunal y les dijeron que ahí estaba la guerrilla y que prestaran guardia mientras bajaba -porque cerca de ahí había un puesto de carabineros, la base de Silvania.

Bajamos a Tresesquinas, común y corriente. Boris no se encontraba y la expectativa de toda la gente era por su presencia. Germán Rojas no era muy conocido. Ahí nos quedamos esa noche, en la escuela. Al otro día nos fuimos, más o menos a las diez u once de la mañana, para Hobo.

En el Estado Mayor acordamos que todos íbamos a decir que Boris estaba ahí: pero que por razones de seguridad, lo teníamos camuflado entre la gente; que estaba entre nosotros. Eso era como Dios: "Está entre nosotros pero nadie lo ve". Y le dijimos a los compañeros que todo aquel que preguntara por Boris, le dijera que hablara directamente con nosotros, porque era un tema muy delicado. Todo esto porque existía la duda de que Boris pudiera llegar a Hobo; y Raulito tenía que sortear esta situación junto con Otty Patiño, que estaba ahí; y Chalita, el finado Helvecio Ruiz, René Ramos.

El día de la firma de la tregua, nosotros bajamos de Tres esquinas y nos metimos al Hobo, a la casa cural. Antes de llegar se escuchó por radio que a Carlos Pizarro le habían hecho un atentado, en Florida (Valle); se paró la caravana, se impartieron algunas instrucciones, se hizo un comentario y continuamos la marcha hacia la firma de la tregua.

Ya en Hobo, llegó Boris. Bajó de los cielos, en helicóptero. Y dijo que, por encima de lo que fuera, la tregua se firmaba. A través de una emisora habló con Iván Marino y él dió la orientación de firmar. Se firmó la tregua a las tres de la tarde. Más o menos a las cinco de la tarde, estaba llegando la otra comisión que había quedado despelotada en la toma de Florencia, la de Elías. El hizo la toma de Acevedo, se consiguió una camioneta, la carpó y se metió con su gente hasta Algeciras. Se tomó el pueblo. Entonces por Algeciras había patrullas controlando las salidas. Al manifestarse que por esa zona había gente del Eme Diecinueve que debía venir a Hobo, la Brigada retiró esas patrullas, permitió el paso de los compañeros; ellos cogieron y bajaron y llegaron. Elías ya andaba con quince o dieciocho compañeros, había logrado supervivir, sortear la situación, armar la gente. Estaba cumpliendo con lo que se había encargado: donde estuviera un hombre del Eme Diecinueve tenía que nacer el Eme Diecinueve". Había abierto un espacio político en Algeciras.

En Hobo duramos como tres días, rumbeando y patrullando el pueblo. Por primera vez nos tocó hacer de guardianes del orden público. Porque las autoridades del pueblo habían dicho que "allí no se podía tomar ni bailar porque era un problema. Se nos tiró la pelota: y Boris dijo, que todo el mundo bailara y tomara, que el Eme Diecinueve respondía por el orden público.

Los que manejábamos la Fuerza Militar, Salomón, yo y otros.

tuvimos la iniciativa de patrullar de noche la ciudad. Entonces yo lo hacía de las ocho o diez de la noche a las dos o tres de la mañana; luego Salomón con otra escuadra patrullaba el resto, hasta que amanecía.

Ahí sucedieron cosas muy chistosas: el director de la cárcel soltó los presos, dizque porque el Eme Dieicinueve iba a responder. Los presos se pusieron a tomar trago. Al otro día preguntándonos por los presos el tipo, que teníamos qué responder. Boris dijo que él no había dado la orden. De pronto vino alguien a informar de unos borrachos que había por ahí. Salomón se fue en una volqueta. Allí estaban los presos borrachos y contentos. Los cogieron nuevamente y otra vez a la cárcel.

El Alcalde era un señor gordo que colaboró mucho. Todos los días se hablaba con el Gobernador para manifestar cómo estaba la situación. Nosotros teníamos la orientación de estarnos seis días. Se abrió una oficina de reclutamiento. Me pusieron a mí con el finado Helvecio de responsables. Como él era más carretudo que yo, lo puse a que explicara el reglamento de la Fuerza Militar. Y cuando ya me tuviera la gente preparada, yo iba y aprobaba o no la ingresada. Cada nada venía y me decía: "Ya le tengo cincuenta listos". Yo iba y les preguntaba cómo les parecía la cosa. Les comentaba en una forma muy catastrófica la situación guerrillera, con el objetivo de que la gente no se fuera con nosotros, porque no teníamos cómo sostenerlos ni cómo armarlos. Pero en ese ambiente, todo el mundo era a irse.

Pero dijeron que estábamos impidiendo mucho el tráfico -yo, a todos los buses que venían del Caquetá, me les encaramaba a saludar los amigos y a repartir propaganda. Repartíamos cinco mil ejemplares diarios del boletín en todos los vehículos y hablábamos con la gente: que éramos del Eme Dieicinueve, que estábamos en tregua; y todos los pasajeros nos aplaudían y nos pedían propaganda. Para evitar incidentes, nuevamente nos fuimos para "Tres esquinas". Allá estuvimos los otros tres días. Y ya nos vinimos a lo que llamaban la "Hora Cero". Se terminaba el tiempo de firma de la tregua y nos regresábamos a montar unos campamentos de paz, cerca de algunos pueblos. La salida de Hobo se hizo con ceremonia en la alcaldía. Boris hizo una intervención; discursos van, discursos vienen.

A la salida del pueblo, como todos sabían que nos íbamos y no volvíamos, se presentaban cosas muy chistosas: las mamás teniendo las hijas, peloterías en la calle, unas llorando porque "se me fué un hijo", las hijas peleando con la mamá, agarradas de los carros...Era toda una película.

Nos fuimos. Llegamos a "Tres esquinas". Al otro día, salimos a ubicarnos en un campamento.

Allí nos distribuyeron por compañías. A mí me entregaron el mando de una; a Salomón el de otra; y así por el estilo.

Se comenzó a decir que había que sacar una comisión para el Caquetá. Y que yo me viniera al frente de ella, para sacar unas armas que había encaletadas. Que me viniera con "Tresdobles" (Alirio). Yo no quería venirme pues estaba como medio amañadongo en el Huila. En el campamento de paz entraba mucha gente y uno vivía como más descansadito. Entonces hablé con el compa Raúl y con Salomón cómo era posible que yo, que ya era un Mayor, me viniera al mando de una comisión. Que Alirio era otro Mayor y era

el que conocia las caletas: pues que viniera él con la gente asignada; para qué los dos. Empujaron a "TresDobleces" para el Caquetá, como con cincuenta o sesenta compañeros y unas pocas armas.

Como se presentó un problema con los papás de los muchachos de Hobo, que dijeron que nos los habíamos llevado sin permiso y que los devolviéramos, se organizó la vaina política y fue cuando mandaron a René Ramos pa' Neiva como con unos treinta muchachos. Se organizó la comisión de diálogo al mando de René...

A Boris, Raúl, Otty, Chalita, les llegó la razón de que se fueran para una reunión en San Pedro, Cauca. Recuerdo que apareció un helicóptero y se los llevó.

### LAMENTAMOS EL INCIDENTE

Al mando de la gente del Frente Sur quedó Salomón. Mi persona, segundo al mando. Y Gustavo (Elias), el tercero al mando.

Nos cambiamos de sitio. Hicimos un campamento en un palmar muy bonito. Y comenzamos a darle instrucción al personal: manejo de armas, preparación política. Pero resulta que el Ejército comenzó a adelantar una ofensiva contra nosotros. Un día amaneció la zona llena de Ejército; y patrullas moviéndose en busca de asaltarnos. Nosotros nos movimos, evitando el enfrentamiento, rumbo hacia Algeciras. El Ejército nos acosó, nos acosó, hasta que tuvimos que hacerle frente. Combatimos toda una tarde, como hasta las ocho o nueve de la noche. Eso originó que tuviéramos que enterrarnos en la montaña. Nos metimos hacia la selva y nuevamente salimos a las partes altas de Algeciras, a una región llamada "El Toro". Allí nos instalamos en "Campo Manguera". Logramos hacer contacto de nuevo con los compas de la ciudad.

Ahí nos llegó la razón de que nos fuéramos acercando hacia las carreteras. Porque muy seguramente había que trasladarnos para el Cauca. Nosotros estábamos esperando a Alirio. No llegó.

Recibimos la orden de que nos fuéramos. Nos ubicamos en una región llamada "Las Vueltas", parte alta de Gigante, Huila. Por esa zona hicimos amigos, nos colaboraron mucho. Era área de influencia de las FARC, Segundo Frente. Tenían organizados sus comandos, sus autodefensas, células del Partido. Gracias a ellos no fuimos detectados: nos colaboraban en la seguridad, nos daban información.

Subió Raulito a Las Vueltas. Nos toco embarcarnos en unos camiones y ¡para el Cauca!

Nos montamos en dos camiones, una moto -que iba adelante, de exploración-, dos jeeps: cinco vehículos.

La moto, y un jeep con compañeros, entre ellos Germán Rojas; iban de exploración; todos legales, civiles. A continuación Gustavo, vestido de militar, con unos compañeros, sin equipos. Enseguida un camión, al mando del finado Helvecio Ruiz -Guillermo- y de mi persona: éramos los jefes de ese combo, como cuarenta y cinco compañeros. Yo iba en la cabina -me hicieron afeitar y ponerme un poncho para tapar el fusil y las fornituras- con una compañera, para pasar como una pareja. Después iba otro camión con el resto, al mando de Salomón.

Llegamos sin ningún problema hasta La Plata, Huila. Entramos al pueblo como a las tres de la mañana y desde lejos, yo miré bien

adelante a la policia, estaba en la calle. Llegaron los de la moto y los pararon. Mientras eso, se pasaron el carrito de Raúl y el de Elías; al mio, los manes vinieron a hacerle el "pare". Le dije al conductor, "doble a la derecha", por una calle inmediata, "siga unas tres cuadras y suba nuevamente para coger la salida al Cauca". Yo no sabia por dónde era, pero tenía idea; giramos y ya íbamos en la mitad de la cuadra, cuando nos salió la policia en la esquina, adelante. Nos hicieron el pare. Nos apuntaban con las Emeuno. Nosotros llevábamos santo y seña con los compañeros de la parte de atrás: era darle unos golpes a la cabina, para que se tiraran al suelo, porque seguramente pasaba algo raro. Le di los golpes y los compañeros no me oyeron; entonces inmediatamente me bajé y le hablé a los policías... "Quihubo, mano, entonces qué..." Di la vuelta y me fui a llamar los compañeros, a la parte trasera; levanté la carpa y les dije, "¡el Ejército! ¡a tierra!" De una vez se avienta el morocho David y todos los demás. Salomón ya estaba parado detrás y le dije, "voltee pa' abajo" y cuando le estaba avisando a la gente del último camión, se armó la balacera en esa esquina. Se dió un choque innecesario porque no pudimos maniobrar. La gente nueva que no había oído tiros, se me despelotó: corrían esos muchachos y yo detrás, "esperen, que no corran, que no pasa nada..." ¡Que va! la gente azarada, en desbandada por esas calles. Por fin logré reunirlos. Los camiones quedaron por allá. Yo dejé mi equipo abandonado. Concentré unos quince de los nuevos; y dije, "me metí en la verraca". Por allá sonaban los tiros. Les dije "salgamos aquí derecho", buscando la ruta de salida para el Cauca. La gente del pueblo se levantó, abrió las ventanas y yo comencé a echarles política, "compañeros, somos del Eme Diecinueve. No venimos a tomarnos el pueblo ni mucho menos: vamos de paso. Lo que pasa es que la policia salió a detenernos y no podemos dejarnos. Lamentamos el incidente." La gente iba entendiendo. Ibamos caminando cuando me encontré con Raúl, parado en la carretera. Me preguntó por lo sucedido y le conté. Entonces decidió mandar uno de los carros a traer la gente.

El conductor del otro jeep iba en pijama porque estaba recién operado. Ese señor estaba más asustado, "yo no sigo más." Al ratico llegaron todos y los camiones.

Yo miré entre un garaje una camioneta, como una "trescincuenta" y le dije a un compañero: "golpea en esa casa y dígame al conductor que necesitamos ese vehículo para retirarnos de acá". Resulta que el dueño de la casa se estaba asomando por la ventana y me gritó, - ¡Quihubo, compa Robert! Qué necesita.

- Pues el carro.  
- Luego no le he dicho que está a la orden? yo por eso estuve en el Hobo y le dejé mis datos. El tipo bajó, sacó su vehículo, montamos a los compañeros que quedaron sin carro y nos fuimos con Raulito en la cabina.

Ibamos de punta. Decían que debíamos apurarlo porque adelante, en el sitio "Valencia", había una base militar y no se sabía. Pasamos por el tal Valencia. Llegamos a "Guadualejo", un sitio donde se encuentran la carretera que viene de Popayán, con la que va para Belalcázar. Allí nos quedamos sin gasolina. Le dijimos a los conductores de las "líneas", que estaban por salir, que nos vendieran el combustible. Nos la vendieron -esa gente no pudo



viajar ese día. Seguimos.

Llegamos a una comunidad Páez que se llama "La Mesa de Togaima". ahí nos bajamos. Allí era conocido el finado Helvecio porque había estado con Navarro, con la Chiqui, con Pabón, con toda una gente, abriendo el trabajo político de las móviles del Cauca. Encontramos compañeros del Quintín Lame. Había la idea de hacer una convivencia con ellos; y de darles una escuela. Se estaba desarrollando la escuela de Yarumales, adonde teníamos que llegar.

### EL FAMOSO YARUMALES

De ahí pa' allá nos tocó una volienda de pata la hijuemadre. Nos gastamos entre diez y doce días para llegar, desde el sitio de partida en el Huila. Pasando por el Cabuyo, Mosoco, páramo de Moras -todo Tierradentro-, Jambaló. En Jambaló cogimos una camioneta donde echamos todos los equipos; y nosotros corriendo detrás, con el fusil. Pasamos por Barondillo, por San Francisco. Allí los del Quintín Lame, unos veinticinco compañeros, escucharon la noticia de que a Yarumales estaban dándole morteros y bombas en aviones y esos vergajos no siguieron más. Se devolvieron.

Donde había policía o Ejército, desviábamos hacia las partes altas. Hasta que llegamos al famoso "Yarumales". Y encontramos que había un operativo militar el verraco: nosotros no estábamos preparados para ese nivel de guerra. La gente del Sur no sabía hacer trincheras. No estábamos enseñados a vivir como los armadillos, entre cuevas. "Pozo de tiradores," "zanjas de comunicaciones", "refugios". Eran palabras nuevas para nosotros, los del Sur.

Por fuera de Yarumales nos encontramos a Libardo Parra, que lo habían mandado a que estuviera pendiente de la llegada de nosotros. Fue y nos contactó. Y ya dijo, "bueno, hay que entrar por este filo; pero por la parte alta, está el Ejército." Al otro día, chocamos. Se pelió todo ese día y toda esa noche. Al otro día, más o menos a las seis de la mañana, se había logrado dominar esa unidad militar y nosotros pasamos. Bajamos poco a poco, hasta unirnos a la gente de Yarumales. Yo no conocía a Pizarro; yo no conocía a Fayad.

En la batalla estaban unos compañeros que, decían, eran unos expertos, habían estado en Cuba, en Libia y otras partes; y eran los que manejaban el carrito del "pozo de tirador" y la bomba "climor".

Nosotros llegamos a comienzos de diciembre. Nos tocó pasar navidad en esas cuevas. ahí fue donde aprendí, en pleno combate, a hacer fortificaciones.

Yo nunca había oído tanto mortero, junto con cañonazos de las tanquetas, las "punto cincuenta". Eso era una guerra la verraca, para la cual no estábamos preparados. Nosotros estábamos enseñados a pelear en lo limpio, un rato y luego nos íbamos. aquí nos tocó asentarnos en un sitio; hacer una especie de "defensa de posiciones".

Con la gente que teníamos nosotros, más de cien, logramos ampliar el terreno y reforzar las unidades en hombres y en armas: porque nosotros llevábamos unos setenta u ochenta fusiles. El

terreno era un filo quebrado, muy frío, cerca del páramo. Ese cambio de clima nos golpeaba. La comida era muy racionada: se aguantaba hambre como un verraco. Nosotros llevábamos unas gachas grandotas. En una de las que comíamos nosotros le sacaban la comida a diez compañeros. Eso fue para nosotros un cambio el berriondo.

A mí me pasaron de segundo al mando de una compañía que comandaba Felipe, Rafael Camargo. En esa compañía fue donde más gente murió, porque quedaba de frente a los morteros, de frente a las tanquetas. Esas granadas de morteros caían y quemaban el pasto, cortaban los árboles. Mandaban hasta seis morterazos de un solo guascazo. En un solo día caían más de doscientos. Compañero que veían moverse le disparaban con la "punto cincuenta" o la "punto treinta." No se podía casi hacer de comer porque donde salía humo ponían un morterazo, donde miraban luz le zampaban su rafagazo. Se dormía por turnos, en las cuevas; la mitad de la unidad prestaba guardia y la otra mitad dormía hasta la medianoche; y entonces se relevaban, porque el Ejército avanzaba a tratar de matar la gente en la trinchera, en una lucha casi cuerpo a cuerpo. Eso obligó a colocar muchas trampas-púas vietnamitas y minados como arroz. Y el Ejército tenía perros que cortaban los cables, a veces desactivaban los caza-bobos. Lo que más daño hizo fue las trampas. Los combates que se daban por las partes altas eran supremamente encarnizados. Las Fuerzas especiales contraatacaron con unos asaltos, entre esos el asalto a San Pablo.

La entrada de los viveres la hacían los campesinos, de noche; y nosotros también sacábamos de noche unidades guerrilleras a hablar con la gente y a entrar algunas provisiones. El sostenimiento de la munición lo hizo el pueblo; las comunidades la entraban.

Fue la batalla más larga que haya tenido el Eme Diecinueve en un solo sitio: veintidós o veintitrés días de combates, por primera vez en la historia del país.

Entre los heridos recuerdo a un compañero Arcadio, que le pegaron un tiro en el estómago y tuvieron que operarlo a sangre fría, amarrado, entre una cueva que teníamos como hospital. No había otra alternativa porque tenía el intestino dañado y podía morir de peritonitis. No había sangre para transfusión. Como estaba joven, de pronto resistía la operación. Hasta donde yo sé, todavía está vivo. Después entró la Cruz Roja y lo sacó junto a los otros heridos, cuando se logró distensionar el conflicto y negociamos el traslado a los Robles. Comenzó a llegar cada nada el Gobierno y Navarro; en helicóptero llegó John agudelo Ríos y los demás miembros de la Comisión Verificadora y se comenzó a renegociar la situación. Ahí duramos casi un mes.

SE TORCIERON SEGURAMENTE

Yo siempre había sido un jefe militar de tropa. Cuando nos pasamos a los Robles, Pizarro y Fayad me encargaron de la Intendencia: me dieron una plata para que me fuera a comprar unos plátanos. Con Rodrigo Pérez manejábamos toda la logística del campamento y de la Novena Conferencia que se celebró. Me la pasaba en un caballo para arriba y para abajo, compre panes,

entre remesa...No, 'mano, eso era un gallo; no me gustó ese nuevo cargo. Lo que me gustaba era ser mando de tropa. En la evaluación que hacían para el ascenso le dije a Navarro, a Iván Marino y a Pizarro que me quitaran la logística; que para comprar papa y yuca, lo hacía en mi casa; que me sacaran de eso, o me venía para el Sur a trabajar. Que mi papá había sido cebollero y mi objetivo no era seguir como él. Me dieron el grado de Teniente Coronel de la Fuerza Militar del Eme Dieicinove...Ahí en los Robles se citó a la Novena Conferencia y se iba a hacer un Congreso por la Democracia.

En ese Congreso iban a participar todos los sectores políticos: liberales, conservadores y muchas personalidades del país, para buscarle una salida al conflicto. Iban a venir observadores de veinte países. Nosotros conseguimos un buldozer con el que se hicieron unas explanaciones, en un sitio llamado Las Dantas, cerca al río Desbaratado, límites entre Valle y Cauca...Dimos los contratos a la comunidad para las construcciones. Hicimos baños, letrinas, duchas; hicimos unas casonas para alojar trescientos cincuenta personas cada una, con camarotes y colchonetas...

Todo eso se estaba haciendo con el visto bueno del Ministro de Gobierno y de Belisario. Cuando de pronto, se torcieron seguramente, adelantaron una ofensiva contra nosotros y toco recoger todo. El Gobierno volvió a incumplirnos. No se pudo celebrar el Gran Diálogo Nacional.

DIJO QUE ROMPIA RELACIONES

Lo cierto fue que allí se conformó el primer Batallón del Eme Dieicinove. Inicialmente no hubo un buen empalme entre los compañeros de occidente, los expertos en manejar el pozo de tiradores y los que íbamos del Sur. Eso creó una serie de roces, que poco a poco se fueron arreglando. Pero algunos comenzaron a desanimarse. Muchos pidieron la salida. Otros querían que nos volviéramos para el sur. A los mandos del Sur se nos creó una situación difícil, porque los compas nos pedían regresar, pero la necesidad era mantenernos concentrados, ya que se había hecho realidad la fuerza.

Quien quedó al mando de la Fuerza Militar rural fue Boris. Al otro día de recibir el mando, me nombró jefe de personal del Batallón. Ya tenía yo que manejar hojas de vida, número de armas, relaciones. Se distribuyeron las compañías: Felipe al mando de una y segundo al mando Elías. Allí iba Boris, como comandante del Batallón. Otra compañía al mando de Mario, Carlos Ramon Gonzalez; otra con Nicolás "Padremio", Carlos Erazo. Pizarro se vino para la ciudad. Fayad e Iván Marino se distribuyeron tareas. Navarro salió a encabezar el Diálogo Nacional. Los urbanos y algunos compañeros de la Fuerza Militar salieron a instalar campamentos de paz. Y nosotros quedamos por allá en esos páramos, aguantando frío.

Yo no los conocía. Era tiempo de verano cuando subimos por primera vez a un páramo: muy bonito, unas lagunas muy bellas, frailejón. Comenzamos a andar y el Ejército a perseguirnos. Empezaron los enfrentamientos; cada rato emboscadas, balaceras, muertos y heridos. A eso se le sumó lo que pasaba en Cali, el

atentado a Navarro. Entonces ya el Eme Diecinueve dijo que rompía relaciones con el Gobierno y se lanzaba en una ofensiva a nivel nacional. Nosotros estábamos en las alturas de Ginebra (Valle) cuando se conoció esta decisión. Entonces Boris dijo que había que pelear, sin más cuentos.

Libardo Parra iba al mando de una compañía; y ese fue el que tumbó un helicóptero y le quitó las metras y capturó unos soldados como prisioneros de guerra. Mientras Libardo hacía eso por la parte alta de la cordillera, con Boris nos metimos al Plan del Valle. Dejamos a Elías haciendo unas escuelas con unos compañeros llegados de la ciudad y los que habíamos reclutado recientemente, en una región llamada "Novilleras", por el Castillo, cerca a Ginebra -por la finca el Paraíso, la de "la María". Bajamos, cogimos por esas haciendas hasta salir a una inspección llamada las Guacas. Por esos lados se armó una pelotera que llamamos "el combate del recreo." Yo no llevaba mando de tropa, pero tomé la iniciativa de ayudar a dirigir la gente en la vanguardia; recuperamos algunos fusiles y otras cosas...Retiramos la gente.

Luego, en una reunión que se hizo en Tenjo, donde participó Elías, Felipe, la finada María Fernanda (Gladys López) que era la compañera de Boris, decidieron nombrarme segundo al mando de la compañía.

La gente que nos vió por ahí avisó a la policía. Mandaron unos agentes vestidos de civil, a buscarnos. Cuando llegaron a los puestos de guardia, nos informaron que unos muchachos de la policía querían hablar con nosotros. Boris me mandó con Felipe a conversar. Nos pidieron que no los fuéramos a asaltar, que estaban muy mal armados; que esas carabinitas que tenían eran unas caucheritas...Les dijimos que tranquilos, no andábamos en esa tónica. Solo íbamos por ahí de paso. Nos tramaron con ese cuento...Al otro día el Ejército nos despertó a morterazos.

Después de esa balacera en San antonio de las Guacas, Boris dijo que siguiéramos por el Plan. Boris me mandó con "mi tío", un cucho de unos cuarenta y cinco años que habíamos reclutado, a explorar. Nos afeitamos, nos vestimos de civil, arma corta y nos fuimos a andar por esos cañales. A hablar con la gente y a "buscar trabajo". Arrimamos a una hacienda de la universidad del Valle, donde tenían ganado. Pedimos hablar con el administrador. Andabamos buscando un sitio donde montar una emboscada bien bajito, entre esos cañaduzales: lo encontramos.

Bajamos toda la compañía de noche y nos emboscamos en un sitio dentro del ingenio Pichichi, sobre una carretera. Yo le dije a los compañeros, "dejemos gente por la parte de atrás porque nos pueden asaltar"; dijeron que no había necesidad. Nos hicieron emboscar a todos en la misma línea. Cuando pasaban trabajadores, los compañeros indisciplinados los llamaban para encargar cigarrillos, dulces y pendejadas. Gente armada, extraña al lugar...Por ahí cerca al río Guabas.

Iba a ser la una de la tarde, cuando nos reunimos, Gustavo, Boris y yo a evaluar la situación, porque al parecer éramos detectados: unos carros habían ido hasta un punto y se habían devuelto. Estábamos organizando para salirnos, cuando bajó un compañero, pálido, con el cuento de que ahí venía la tropa, ahí venía el Ejército, por detrás nuestro. Se armó la balacera y no hubo

tiempo de más nada... Todo un combate; peleamos... Nos fuimos retirando... Perdimos varios compañeros... Salimos despelotados como en cuatro o cinco grupos... Como había puntos de referencia, nos volvimos a concentrar. recogimos a Elias.

Le llegó la orden a Boris de que se volviera para el Cauca. Boris dijo que sin plata ni nada, no se regresaba. Y decidió preparar la toma de Armenia. Se apoyó en Guayabita y en otros compas del Quindío.

A mí me mandó a pie por las regiones de "Colosal" y Zarzal; por la carretera de la "Alambrada". Tres, cuatro, cinco horas a pie, con el fusil entre un costal y Helen, con una pistola y un radio para estarnos comunicando. Y ellos por ahí, en las fincas.

Los urbanos dijeron que por la zona había rastros para emboscadas. Yo fui a verificar: ¡eso eran puros llanos! No había rastros ni nada parecido. Yo le decía a Boris que nos tomáramos Ceilán, otro municipio. Y él con la terquedad, que no, que no y que no. En esos días volvió a llegarle la orden a Boris: que se fuera para Cali, a una reunión de Dirección Nacional. Boris dijo que esperaran hasta que nos tomáramos a Armenia.

DE UNA VEZ LOS APARO

Yo llegué a San Francisco Cauca. Allí se estaba conformando el Batallón AMERICA.

A Chalitas le habían delegado la misión del trabajo de masas, campesino, o sea hacer comandos, redes de apoyo a la guerrilla, caletas. Ahí me encontré con toda la gente: Pizarro, Boris, Fayad, Libardo Parra, Elias, Alirio. Por esos días se había roto la convivencia con el grupo Ricardo Franco, a raíz de los problemas con ellos, porque habían comenzado a matar sus propios combatientes.

Por primera vez nos comenzamos a mover como una sola unidad; con cerca de cuatrocientos hombres. Ese era el combo con el que andábamos; y todo el mundo armado. Nos fuimos a andar. Pasamos por Barúndillo. Llegamos cerca a Jambaló. Ahí celebramos la <sup>navidad y el año nuevo.</sup> Seguimos hasta el páramo de las Marías. Ahí por primera vez el Eme Diecinueve se puso a arreglar el armamento: corregir órganos de puntería, ensayar los fusiles, hacer polígono. Poner el armamento listo para el combate porque íbamos a adelantar una ofensiva militar.

El Batallón América era: primero, la concentración de todo el Eme Diecinueve; segundo, la integración de todas las guerrillas de América que quisieran participar: había gente del "Tupac-Amarú" del Perú, del "Alfaro Vive Carajo" del Ecuador; había guerrilleros de Bolivia y de Venezuela que habían manifestado querer participar; se estaban haciendo conexiones con guerrilleros de Centroamérica.

El Batallón América cogió una dimensión que era como la materialización del pensamiento de Bolívar. Nosotros éramos sus continuadores. Manejábamos la concepción de que en América no debían existir fronteras, porque era un solo continente y todos éramos latinos. Teníamos los mismos problemas. Entonces lo que se hacía necesario era construir un Ejército grande y poderoso; y liberar, en primer paso, a Colombia, para luego liberar el resto

de naciones. Entonces habia que fortalecer la guerrilla colombiana con guerrilla de todos los países hermanos, para conformar el Ejército Bolivariano en marcha.

Allí se planificó la campaña "Paso de Vencedores". Debía comenzar con la toma de Silvia y seguir una ofensiva hacia el Valle. Pizarro dijo que "hasta llegar a Cali"... "A pelear, a recuperar armamento, a enfrentar el Ejército como debería hacerlo la guerrilla en este país". Se impuso una dinámica distinta de combate. Como yo estaba recién operado -apenas tenía dos meses- me fueron a dar dizque una pistola. Yo le dije a Pizarro, "el día que Robert no pueda con el fusil, ese día me voy del Eme Diecinueve." Me dieron un Emedieciséis. Y el mando de los "Quintines": todos los indígenas. El segundo al mando sería Milton, un compañero capitán o Mayor.

Manejar esa gente era un "gallo". Y peor todos juntos en una sola unidad. Solo no los podía lidiar: uno, porque es una cultura diferente; dos, porque no obedecían; uno les decía "no se puede prender candéla" y ellos lo hacían, porque al indio por lo general le gusta la candela... "Retirensen del fogón": más se amontonaban. Hablaban en su lengua y uno quedaba gringo. Creo que ni ellos me entendían ni yo los podía entender.

Llegamos al cañón de la Campana, parte alta de Silvia. Allí vive una comunidad indígena de Guambianos. Yo les propuse a los mandos que repartiéramos los indígenas en todas las unidades. Dijeron que bueno.

Se decidió la toma de Silvia. A mí me correspondía montar un retén entre Jambaló y Silvia: un retén fuerte, para que no pasara la tropa. Alirio le correspondía otro, a "Padremío": Allí iba a entrar Pizarro, Boris y algotros compañeros.

La unidad se quedó en el Cañón de la Campana. Y yo me fui a explorar con los otros compañeros. Me metí por todo eso de Guambia, por esa comunidad, pero no me paré en las casas a hablar con los indígenas. Otros compañeros se fueron a explorar otro rato y se pusieron puay a echar paja con los indígenas. Entonces los capturaron, porque eran gente extraña, no sabían quiénes eran. Se les fueron amontonando indígenas y hábleles y hábleles y pregúntenle y pregúntenle. Cuando menos pensaron, ¡tan! hermano, les sacaron las armas y los cogieron. Eso fue ligerito que los capturaron.

Yo seguí derecho, derecho para los lados de Jambaló. Como a los dos días ya, de explorar los sitios donde me iba a ubicar, vine y me encontré con ese incidente: "Que vea que los indígenas... Esto y esto". Ya la gente estaba pilosa; porque por ahí, los indígenas tipo desconocido que se mete, lo cogen y si no es del agrado de ellos, pues lo desaparecen. Lo matan a piedra o a garrote. Puay habían matado unos policías a garrote.

Ellos se tendían señales. Del sector donde estábamos nosotros acampados, bajaron los ganados y todo. Se ponían señales en humo, con cachos. Se controlaban entre todos.

Yo me retiré con una unidad de setenta hombres: treinticinco hombres llevaba Alirio y treinticinco hombres llevaba yo, pero mientras marchábamos juntos, yo era el mando de tropa; donde yo me quedara, de ahí para allá seguía Alirio con sus compañeros. A mí me correspondía ayudarle a buscar a Alirio un carro, un vehículo donde se trasladara con los compañeros. Nosotros

llegamos a la Y donde coge para Mosoco y donde cogía para Silvia. Caminamos un pedazo y nos metimos a una región que se llama "Méndez". Tenía que venir un camión a cargar a los compañeros. Ahí nos dimos cuenta que, en el sitio donde se iba a hacer Alirio, había Ejército. No se podía ir para allá. Entonces comenzamos a pensar cómo íbamos a maniobrar, él y mi persona. A Méndez nosotros llegamos de noche, lavaditos; y nos acampamos. Al otro día, por ahí a las... Yo creo que eran las once de la mañana, o doce: en todo caso, ahí nos cayó el Ejército. Y ahí se armó una balacera. Nosotros logramos recuperar ahí catorce fusiles... No catorce no: dieciocho fusiles recogimos, ahí en Méndez.

El pelotón que más pelió fue el de Alirio; porque el grupo mío, apenas oyeron los tiros esos Quintines, unos salieron para arriba, otros para abajo, el compañero Milton era llámelos, ¡grítelos! y eso no paraban bolas.

Yo me di cuenta que el Ejército venía: unos campesinos gritaban, chillaban, que

- Compañeros, mire que ahí viene el Ejército, que
- Virgen Santísima, que
- Qué hacemos.

Alirio tenía la gente formada. Los mandos del pelotón de Alirio eran Libardo, o sea, Norberto Córdoba; y la mujer de Alirio, Janeth, que era capitán. Yo les dije,

- Mire hermano, pilas que ahí viene el Ejército.
- Por dónde viene.

- Aquí, a cien metros. Ya iba llegando un camión, hermano. Y entonces, de una vez, todo el mundo tiró equipos y salieron desbandados. Yo no sé cómo no nos vió el Ejército: Alirio tenía la gente en el puro llano, en formación. Yo me pasé por el frente de las casas, con fusil y todo, a la carrera, a avisarle a los otros; y ellos venían ahí no más, ¡seguro venían embelesados! Pues prácticamente nos encontramos fue de manos a boca; y se armó la balacera. Entonces yo, tratando de reunir el pelotón que andaba conmigo, pasé por detrás de donde estaban los compañeros peleando; yo miré que Janeth tenía el dominio del combate. Ella me dijo, "compañero Robert... Ya parece que el camión está, prácticamente, para ir a recuperar..." Yo le dije, "recuperen las armas; y yo orita vengo". Por radio me dijo Alirio que le mandara refuerzos. Concentré la gente, los indígenas. Se nos despelotaron dos o tres. Mandé unos compañeros, ellos fueron hasta cierta parte y les dijo alguien, que se devolvieran, que ya no mandara más gente. Ya venían compañeros con todo el botín; llevaban un cabo, llevaban dos soldados, como presos de guerra y dieciocho fusiles. Recuperamos todo ese camión, hermano... Granadas de fusiles, granadas común y corriente.

Los soldados no alcanzaron a bajarse; cuando fueron llegando, la gente de una vez los aparo. Yo había acabado de estar mirando la guardia, abajo, en un sitio que llaman el Peñón: habían acabado de arrimar seis camionados más de Ejército. Parecía que traían cañones, morteros, porque eso brillaban. Estaban como instalando eso. Y se armó otra balacera.

Nosotros, recogimos todo y nos tiramos para el páramo: cogimos rumbo hacia el páramo de Moras. Sobre todo, para venir a avisarle a los compañeros -al otro día se metían a Silvia-, que no se

metieran porque la contención, que éramos nosotros, no estábamos y entonces los cogían fuera de base. Por allá me encalambré. Llovió en ese páramo. Uno de los prisioneros era un cabo gordo. El cabo gordo cada nada se sentaba y me decía,

- Entonces qué, comandante; qué hacemos?

- Hermano, la misión suya es ayudar a dirigir esta guevonada ya, porque qué más: usted es militar. Ahí íbamos con los soldados, así, recochando y nos fuimos, nos fuimos y nos fuimos yendo.

Ese día tipo seis de la tarde logramos comunicarnos desde un filo alto con Pizarro y entonces le manifestamos la situación y que no se fueran a meter a Silvia; ya ellos sabían que había pasado algo y que estaba militarizándose Silvia. Entonces me dijo Pizarro,

- Qué...Cómo le va...Si recuperaron?

- Si, un poquito más de diez.

Entonces dijo que todo estaba muy bien; que ese era el punto de partida de la campaña.

### EL ATREINTISIETE

De ahí para adelante si fué verraco: la famosa campaña "Paso de Vencedores".

Nicolás y Chalita se quedaron en el Cauca. Fayad no estaba; Raulito había salido para antioquia. Con nosotros no andaban sino Pizarro, Boris y el resto de Tenientes Coroneles: Oscar, Felipe, Mario, Salomón y mi persona. Ese éramos, más o menos, el combo de mandos. El resto eran mayores: Elias, Milton. Y otros compañeros que hacían ese tipo de oficialidad.

De ahí para allá, hermano, se nos armó la trinca porque el Ejército comenzó: persíganos, persíganos y atáquenos y hostíguenos; y nosotros con el cuento de que íbamos pa'l Valle y de que íbamos pa' Cali. Y era pase cercas, rompa cercos; pelié aquí, pelié allá; choque acá, choque allí. No había día sin combate. Fue un día, a las tres de la mañana salimos y cruzamos un camino, unos canchilones. No sabíamos por donde andábamos -al pie de Totoró; algunos nos sentamos. Y la gente iba pasando; iba pasando, cuando de pronto, "que esperen". Casualmente, yo llevaba los prisioneros de guerra, en el pelotón mío: le había asignado a una escuadra que los llevara. Estábamos ahí sentados, cuando nos prendieron a bala; y claro, todo el mundo en un despelote. Había un barranco, caí !tran! Y dije, cómo controlamos la gente. Yo llamando a formar, !quién iba a formar!

- Que vengan pa' acá, que formen aquí, que para que salgamos ordenadamente." En la parte alta estaba Pizarro y comenzó a pedir relación de las tropas: imagínese, a esa hora y en medio de una balacera! Eso caían puay cañonazos de tanquetas y tiros y de todo.

- Que Robert, que si están completos.

- Pues...Más o menos...La gran mayoría.

- La gran mayoría no! Todos; o se devuelve a buscar la gente, dijo Pizarro. Y me tocó que volverme a buscar el personal de noche: y que "vengan pa' acá los míos." Bueno: hasta que encontré el personal. Ya no se me despelotó la gente. Eso fue en un promedio de dos meses. Se nos agotaron los alimentos. Si dormíamos un rato en la noche, era mucho. No se comía sino una



vez en el día. El resto, corra, pelié. Comenzaron a meternos los aviones.

Por las partes altas de Jamundi nos encontramos a las FARC. Al Octavo Frente; y le convidamos que se uniera a la campaña, ¡y no quizo?! Dijo que no, que nosotros estábamos locos. Que nos fuéramos por allá, para los lados del Pacífico, al "Senseyá", una vaina así , toda rara. Le dijimos que si nosotros estábamos locos, más lo estaban ellos: convidarnos pu'allá, a esas montañas: ¡Por allá nos moríamos de paludismo!

Nosotros seguimos en la tónica de seguir peleando, seguir peleando y acercándonos. En un sitio llamado La Mesa, parte alta del río Jamundi, tuvimos un enfrentamiento: Elias, que estaba en la vanguardia, hizo una emboscada y capturó unos soldados, recogió unas armas. ¡Ibamos en unas peloterías, mano! Mejor dicho, por donde usted asomara la nariz, por ahí había Ejército. Tenían controlados todos los llanos, los caminos. Entonces nosotros maniobrábamos, los sorteábamos, nos les pasábamos cerquita, nos les pasábamos de noche. En ese cambate, el Batallón América recuperó unos visores infrarrojos; ya nosotros podíamos andar de noche.

Un pelao del Batallón Colombia, un soldado que se llamaba Alvaro, sabía manejar los infrarrojos y le enseñó a muchos compañeros. Se le metían pilitas "dedo" y de noche andaban unos compañeros, adelante, explorando si había Ejército, si no había. Entonces ya decían, "bueno, hay dos patrullas: una a tantos metros y otra a tantos; vamos a pasar por la mitad de los guardias". Y nos les pasábamos así. Ellos no se daban cuenta y tran...Tran...Tran...Fuimos sorteando la situación.

A mí me habían hablado de los aviones...Y que caían las bombas...Que temblaba la tierra...Yo les dije, "pues yo quiero ver los aviones, a ver cómo es, hermano". Estábamos en esas, cuando se vienen dos aviones, hermano: ¡Virgen Santísima! Al frente nos instalaron un mortero; ¡ran! con la Emesenta; los helicópteros rafagueando: y fuera de eso, dos aviones tirando bombas, ¡eso era una guerra la hijuemadre! La orden que daba Pizarro era "¡todo el mundo mira el avión!" Pues, para hacerle el quite a la bomba. Unos miraban y otros no, cuando el avión venía por encima y hacía la picada -el Atreintisiete y salía, descargaba la bomba.

Yo iba adelante, adelante, rompiendo. Mas o menos nos ubicaron la ruta y nos daban mortero muy cerquita de donde íbamos nosotros. Cuando yo miré, hermano, que se vinieron dos bombas, en pura dirección donde yo iba: el avión hizo la picada y se vinieron dos bombas que daban vueltas. "¡Hijueputa, me mataron!" corré tantico y ¡tan! me tendí. Me agaché, esperando ya la muerte. "Yo ya, definitivamente, dije, de ésta no me salve." Cuando ¡tarandán! hermano, esa bomba. Eso me echó tierra, palos...Cuando el cuento: que a Hugo, lo había herido; que a otro sardino, lo había herido la bombas...Bueno.

Yo iba dejando compañeros de seguridad, por trochitas, o sea, de guardia. De guardia; bajó el Ejército y nos partió. Me dejaron a mí a un lado y Pizarro cogió por otro. Quedé con Alirio y con unos veintisiete o treinta hombres; y entre Pizarro y nosotros, una unidad militar. Bueno, hermano, yo dije, ahora si nos llevó el verraco. Sobre todo que yo no conocía la zona. Aquí no hay más

de otra, que tratar de salir. Comenzamos a bajar una loma y el ejército detrás y detrás y detrás de nosotros. Y enfrente había un mortero y era morterié, morterié, morterié, más o menos en una línea; o sea que, nosotros bajando, ahí teníamos que parar a las malas. ¡Claro! ya nos caían los morterazos a treinta metros, a veinte metros. Ya teníamos que andar era sentados, porque parados nos veían. Comenzó a anochecer. Al Ejército que venía detrás, le decían otros soldados de arriba, "¡devuelvanse!"...Y respondían, "no...Aquí no más, van...Por aquí van..." Y échenos morteros del lado de allá. Los compañeros de atrás, tendidos, ya listos para dispararles. Y me pasaban la voz:

- Que vienen los soldados a veinte metros.

- Que vienen a quince metros.

- Que vie...

- Cuando lleguen a cinco metros, pues ¡dispárenles! Si les digo "disparen a veinte", nos detectan inmediatamente y nos concentran fuego. Dizque llegaron los soldados, más o menos, a diez metros. Y se devolvieron.

Ahí cerquitica había una casita. Y en esa casita, pues había tropa. Se llevaron unas gallinas, esos vergajos: y nosotros viéndolos. Unos miraban hacia donde nosotros; y decía Alirio, - Mire, ese tiene ganas de morirse. Yo les dije,

- No les vayan a disparar. Déjelos quietos; que se vayan.

Nosotros encartados con heridos, hermano. Hugo no podía caminar. La señora de Hugo, la morocha, era la radista mía. Comenzó, que detrás del marido y lllore y preocupada; entonces le dije, "¡páseme ese radio!"

A eso de las siete u ocho de la noche comenzamos a subir a la casita esa. Al lado de abajo era la carretera, una banca; y al lado de abajo estaba Pizarro. La gente iba llegando a la casita y se sentaba mientras yo hablaba por radio con él. Me decía, - Mire, en la parte alta de donde estamos, hay una gente: quiénes serán? Yo le dije,

- Nos vamos a parar todos...Todo el mundo ¡de pie!"...Todo el mundo, ¡síntese!

- Sí, son ustedes, bajen ahí derecho! Nos encontramos de nuevo.

#### VIVO Y SOLITICO

De ahí para allá sorteamos la situación con los visores, por la carretera. Nos tocó amanecer embarrados, mojados, sin comer, sentados en los equipos. Y con esos heridos.

Seguimos. Hicimos la maniobra de devolvernos en dirección de la región del río Naya, hacia el pacífico. Por allá nos volvimos a encontrarnos otra vez a las FARC. Nos volvieron a convidar a que nos fuéramos con ellos, a descansar y para que "no dañáramos la zona". Pizarro dijo que no, que la ruta nuestra era el Valle. Y nos devolvimos hacia Cali. Nos sucedió un hecho muy verraco: tuvimos un enfrentamiento muy tenaz. Por la parte de atrás de "Pico de Loro", peleamos todo un día: desde por la mañana, por la noche, nos partieron, nos despelotamos. Parte del pelotón mío, parte del pelotón de Alirio y parte del de Elías, quedamos encerrados en el cañón del río Jamundi, en unos llanos. Toda esa noche hubo plomo. Y todo ese día. Había pedacitos de llano que había que pasar de día y eso lo tenían batido: arado a puro

plomo. Nos dieron morteros, rockets, esa noche; de todas maneras nosotros anduvimos hasta donde pudimos; mataron unos compañeros que por allí quedaron. Ya al otro día continuamos la marcha loma arriba: pero no encontramos a nadie que nos esperara; a los radios de comunicación se les acabaron las pilas. Quedamos desconectados y completamente encerrados.

Intentamos salir por una quebrada arriba, cuando nos prendieron a tiros. Adelante iba Alirio y yo iba con Elías. A mí me llegó la razón de que "Robert, pase adelante." Yo pensé que era que ya nos habíamos encontrado con la gente de Pizarro: no. Encontré a Alirio que me dijo, "pilas hermano, pasen rápido porque esto está jodido". Entonces nosotros íbamos subiendo por la quebrada; pero por el lado derecho nuestro, venía bajando la tropa, como a revisar la quebrada. Cuando ya la miramos, no le dijimos a la gente. Seguimos andando, andando, marchando, hasta que, claro hermano, nos atacaron por la retaguardia; y se arma esa balacera en esa quebrada. Nosotros reventamos a un ranchito y de ahí a una casita. Hasta ahí llegó la gente: nos prendieron a tiros y nos partieron. Se despelotaron aproximadamente sesenta hombres. Nosotros salimos como unos diez, doce compañeros. esa fue una de las veces donde yo intenté matarme porque vi que me iban a coger vivo. Yo me despeloté porque cogí quebrada arriba, para cubrir a los compañeros del lado de abajo; pero cuando al rato miré, en la parte de abajo no había nadie, la gente se me había ido; y por la parte de arriba tampoco había nadie, porque Alirio se había ido con cuatro o cinco compañeros diciendo "yo los espero arriba". Cogí quebrada arriba y se veía trillo para un lado y para el otro y uno no sabía para qué lado estaba la gente de nosotros. Ya bien arriba, yo me abrí a la derecha, pero no por los trillos. Cuando de pronto, sentí que bajaba un tropel: bajaba gente, al lado contrario -eran dos filos así cercanos. Yo dije, seguro es el Ejército. Si es, yo me pego un balazo: porque no me puedo dejar coger vivo y solitico por ahí en ese rastrojo. Yo me senté, cogí el fusil y lo desaseguré y pendiente a ver quién era. Cuando asomó y era Alirio que venía bajando por el lado derecho: - Pilas, guevones, echen pa'l lado de allá, que por este lado está el Ejército! Yo le dije,

- Bueno.

Subimos un rastrojo y salimos a una planadita. Pero solo nosotros. Y el resto de gente, nada. Entonces, el radista que tenía Alirio, que era el finado Rafael, se asomó por su lado derecho y nuevamente por ahí venía Elías; nos reunimos con los compañeros que venían con él. Seguimos subiendo y esperando la gente; y la gente no llegó.

Vino un compañero, Guadalupe y nos dijo: "Compañeros, la gente anda en desbandada, toda." Y eso era tiros y granadas y rocketazos, para un lado y para el otro. Hermano, era un infierno ese hueco. Pero qué vamos a hacer: nosotros seguimos.

Nos pusimos de acuerdo con Elías: "en caso de una emergencia, mano, nos tiramos en tal dirección. Hay que pasarnos este llano y buscar el Plan del Valle". Fuimos subiendo. Alirio iba adelante, con otros dos compañeros. Estaba nubado el filo. Cuando se desnubó, yo miré entre una nube, clarita, una silueta de una persona que corría en encorvado y se agazapó. Yo le dije,

- Elías ese es Wilson, hermano.

- No, esos son los chulos, decía Alirio;
  - Gritémosle a ver quiénes son, insistí. Ya los otros de arriba también nos habían sentido. Entonces gritamos:
  - Quiénes son ustedes?
  - El Emé Diecinueve! Y Alirio y otro compañero,
  - No, hermano, ese es el Ejército. Subimos con cuidado, con cuidado y claro, ahí estaba Salomón con un grupo. Nos encontramos nuevamente. Ya Pizarro y Boris subieron hasta el filo. Se gritó a la gente, se hicieron coros, nada: la gente se despelotó en el monte. De todo el personal, apenas, salí con unos ocho o diez compañeros. La gente prácticamente, se me envolató en medio de la guerra, hermano.
- Yo me sentía muy mal. era la primera vez que en medio de un combate, me había desconectado de la tropa.
- De aquí en adelante, -Pizarro dijo en una reunión que nos hizo-, el mando se muere con la tropa. Y yo venía con mi gente; yo venía con mi tropa, en retaguardia. Y casualmente, me pasaron la voz de que pasara adelante: yo creí que un mando superior me había mandado llamar. Por eso me adelanté y ahí fue donde se me despelotó el personal. Cuando yo paré a esperar que llegara la gente, se armó la balacera: y hasta ahí llegó.
- Ese fue un hecho, para mí, muy trascendental en lo personal: porque como mando me sentía muy mal.

#### Y LE DIMOS

Peliando y peliando llegamos hasta el río Pance. Estuvimos en el Parque de la Salud: Ahí pasamos fue a plomo. Había gente bañándose, señoras vendiendo chorizos, vendiendo empanadas. Nosotros íbamos pasando y las señoras,

- Compañeros, chúpense un helado.
- Tómense una avena. Los compañeros recibían y comían; pasaban el río. Los primeros cruzaron por el puente; pero en los filos el Ejército se posesionó y le disparaba al puente, le disparaba al río. A unos nos tocó pasar por entre el agua. Cogimos una carretera pavimentada. Mejor dicho ¡para el centro de Cali! Mirando esos edificios, altos, dije, "no, hermano, aquí nos acabaron; entre el pueblo si nos mataron fue a todos!" Llegamos a un alambrado y a un portillo; pasamos a la carrera. Le pregunté a Pizarro,

- Aquí, qué vamos a hacer?
- ¡A tomarse ese galpón! Un sitio donde asaban ladrillo y toda esa cosa!

Nos fuimos con Mario y con Felipe. Llegamos y ahí hicimos una contención: cerquita a la universidad San Buenaventura, en todo un patio; prácticamente era una calle. Cuando llegó Pizarro me preguntó cuánta gente había puesto; le dije,

- Pues cuatro.
- No, no, no... Entonces le metimos como veinte compañeros a esa contención. Eso venía el Ejército corriendo por esas calles, las tanquetas por esas carreteras. Allí nos mataron un compañero: se llamaba René, un capitán. Lo dejamos en el galpón. Seguimos por una banca, a subir a una loma alta, a tomar esa posición. Había monitoreo por parte de la guerrilla; informaron "por la parte de atrás viene subiendo una unidad militar".

Entonces quiere decir, el que más rápido llegue arriba! Nos alcanzaron a ganar los militares: cuando unos compañeros iban ya cerca al filo, los otros se asomaron y los prenden a tiros.

Nosotros quedamos a media falda, con Boris. Por encima, un helicóptero echando ráfagas; otro helicóptero, pequeñito, con un megáfono, poniéndonos música y hablándonos que ya ustedes están rendidos, que están cercados, que entréguense, que se les respeta la vida. Había morteros instalados en toda parte -la señal del Ejército para identificarse era el humo: donde salía, estaban ellos-, ametralladoras Emegesenta. Las tanquetas perseguíanlos: eso era un estruendo en ese cañón, tan verraco -estábamos en área de instrucción del Batallón Pichincha; y de reposo, un avión que pasaba y nos tiraba unos cohetes. Recuerdo tanto, que me senté entre un chuscalcito y le dije,

- Compa Boris...Yo creo que ahorita sí estamos en guerra...Esto es muy verraco, hermano:plomo por un lado; bala por el otro; infantería, fusilería, tanquetas, aviones, helicópteros, morteros, ametralladoras...Ahora sí es guerra!

Se vino un avión a rafaguearnos en esa loma: trarratatata! Echaba chispas por debajo, como con una punto cincuenta. Dijo Boris, "aquí no hay de otra". Le pusimos unos treinta fusiles y cuando el avión se vino, otra vez, en picada, le hicimos lo que llaman "cortina de fuego". Tan tan tan tan! y le dimos! Se fue ese avión zumbando y echando un chorro de humo oscuro, se fue hijuemadre, pa'l pueblo, mejor dicho. Nos quitamos el primero de encima. Y las tanquetas venían allí, al lado de abajo; nosotros mirándolos. Y dijo Boris, "pasen un rocket para dañar una." Los de los rocket no estaban. Entonces comenzamos a bajarnos. Yo fui uno de los que bajó ligerito y fui a decirle a Pizarro, - Compañero, las tanquetas vienen subiendo. Pero hay una vaina muy chistosa: nosotros le dimos al avión". Dijo Pizarro,

- Sí le dimos al avión, nos la echamos. Ya esto nos lo ganamos, dijo.

- Le dimos sí, porque no volvió. Y de verdad: por allá al rato volvió uno, pero lejos; de vez en cuando tiraba un cohete.

Esa noche anduvimos un trechito. Y amanecemos. Continuamos.

#### EL SANTO

Habia por lo menos unas cinco emboscadas. Los compañeros en la exploración detectaban la emboscada y se le metían por una punta, sin que los vieran; y comenzábamos a andar; pasábamos la otra emboscada. Así, hasta que llegamos a un montecito donde ya no pudimos seguir. arriba quedaba el filo de Villa Camelo y al otro *x camelo* lado el caserío con el mismo nombre.

Nosotros teníamos como audacia y como táctica, una escuadra de compañeros que iba adelante, vestidos de puro camuflado y con fusiles Getres; esa escuadra la manejaban Oscar y Alirio -tenían más pinta de militares. Ellos iban adelante, tropeliando.

Pasamos un caminito y entramos a esa montañita. Los compas se pegaron bien a la banca de la carretera. Y ahí estaba el Ejército:

- Ustedes quienes son?

- Somos de la contraguerrilla del Batallón Colombia. Mientras tanto todos nos íbamos subiendo, ligerito y pegados a la banca,

unostradelosotros, bien pegaditos. El Ejército ya muy cabreado volvió a preguntar,

- Que ustedes quiénes son!? Y nosotros,

- Somos el Batallón Colombia y ustedes van a ser la guerrilla. Hagan el favor y nos desocupan ese filo inmediatamente! porque lo necesitamos." Los compañeros estaban distribuidos: tres, con granadas despinadas; y los otros listos, con fusiles en ráfaga; porque era para !tan tan! balacera y romper el cerco...De pronto un señor del Ejército gritó

- !El santo, el santo!" -El santo y seña entre las unidades- y un compañero le respondió con un rafagazo y se arma la balacera. Las ametralladoras del Ejército nos tiraban encima ramas, hojas. Los compañeros que iban adelante tiraron las granadas y apenas estallaron, !pum! encima de la carretera y de una vez, unos hacia el norte, otros hacia el sur y el resto de frente, abriendo, abriendo paso. Nos encaramamos, nos ganamos el filo. Ahi recuperamos doce fusiles. Cogimos unos soldados presos. Eran unos pelaos de la escuela "Inocencio Chincá". Yo cogí un vergajo, de esos suboficiales y me decía, "!Ay, viejito, no me vaya a matar!" A los pelaos que logramos detener y estaban heridos, se les hizo curación. Con nosotros andaba el soldado que cargábamos como rehén y lo pusimos a que hablara con los demás:

- Cuénteles a los manes cómo es el tratamiento aquí, con nosotros." Y entonces,

- Frescos, muchachos, ellos no les hacen nada. Seguimos, por la parte alta de Villa Camelo y pasamos a lo que directamente se llaman los Farallones de Cali.

Nos recostamos contra los Farallones. Por ahí tuvimos algunos enfrentamientos, emboscadas, algunos choques. De pronto se tomó una decisión: Un grupo se quedaría por los lados del Queremal y Restrepo; Oscar, Elías, Felipe, eran los mandos. Y el resto nos devolvíamos. x Ceremal

Yo me vine con Boris, Pizarro, Salomón y veinticinco compañeros. Pasamos por Pance, de día. En el caserío nos miró la gente. Nadie nos siguió. Pasamos por Pico de Loro y caímos a una inspección que se llama la Estrella, en la parte alta de Jamundí. Allí en la Estrella, cogimos un bus y nos vinimos. Adelante en un carrito veníamos con David y otros compañeros, vestidos de militares y explorando. Y Pizarro con el resto venía en el bus, más atrás.

Resulta que, al frente del Hospital ese de Jamundí, se varó el bus. Nos tocó esperarlo. Lo desvaramos y seguimos. Al salir a la Panamericana, en un sitio que llama "Puente López", al carrito en que yo iba se le mojó la distribución, porque había llovido mucho y era un carrito bajito: y se apagó. Yo me pasé al bus. Volvieron a intentar coger un carro pequeño. No pudimos. Era intentar coger un solo carrito, para que no nos vieran y resulta que siempre venían varios, o carros grandes. Ahi.

Nos abrimos y nos metimos por entre unos cañales y pasamos por un caserío, un pueblito de puros negros, por Puerto Tejada, por esos lados. El compañero que venía guiando, pues era el Mocho, el Mocho Laureano: Y ese vergajo no conocía bien la salida. Los compañeros se bajaron a preguntar por dónde era la salida; había un poco de morochos bailando. Dijeron los negritos que ellos nos guiaban y vinieron dos y se montaron al bus. Cuando miraron que era un poco de gente armada, eran ya a bajarse; y nosotros:

- No señor, tienen que guiarnos. Salimos hasta un sitio llamado "el Palo". Ahí había una base militar, con retén y todo. Pero por la noche lo corrían a la parte alta y se salía la tropa de la carretera.

Se sobreentendía que había un dispositivo montado por la gente urbana de la organización, con carros y con todo, esperándonos en los pueblos y en los sitios peligrosos. Nosotros no los encontramos. Pasamos. Y cuando ya estábamos en "López Adentro", llegaron los compañeros: que nos les habíamos pasado, que no se qué y no se que más.

Detrás del bus donde venían los compañeros guías, los morochitos, llegaron otros, borrachos, diciendo que venían a recuperar lo que nosotros nos habíamos traído; ellos maliciaron que era la guerrilla. Venían, todos contentos, hablando con nosotros. Esa noche nos quedamos ahí. Después comenzamos a marchar por toda esa región, lo que llaman "la Cominera". Se hizo un campamento, en la parte alta. Y de ahí, fue que yo me regresé para el Sur.

#### IBA DIFERENCIADO

Cuando yo me fui herido para Medellín, llevaba la misión de venirme para el sur del país, -cuando ya me sintiera bien-, a dar una vuelta a ver cómo estaba la gente, qué condiciones había, qué ambiente había para la guerrilla del Eme Diecinueve, si había receptividad o no. Estaba en eso en Medellín cuando, me dijeron, "no. La orden es que se suba todo el mundo para el Batallón América: esa es la orden de Fayad". Yo entendía que Fayad era superior a Boris y por eso obedecí.

Entonces, ya existía desde tiempo atrás la inquietud de que Pablo Beltrán, mejor dicho, Robert, se viniera para el sur del país. de ahí, de la Cominera, me vine.

Un día cualquiera me llamó Boris.

- Parece que le va a tocar irse para el sur a dar una vuelta. Cómo la ve?

- ¡Listo! Yo me le mido a eso. Entonces ya me llamo Pizarro y me dijo que me preparara para salir dentro de dos días.

Comencé a hablar con Salomón, qué razón le enviaba a la familia. Me alisté. Yo estaba despelotado con mi compañera, en ese tiempo estaba con Catherine: ella por un lado y yo por el otro. El día anterior a mi salida, por la tarde, llegó. Le dije, "hermana, la situación es que me voy para el sur del país." Hablamos con Pizarro y me dijo, que sí, que era bueno que no me viniera solo: me mandó con la gorda. Me recuerdo que el finado Afranio Parra me regaló una muda de ropa, un pantalón y una camisa; otro pelado que subió a la ciudad me regaló unos tenis.

A mí me dieron de plazo un mes. Yo tenía que, venir al Huila; recorrer el sur; mirar si había compañeros para reclutar, que quisieran irse para el Cauca, a integrarse al Batallón América; mirar cómo estaban las condiciones en el departamento del Caquetá; y nuevamente regresar al Cauca, llevando a los que quisieran. Nos recibió en Cali una compañera Silvia, que era el enlace. Cuadré con ella direcciones, teléfonos, automáticos para la devuelta.

Me vine. Duré el mes completo, entre el Huila y el Caquetá. Encontré un ambiente el verraco: la gente súpercontenta, los

campesinos, los amigos. Dure ocho días en el Huila tomando trago y bailando. Un compañero puso un carro a disposición. Andábamos con banda de músicos. Dizque contentos porque había llegado yo. Yo me vine el dieciseis de Abril de mil novecientos ochenta y seis, exactamente de Cali. Llegué el diecisiete por la mañana a Neiva. Me quedé. El dieciocho -imagínese que el diecinueve de abril era una fecha conmemorativa de nosotros y montaban operativos y todo- de abril, por la mañana, le dije a la compañera:

- Aquí no hay más de otra, sino irnos. Vamonós para Suaza, para Acevedo.

- Consigamos un taxi y nos vamos hasta la empresa. Y Ahí, nos montamos en un carro y nos vamos!

Llegando a la empresa, le dije al taxista:

- Hermano, por cuánto me lleva a Garzón.

- Pues hermano, eso está muy caro... Si me paga tanto. Cuadramos un expreso. Seguimos derecho.

Llegamos a Garzón y nos bajamos en un restaurante, a comer. Como yo había estado en Garzón, me conocía mucho la gente; de todas maneras, yo andaba completamente diferente: afeitado, con maletas. Una gente me miraba y me miraba. "Estos manes me reconocieron; quién sabe si me vayan a aventar". Fui ligerito y contraté un taxi. Nos montamos y nos fuimos para Suaza. Tres mil pesos, costó en ese tiempo.

Saliendo de Garzón dijo el taxista, "ahora falta que estén con el retén ese, que joden tanto, aquí a la salida". Nosotros pensativos. Yo traía como coartada con la gorda, que éramos turistas e íbamos rumbo a San Agustín. pero como ahí en Altamira, se desvía la carretera que va para Acevedo, Suaza y todo eso; de la que va para Pitalito, yo decía pero "qué justificación es esa de que voy para San Agustín, si me voy a meter para Suaza?" Pues decimos que tenemos unos familiares en Suaza y que vamos de paso. Seguimos, conversando y nosotros pendientes del retén, para controlarnos y pasar tranquilos. Al rato le dije al conductor,

- Donde es el retén, mano.

- No, no había nadie; ya pasamos. Llegamos nosotros a Altamira: tampoco había nada. Pasamos común y corriente. Llegamos a Suaza. Cuando entramos al pueblo, comenzó el vergajo ese a decirme,

- Dónde lo descargo... Dónde lo descargo. Y yo,

- No, la casa mía es más arribita... Por ahí vive un familiar... Yo no conozco bien. Comencé a hacerme el loco.

- A mí me dijeron que era por Guayabal; que por ahí queda una carretera que entra a una región que llaman el Vergel.

- Huy , hermano, esto está muy lejos. Le va tocar darme más plata. Esta carretera está muy mala. Con ganas de descargarme en la mitad del camino. Hasta que llegamos a la Y de la carretera: donde desvía la carretera que va para Acevedo y entra la ruta que va para el Vergel. estaba yo diciéndole que me entrara más, cuando llegó un mixto ahí. Alguién dijo "ese mixto va para allá". Listo. Le di quinientos pesos más para gasolina, le di gaseosa. Y le dije al del mixto, "me lleva?" y tran, me monté con maletas y todo al carro y me senté al lado del conductor. Le dije,

- Por acá vive fulano de tal?. Yo voy para allá. Me dijo,

- Claro! Yo lo dejo en el patio de la casa; no hay ningún problema. Y usted, a que viene?.



- Mire que hace como dos meses vino por acá mi papá y él es amigo con ellos -nosotros somos también del Tolima-; y quedaron comisionados de conseguirnos una finca.

- Pues yo le vendo una finca. Al rato le dije,

- Cómo se llama esto por aquí?

- Es que usted no conoce?

- No, es la primera vez que vengo. El tipo algo malicioso, me cambió la conversa. Hasta que llegó y me dijo:

- Aquí es la casa. Y comenzó a pitar y a gritar,

- ¡Llegaron los familiares! Vengan los reciben. Salió la señora, nos miró y no nos paró ni bolas, hermano. Qué diablos iba a saber quiénes éramos. Yo le dije, - Señora, aquí es donde vive don Emilio?.

- Si señor, aquí es. Entonces yo fui bajando maletas y metiéndome a la casa, sin decirle más nada. Y le dije a la gorda, "aquí nos matan, pero de aquí no nos vamos. Porque todo esto está lleno de autodefensas de las FARC. Por acá es jodido". Yo estaba en una zona completamente delicada.

Al rato comenzamos a notar que bajaba un muchacho a caballo, nos miraba y volvía a subir. Yo dije, "ese man nos está haciendo inteligencia: ese man nos está pillando. Qué había pasado? Pues que el señor que nos trajo, regó el cuento de que había subido una pareja de muchachos; y que el joven, tenía pinta de militar; que seguramente era un sargento! claro, de una vez las autodefensas de las FARC y los comandos que había del EME, se pusieron pilas a hacerme inteligencia, para esa noche ir a detenerme.

Estábamos en esas, cuando arrimó el dueño de la casa. "Quihubo, don Emilio -que nosequé y nosequemás. Caterine lo saludó. Y me presentó como su amigo. El señor ese le dijo, "yo no conozco a nadie. Yo no sé quién es usted", le dijo a ella. El viejo ya bajaba cabreado. Salí y le dije, "quihubo don fulano, -el tipo volteó a mirarme- usted no se acuerda de tal parte, en tal fecha, que estuvimos hablando en tal sitio?" Se quedó pensando.

- Es usted?

- Si.

- Ah claro.

- Yo era fulano de tal. El tipo malicioso. Le pregunté,

- Bueno donde está fulano de tal?

- Mi hermano? Está en el pueblo...El vive aquí, enseguida. El si me conocía bien; porque cuando la firma de la tregua en Hobo, habíamos estado hablando. El pelao que bajaba y que subía, que bajaba y que subía, era hermano de un compañero que había estado con nosotros en la guerrilla.

En el traslado de la gente, que se hizo del Huila al Cauca, hermano, se despelotaron un poco de compañeros; esos compañeros se vinieron para el Vergel. Ellos conformaron una guerrilla de veinticinco compañeros. A esos compañeros los engañó un señor y los entregó a la Brigada. Y el Ejército los mató a todos; los desaparecieron. Unos aparecieron muertos en Aipe, otros en algeciras. Ahí mataron un compañero Gaspar. Eso hacía apenas dos meses había sucedido. Entonces, la zona estaba muy tensa, la gente estaba muy nerviosa; y todo tipo que veían desconocido, lo relacionaban con las Fuerzas Armadas; y a mí, ya me iban era a detener, para pelarme.

Cuando el pelao volvió a bajar, yo le salí y le dije:

- Qué, hermano, ya está hecha toda la inteligencia?

- Cómo así?

- Claro, usted anda poniéndonos cuidado a nosotros; usted está equivocado. Venga charlamos. El pelao paró el caballo.

- Usted, es hijo de quién?

- De don Marcos.

- Pues, yo ando buscando a su papá!

- Luego, usted quién es?

- Yo soy Robert del Eme Diecinueve. El pelao se quedó mirándome, desde el caballo...Y dijo,

- ¡Claro, usted es Robert! Si señor...Le estábamos haciendo inteligencia, para echarle mano!

- Sabe qué hermano: por ahí no está el flaco Cubillos? con el que hablábamos por los lados de Algeciras. - Rodrigo? Está lejos.

- Vaya tráigalo. Dígale que yo lo mando llamar urgentemente.

El tipo se fue en ese caballo, llevando la razón de para arriba que no, que ya no había problemas, que era Robert, el del Eme Diecinueve, que eran los compas que habían llegado. Y la gente, por ahí, muy entusiasmada porque nosotros habíamos vuelto; tuvimos una gran receptividad porque por ahí operaban las FARC nomás. La gente no simpatizaba mucho con la concepción comunista de las FARC. Había cierta presión para que la gente les colaborara. La gente no quería.

Como a las diez de la noche bajó el flaco Cubillos. Yo no me había acostado todavía, cuando arrimó el pelao y me dijo,

- Mire, que vaya; él está allí abajo, en la casa, esperándolo. Yo bajé. Desde que yo lo saludé le dije, "buenas noches compa", el tipo dijo:

- Si es Robert. "Quihubo hermano". Me conoció la voz; porque yo iba diferenciado, sin barba. Nos sentamos a hablar. Ya el tipo comenzó. Y cuénteme qué había pasado. Cómo habían masacrado a los compañeros. Que los habían engañado, que los habían desaparecido. Le dije que necesitaba que fuera al pueblo y me llamara a los amigos;

- Dígales que yo estoy aquí. Y traigame la gente de Acevedo. Al otro día, eso arrimó gente como un verraco. Llegaron muchos amigos y familiares incluso. Ya comencé a enterarme cómo estaban las cosas. Ya cité la primera reunión; fueron unos sesenta o setenta amigos, campesinos; ya les expliqué la nueva concepción del Eme Diecinueve, cómo estábamos trabajando, cómo estaban las cosas en el Cauca, la cuestión del Batallón América. Comencé a ilustrar a la gente. Gasté unas dos horas. Esa zona comencé a organizarla. Todo bien.

Por esos días aparecieron los compañeros de las FARC. Me dijeron que con cuánta gente andaba. Yo les dije que con varios compañeros: que Chalita venía con cuatrocientos hombres, detrás mío -para poderlos cañar, hermano: si no me habían era raspao! Seguimos hablando, porque entre guerrillos había que coordinar algunas cosas para evitar incidentes.

## MUY DEMOCRATICO Y MUY BONITO

En esos días me trasladé para el Caquetá. Cómo hice: primero, no conocía las trochas; segundo, solo con esa mujer que me iba a meter por esas trochas. Entonces, un poco de compañeros campesinos que eran de comandos del Eme Diecinueve, que habían dejado organizados los compañeros desaparecidos, fueron los que me ayudaron. Ahí tenían algunas armitas cortas. Me las prestaron: unas escopetas, unas pistolas, unos revólveres. Organicé un combo de cuatro campesinos más y nos vinimos. Cogimos la trocha un día y ¡al Caquetá!

Salimos aquí, a Villahermosa. Pero desde por allá, desde el Boto, comencé a encontrarme guerrilla de las FARC. Por la misma trocha salía una comisión de ellos. Ibamos bajando, cuando los ví, agachados, que venían. Le hice señas a los compañeros, que esperaran. Cuando estaban cerquita...

- ¡Quihubo hermano! Se quedaron mirándonos y,

- Ustedes quiénes son!?

- Nosotros somos del Eme Diecinueve. Yo soy Robert. Soy conocido con Miguel; soy conocido con Martín, soy conocido con Guillermo, con todos los comandantes que ellos tenían. Les pregunté dónde estaban ellos, para evitar cualquier incidente:

- Ellos, están por los lados de Cerro Negro. Nos vinimos.

Reventamos por los lados del Bodoquero. Por ahí comenzamos a hablar con los campesinos. A identificarnos. A hacerme conocer de los que no me conocían. Hasta que llegué a la parte alta de Florencia. Y me encontré con compañeros que habían estado, tiempo atrás, en la guerrilla: con Rodolfo, quién había estado en el tiempo de la guerra, pero como era muy sardinito, le había pedido permiso a Raulito para regresar a su casa. Con el hombre comencé ya a coordinar actividades.

Le expliqué que mi objetivo era reclutar más personal. El dijo que se iba con nosotros; me ayudó a conseguir más personal. En todo caso, me hice un combo como de cuatro o cinco compañeros más: de aquí para allá, yo completé un lote como de diez. Los campesinos que llegaron conmigo del Huila, los devolví en carro. Me quedé con cuatro nuevos; la gorda y yo, seis; y siete con un pelao de un comando, que llamaba Darwin. Lo cierto es que volví al Huila. Inmediatamente cogí un compañero y le dije, "se me va con estos muchachos para Cali. Hágame estos contactos. Yo lo espero aquí a que usted vuelva, para irme"

No, hermano, esos compañeros se fueron para Cali; se demoraron dos días y volvieron con el cuento de que "nada de nada". Que no habían encontrado a nadie, que quién sabe qué había pasado. Entonces le dije a Catherine, "pues aquí no hay más de otra, sino que usted vaya. Porque a usted la conocen y conoce." La gorda se fue a Cali con otra pelada, una sardina de unos dieciseis años que tenía tarjeta de identidad y todo. Ella dejó la muchacha y se vino. Y volvió con el cuento de que a Silvia la habían cogido y la habían asesinado; que otros compañeros, desaparecidos, presos... Bueno: quedé despelotado.

Con la gorda yo había mandado un casete donde les explicaba, a Pizarro y a Boris, las condiciones que había en el sur. Y les mandaba sugerir que lo que yo miraba, era que en el sur del país

debería haber una guerrilla, un pelotón: no para que viniera operando, sino para que mantuviera un espacio político, fuera ampliando un trabajo. Y sostuviera algunas cosas para el futuro; porque, yo les decía, podíamos instalar una escuela de formación militar; que aquí, se formaran unos hombres, se les hiciera algún entrenamiento en unos operativos; y los que pasaran, se llevaran para el Batallón América. Los que no pasaran, se devolvieran para sus casas.

La sardina que dejó Catherine, regresó después. La enviaron con un casete. Me lo mandaba Boris. Boris me decía que listo, que ya que yo estaba acá y tenía la iniciativa de conformar una unidad guerrillera, pues que me hiciera al frente de esa unidad y siguiera adelante. Y que esperara, que en esos días ellos me reforzaban con una escuadra de veteranos del Batallón América, con unos doce fusiles, con radios de comunicación. Y con plata! Durante los dos meses que tratamos de hacer contacto con Cali, yo distribuí la gente: dos en cada casa de los amigos. Ellos vivían ayudando por ahí, a coger frijol. Trabajando y esperando. Cuando llegó el casete, yo reuní a los compañeros y les dije:

- Bueno, muchachos, vamos a enguerrillarnos; aquí, nada más hay que hacer. Vámos a dormir al monte. Vamos a conseguir equipos, carpas, hamacas. Vamos a comenzar a abrir trabajo político. Yo no les decía lo otro; pero era mientras llegaba el resto de la gallada, para luego comenzar un trabajo en otras condiciones. No, hermano! yo seguí así, reclutando gente. Y esperando. Y reclute. Y crezca...Y nada; me demoré un mes más. Ya estábamos como en agosto. Yo sin plata. Nuevamente cogí las trochas para el Caquetá, con todos los compañeros.

Llegamos acá y comenzamos a trabajar. A buscar amigos, a pedirles colaboración, a que nos ayudaran a exponer el proyecto. Ya en ese tiempo funcionaba la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Y déle para allá y para acá.

En esos días me había llegado la razón de que habían matado a Boris. Boris salió por la prensa. Los campesinos compraron la prensa y me la llevaron al campamento:

- Usted si nos dice si es Boris o no.

- Listo. Como me lo presenten: con barba o sin barba lo conozco. Apenas me mostraron la foto yo les dije,

- Si compa. Es el compa Boris.

La muerte de Boris a mi me dió muy duro. Porque yo siempre dije que Boris fue el hombre que me formó. Ese me enseñó a ser más varoncito. Era bién arrestado. El nos había enseñado una disciplina muy estricta. Yo le había cogido mucho aprecio. Entonces, claro, con la muerte de Boris yo me puse más pensativo que un verraco.

El cuento por la radio era que Pizarro se había ido para Libia. Yo quedé completamente despelotado; y fuera de despelotado, desorientado. Nosotros mandábamos, de todas maneras, otros casetes a Cali. A la sardina que había traído el primero, le dije, "usted es capaz de volver?" Y la mandé con otro mensaje, solicitando que me reforzaran y me ayudaran. Y allá, una compañera le dijo a la pelada que no, que me olvidara de ellos, que a mí no me ayudaban en nada. Entonces yo dije,

- Ah...Listo. O sea que quedé solo. Entonces yo ya me dí al dolor:

- Aquí no hay nada más que echar pa' lante" .Ya me había tocado la primera, cuando la cogida de Navarro: a mí siempre me han tocado estos tiros...Otra vez! Pero vamos a ver si ya hay una mayor experiencia.

Seguí, déle, abra trabajo, consiga amigos. Me fui armando poco a poco, con escopetas, con revólveres, lo que iba consiguiendo. Cuando nos íbamos yendo de Florencia, después de la toma, yo había encaletado unas armas que nos sobraban, por allá en un monte; yo me acordé:"algún día tengo que ir por ellas". Comencé a buscarlas, a buscarlas; y no encontraba quién me las ayudara a conseguir. Yo no conocía bién, porque eso había sido entre el monte y uno, de por fuera, no miraba bien, no ubicaba bién los cerros.

Yo vine acá, al Caquetá, a meterme un tiempo y volví a salirme para el Huila. Me estuve allá como unos dos meses. en todo caso yo ya estaba completando más de un año de estar por acá despelotado. Llegué a tener más de veinte hombres: alcancé a tener hasta cuarenta y cinco hombres. Pero muy mal armados, por ahí con escopeticas y chimbadas.

Nosotros le habíamos prestado a las FARC unos fusiles. Entonces yo me encontré un comandante de las FARC, un señor Guillermo. Le dije, "compa Guillermo, pues yo necesito que nos devuelva el fusil." Yo lo miré que no tenía voluntad de entregármelo. entonces dije:

- Eso no discutamos por ese fusil; nosotros hemos perdido avionadas de armas y barcos llenos de fusiles. Un fusil no es mucha cosa: pero yo lo necesito en este momento; arreglemos el chico, déme dos armas cortas; y présteme dos granadas". Ellos me dieron dos revólveres y me prestaron las granadas.

Así comencé a armarme. Centavito que iba consiguiendo era para comprar munición; o si me vendían por ahí un revólver, plín, lo compraba. Poco a poco me fui armando

Esa unidad la bautizamos "Compañía Gloria Amanda Rincón". Para escoger el nombre, hice una fiesta para el San Pedro. Le conté a la gente que se hacía necesario bautizar esa nueva unidad militar del Eme Diecinueve. Estaba el nombre de Gustavo Arias Londoño, Boris; estaba el nombre de Gloria Amanda Rincón; el de Rodrigo Pérez; Gerardo Perilla. Y otros del sur. Entonces me puse a contarles historia por historia. Los mismos campesinos de todas las veredas participaron: eso fue como un plebiscito. La gente manadaba notas. Los dos nombres que más fuerza cogieron fueron el de Boris y el de Gloria Amanda. Entonces yo les expliqué, les hice una exposición más en detalle de quién fue Boris; y quién fue Gloria Amanda; sus hazañas. La gente decidió por Gloria Amanda. Eso fue muy democrático y muy bonito. Además era darle realce a la mujer.

Toda la vida admiré las mujeres en la guerrilla: y Gloria Amanda era un símbolo del reconocimiento a las compañeras.

ESO HICE YO

Lo cierto es que estando en el Huila, complete dieciocho meses, o sea un año y medio, despelotado. Entonces dije, voy a hacer el último intento de conectarme con el Eme Diecinueve. Si no me conecto con los compañeros, en el Valle o en el Cauca, me voy para el Caquetá y me tiro para el Plan, a buscar gente, a buscar armas. El objetivo mío era buscar la ruta del Brasil para entrar fierros: porque ya miré que me iba tocar enfrentar la guerra como solo. Le dije nuevamente a Catherine, "gorda, tenga cien mil pesos. Estas son las finanzas tuyas para un mes. Váyase y se está un mes en el Cauca. La misión tuya es: encontrar a Carlos Pizarro. La espero aquí en tal fecha. No más. Necesito que venga y me diga:

- Hay enlace, o

- No hay enlace; encontré la gente o no la encontré.

Yo ya tenía todo, previamente calculado. Lo había premeditado, lo había pensado muy bien. Listo, yo me abro, no del Eme Diecinueve; de aquí, del Huila. Me voy a rebuscarme. Voy y me entierro dos, tres años y cuando aparezca, aparezco con una buena unidad militar, pues a nombre del Eme Diecinueve.

La compañera se fue y, ¡qué va! a los quince días estuvo ahí. Eso fue ligerito que por allá se encontró con Pizarro, con Otty... Con la gente. Entonces ya le preguntaron,

- ¡Quihubo! dónde está el viejo Robert!?

- No, que en tal parte... Que nosequé y nosequemás. Dizque decían,

- A nosotros si se nos ponía, que el viejo Robert estaba haciendo algo por allá.

Ya enviaron algunos compañeros. Yo le mandé decir a Pizarro que se viniera para el sur del Huila, que eso estaba como bueno. Pizarro hizo una intentona de pasarse para el Puracé. Por ahí los atajó el Ejército y se armó una pelotera, cogieron una dinamita. No pudieron pasar.

Por acá vino a dar "Chilingo", vino a dar "Hugo", vino a dar la negra, la mujer de Hugo, Liliana; vino a dar Hipólito, vino a dar María Fernanda, la compañera de Hipólito. Ya con esos yo tenía más moral, porque ellos venían también ayudar a cargar la cruz, acá en el lado del sur.

Seguimos trabajando y esperando que llegara la gente y ... Nos volvimos a perder, hermano. Nuevamente acá, solos. No había programa de radio, ni nada. a mí me mandaron un radio; pero tenía una falla mecánica por dentro. Y nadie lo pudo arreglar. María Fernanda era la radista; venía dizque a enseñarnos. Trabajaba con el radio, pero eso no entraba y era que no entraba. De todas maneras, seguimos desarrollándonos. Estando nosotros en el Vergel, las FARC se tomó por ahí a San Adolfo. Y el Ejército, en lugar de ir a buscar por allá, para ese lado, se vino fue a rafaguear los campamentos donde nosotros estábamos! Por ahí, hizo huecos y le dió plomo y le tiró bombas a eso. Salí de por ahí y me fui viniendo, me fui viniendo para el Caquetá. Me ubiqué por Sucre, por la carretera central.

Por allí, le pregunté a los campesinos en qué filos habían ellos escuchado los últimos enfrentamientos con el Eme Diecinueve, después de la toma de Florencia. Me decían,

- Mire. Allá, en ese filo, fue el último.

- Allá, en ese filo, se escucharon los últimos tiros. Inmediatamente le dije a los campesinos,

- Y, ustedes, en ese filo, no han ubicado un campamento, que tiene rancho, donde se ha quedado la guerrilla? Me dijeron que sí. ¡Ahí era el campamento donde yo había dejado los fierros! De una vez, cogí un compañero y le dije,

- Hágame el favor. Llegue al campamento... Coja tal trochita...Bájese y, a mano derecha, usted encuentra una varita pelada; en dirección a esa vara, a dos metros, coja y levante todo el capote: ahí encuentra usted los fusiles. Porque yo no hice sino envolver las armas en un plástico, levantar el capote de la tierra y meterlos ahí, de una vez. El compa se fue. Y por la tarde estuvo ahí, con eso. Le dije, "hermano, aquí faltan fierros. son siete largos." Al otro día volví y lo empujé. Y al lado de abajito, claro! estaba el resto: un fusil, una carabina y una escopeta.

Con ese armamento yo me pegué una reforzada del verraco. Los campesinos por ahí se habían encontrado un fusil, un getrés A cuatro. Recuerdo que se los compré en ciento veinte mil pesos, se los pagué a los campesinos como en tres cuotas. Se lo habían encontrado en un rastrojo, cuando estaban rozando; sin proveedor. Yo cargaba proveedores de getrés. Porque un amigo que pagaba servicio militar se los había sacado y me los había enviado: como tres con munición. Los cargaba llenitos. Al encontrar el fusil, pues yo cogí y tan tan, le metí el proveedor y quedó al pelo.

Ya estamos en el Ochentisiete. Estábamos con Hipólito planificando las cosas. Cuando llegó una razón por allá del Valle: Pizarro mandaba decir que fuera yo, o que fuera Hipólito; uno de los dos mandos, porque había una reunión, "importantísima y tal y tal". Yo le dije a Hipólito, "hermano, yo no me voy por allá. Yo soy malísimo para andar en la ciudad...Partiendo de que no conozco Cali...Por allá me cogen, hermano! Váyase usted". Hipólito se camufló aquí, en Florencia, con unos amigos; y se fue para el Valle.

Estuvo en esa reunión donde sacaron la consigna, "Guerra a la oligarquía....Paz a las Fuerzas Armadas". Pero resulta que Hipólito se quedó. Y con él habíamos hecho ya un diseño de cómo pensábamos conformar la guerrilla. Yo nunca pude hacer realidad mi sueño. Lo que pensaba.

La concepción de la guerra, la tenía de la siguiente manera: primero, que con una guerrilla mal armada y mal de recursos y mal de medicinas y mal de infraestructura, era una pendejada ponerse a pelear. Hablaba que nosotros necesitábamos una guerrilla de sesenta a ochenta hombres, que tuvieran lo siguiente: cincuenta fusiles en buen estado, con toda la dotación necesaria y la munición suficiente; una escuadra, que fuera la artillería, donde llevaran una Emesenta y un mortero sesenta. Es que setenta u ochenta hombres tienen, primero, una capacidad de movimiento muy verraca. Segundo: con ese nivel de armamento que yo pensaba conseguir, la capacidad de fuego era severa. No era lo mismo pelear con doscientos hombres con fusiles, que pelear con ochenta o cien hombres, entre los cuales fuera una Emesenta...O dos! Cuando yo tenga, más o menos, esta dotación, entonces nosotros, muy sencillamente, podemos comenzar a hacer acciones

militares porque yo pensaba tomarme todos estos pueblos del Caquetá! Pero cuando estuviera montado de esa manera. Eso, yo dije, agarro de sur a norte y lo bato! Yo me conozco todos esos pueblitos Y ese objetivo lo teníamos con Hipólito.

Habíamos planificado que teníamos que conseguir un poconón de millones de pesos; unos cien o doscientos. Para hacer caletas en diferentes partes estratégicas; meter remesa con tiempo; medicinas...Plásticos... Todo lo que se necesitaba. tenerlos por el lado del Huila y por el lado del Caquetá. Cosa que nosotros tuviéramos un corredor por el centro para movernos; y donde quiera que fuéramos a descansar nos bajábamos y ahí encontrábamos remesa. Y lo que era la tropa, cargaba única y exclusivamente la ración de campaña y una remesa muy liviana, que le permitiera moverse rápido; y en lugar de cargar arroz y guevonadas de esas, cargara munición, que era lo que se necesitaba para pelear. Ese era el criterio que yo tenía; es decir, era lo que yo pensaba que era una concepción de Ejército.

Nos dábamos un año: decíamos que en ese tiempo teníamos todo cuadrado. Ya estábamos trabajando en función de eso: las zonas ya conocidas, exploradas. Estábamos haciendo unas relaciones por Cali, por Medellín, con una gente que traficaba con armas. Estábamos cotizando precios de Emesenta, de morteros, para hacer los pedidos.

La conseguida del billete era un rompecabezas. Teníamos que levantarlo como lo hacía la guerrilla. O haciendo acciones de Fuerzas Especiales, con poca gente. O secuestrando! porque, qué más? No teníamos otra alternativa. El armamento con que contábamos no daba para decir, vamos a hacer una toma bien contundente.

Yo duré un año aquí, en el sur -del ochentiseis al ochentisiete. Casi hasta el ochentiocho- donde no fui detectado por el Ejército. A mí no me ubicaban. Al que decía

- Por ahí anda el Eme Diecinueve.

- Que va! el Eme Diecinueve está por el Cauca.

En los finales del ochentisiete, fue cuando aquí, en el Caquetá, pasé los primeros comunicados. Para el día de las brujitas, que es el treinta y uno de Octubre, pasé el primero: dándole unas felicitaciones a los niños. Para el veinticuatro de diciembre hicimos un mensaje de Feliz Navidad y Próspero año Nuevo. Los mandamos a las emisoras y los leyeron: en el Huila, a la hachejotadobleka y otras emisoras; les dieron despliegue. entonces, claro, ahí si nos desenmascaramos: estaba el Eme Diecinueve en el departamento del Caquetá. Yo firmaba los comunicados. como Hipólito no volvió, me quedé con Hugo. Me reuní con él y le dije:"aquí hay dos alternativas, 'mano: O mandamos está gente pa' la casa, o vamos a ver cómo nos rebuscamos. Ya comenzó la época de conseguir recursos, hermano". Conseguimos pidiendo colaboraciones, hablando con amigos comerciantes. Así nos fuimos sosteniendo.

Yo tenía una muchacha que la llamábamos "Lucía". era hermana de Hipólito. Le decíamos "La flaca". Ella era la que me hacía las funciones de estafeta desde aquí a Bogotá, o a cualquier parte del país. En Neiva vivía un compañero que le decíamos "Carlos Yumbo". Era el puente en Neiva. Por allí me llegó una nota, donde me decían que Chalita venía del Cauca.



Resulta compa, que yo mandé a la flaca y la flaca salió hasta Europa, porque ella estaba terminando unos estudios por allá; fue, hizo sus vueltas de papeles y traía sus certificados de estudios para trasladarse a trabajar aquí, en Colombia. La compañera se encontró con Rosenberg Pabón en Panamá; y con Navarro. Ellos dizque habían mandado relojes, radiecitos y cositas, para acá.

Lucía se vino y cometió el error de quedarse donde Carlos Yumbo, en Neiva. De ahí para acá, se vinieron juntos. A los quince días vino la señora de Carlos Yumbo, con el cuento de que

- Acá no ha llegado mi marido? Yo le dije,
- Cómo así? si yo estoy esperándolo.
- Pero si hace dos semanas se vino de Neiva! Ahí descubrimos ya, que los compañeros estaban desaparecidos. Movimos todo lo pudimos mover, de cuerdas, con las limitaciones que teníamos desde la clandestinidad. Hasta que logramos darnos cuenta que los compañeros habían sido desaparecidos, entre el Huila y el Caquetá. Nunca hasta ahora, hemos sabido dónde los detuvieron exactamente, si fue en Neiva o en el camino. Lo cierto fue que a los muchachos los desaparecieron.

Quedé completamente desconectado, porque ellos eran, los que me traían las razones: cuándo venía la gente, por dónde venía; cuándo llegaba y cuándo no.

Dejé a Hugo aquí en el Caquetá y me salí para el Huila. Al asomar al Huila, adelanté dos compañeros de exploración. Y de paso, les dí una platica para que entraran una remesa. Los muchachos se fueron y lo primero que encontraron fue a Chalitas -yo ya tenía una comisión que había mandado quince días antes y estaba por la parte alta de Acevedo-, Chalitas estaba por Suaza. Andaba con Elias. De nuevo nos conectamos; eso fue como en marzo o abril del ochentiocho.

Ellos venían armados, y me dijeron que no compráramos <sup>ot</sup> más; que con esas eran suficientes. Mandamos a recoger a Hugo. Elias se vino para el Caquetá. Y Chalitas asumió el mando de la tropa. Cuando ellos vinieron, yo había soltado un poco de gente, porque no la podía mantener: tenía treinta y ocho compañeros. A todos los tenía armados, así fuera con una peinilla. El que no tenía una escopeta, tenía un revólver o una granada : pero estaba armado. Toda mi gente uniformada. Habíamos mandado coser uniformes verde oliva; los bolsillos al estilo cubano, a los lados, conforme los había visto en el Batallón América. Más o menos bien dotados. Habíamos superado ya una etapa bien difícil, donde la gente le tocó sufrir y aguantar mucho. Ya nos íbamos desarrollando.

Para esa época ya me sentía completamente capaz de crear una guerrilla y de lograr los objetivos que me había propuesto, como la construcción de ese nuevo Ejército del Eme Diecinueve.

Yo sufrí mucho hermano. Aquí en el sur fue muy verraco. Realmente a nosotros nos sostuvo fue la gente. Me pongo a ver que en el Huila, los campesinos nos daban la remesa: unos, nos daban la carne; otros nos daban las botas; otros, nos daban la ropa; otros, la yuca...La gente fue la que creó la guerrilla. Naturalmente, nosotros la conducíamos, la orientábamos. Pero fue directamente el campesinado, el que nos ayudó. Yo sufrí muchas humillaciones, porque nosotros éramos muy pobres. Uno se

encontraba con los compañeros de las FARC y le decían a los nuestros que se fueran con ellos, que ellos sí tenían plata, que ellos sí tenían buenas armas. Que nosotros tan mal armados y tan poquitos y quenosequé y nosequemás.

Por ese tiempo, como estaba la vaina de la Coordinadora Guerrillera, pero las FARC no hacía parte de ella, le decían a la gente que nosotros no éramos más que unos guerreristas. Que ellos estaban en los diálogos y en los procesos de paz.

Yo me encontraba, andando en los campos, con los políticos. Y entre esa gente, me encontraba a los compañeros de la Unión Patriótica. Me decían que le dijera a la gente que votara; nosotros manteníamos la concepción en ese tiempo -la coordinadora guerrillera-, de que la gente no votara. entonces, yo les dije que a mí me daba mucha pena; pero primero, que nos respetaran, porque nosotros éramos un movimiento independiente de ellos. Que nuestra concepción no era comunista, sino democrática; y que yo no era de la U.P. Mi orientación era que la gente no votara, o sea, el abstencionismo. que si ellos convencían a la gente de lo contrario, pues yo me daba por vencido. Pero si la gente no votaba, yo estaba con las mayorías. Y las mayorías Colombianas no estaban votando. Ese era mi discurso, mejor dicho.

Así viví durante un período. Yo di escuelas guerrilleras, yo entrené gente en el Huila, en el Caquetá; yo hice mis comandos; cree una red urbana en Florencia... Comencé a despegar. Ya tenía mi infraestructura urbana, aquí en Florencia... Pues... A lo último me la montaron toda!

En Neiva estaba montando otra estructura urbana; estaba armándola en Pitalito. Tenía comandos de autodefensa del Eme Diecinueve en todas las regiones de Acevedo, por los lados de San Adolfo, por el Vergel, por Suaza; aquí por los lados de Florencia. Estaba creando toda una infraestructura que me permitía recoger inteligencia, tener datos y poderme mover en el terreno, con mi gente. todo eso lo hice yo prácticamente solo, hermano; con mis propias iniciativas.

Yo lo que noté fue que, cuando llegaron Chalitas y los otros compañeros en el ochenta y ocho, a pesar de que estaba desconectado de todo el mundo, siempre mantuve la concepción del Eme Diecinueve. Porque tenía como principios, primero: que no éramos comunistas. Segundo, que nuestra concepción era la democracia. tercero, que el pensamiento era Bolivariano. El respeto a la religión, a las costumbres de la gente... Eso de que esto fuera un país de propietarios, era lo que nosotros buscábamos. La conformación de un Ejército Bolivariano en marcha; y la experiencia que yo me había traído del Batallón América, todas esas líneas grandes, eran las que yo manejaba.

De pronto en algunas cosas, uno se equivoca; en el manejo de algunas cositas y de otros detalles. Pero en la concepción general de la nueva orientación del Eme Diecinueve, puedo asegurar que no me salí de la línea.

Por el contrario. Después que se dió cuenta de todas esas maromas que yo había hecho: que había sobrevivido, que me había sostenido, que estaba armado. Que yo hice una guerrilla: y la hice de la nada, Carlos Pizarro me envió una carta muy bonita, donde me hacía todo un reconocimiento. Me mandaba decir que hombres como yo eran los que necesitaba el pueblo.

Yo siempre he manejado el discurso de que nosotros hemos nacido de las cenizas. Me recordaba que Bateman decía, "donde haya uno del EME, ahí está el EME"; y que en las dificultades nos habíamos hecho grandes. eso hice yo.

#### YA ERA EL OCHENTINUEVE

Después que vino Chalitas, ya fue otra cosa. En primer lugar, porque yo no era ya el jefe: le entregué el mando al hombre. Y nos repartimos las funciones. Gustavo asumió el mando de la tropa. Y, según el nuevo organigrama que tenía el Eme Diecinueve, a mí me correspondía la administración y la logística: otra vez la verraca logística! Me pusieron de remesero.

En esos días hicimos unas relaciones excelentes con gente que traficaba con uniformes de policía y uniformes militares; que vendían armas y municiones. Algo les compramos.

Duramos un tiempo andando juntos, para arriba, para abajo. EL encuentro de los dos grupos no tuvo ningún problema en el empalme; pero si teníamos diferencias en algunas cosas, como la disciplina. Acá nosotros habíamos logrado implementar nuestras propias normas. Yo me había craneado normas para todo. Tenía el mismo orden cerrado, pero con unas normas de disciplina que a mí me habían permitido funcionar. La gente mía, por cierto, era muy disciplinada: usted les decía "hacer esto" y eso se cumplía por encima de lo que fuera.

Con el encuentro, ya había que compartir la experiencia, las nuevas orientaciones. Y de paso, la rumba: duramos como dos meses bailando. Llegó el diecinueve de abril y, pues, fiesta con los campesinos. Había unos cuatro pesitos y con eso tomamos champaña...Sabroso! Mientras se vinieron de nuevo los momentos de las dificultades.

Cuando en el Huila se dieron cuenta que ahí estaba Chalitas, el Ejército se puso como consigna sacar al Eme Diecinueve del Huila. Y nosotros nos pusimos como consigna no dejarnos sacar. entonces eso era, !choque aquí! Maniobrábamos; el Ejército subía, nosotros nos devolvíamos...Parecíamos jugando al gato y al ratón. Hasta que un día determinado dijimos, !abrámonos! Ya hicimos contactos con el ELN y con las FARC. Y Elias se vino con un grupo de compañeros, para el Caquetá. Es decir, como Elias era el mando de tropa, lo mandamos a pelear, a que hiciera operativos, recuperara fierros; y que reclutara gente. Nosotros también íbamos con el objetivo de reclutar personal, abrir nuevas zonas y hablar con ELN y con las FARC: de ahí nació la idea de crear la Coordinadora Guerrillera del Sur.

Hicimos convivencias con las dos organizaciones. yo anduve en ellas como un mes. al cabo, le dije a Chalitas, "siga usted con los compañeros; yo me abro, con otros, para seguir ampliando el espacio".

Los compañeros de las FARC eran más; y donde hay un grupo de personas más grande, pues trata de imponer sus normas de disciplina al grupo minoritario. A mí no me parecía eso, porque creía que nosotros, como Eme Diecinueve, perdimos identidad. En la convivencia había mucha fraternidad y mucha vaina de camaradas; pero nosotros teníamos nuestros puntos de vista un poco diferentes.

Chalitas siguió andando con ellos, con Iván Márquez, con Martín y con un compañero Eduardo. En esa convivencia andaban como tres frentes; nosotros solo andabamos como con treinta compañeros.

Yo me abrí, como con dieciocho o veinte y seguí andando. Manejando las cosas. Ampliando el terreno. Casi me asaltan, por las partes de San Agustín, Huila.

Sin conocer esa zona, me metí por la montaña. Cogí una brújula, tracé una ruta y le dije a los compas, "yo creo que detrás de esas filos deben haber fincas... Démosle por aquí, derecho". Y nos fuimos. Me gasté ~~de~~ <sup>de</sup> ~~meses~~ <sup>meses</sup> por entre el monte y salí a las partes de San Agustín, sobre un río que llaman el Granadillo. En quince días hablé con todo el mundo por ahí. Los primeros tres, cuatro días, fue un gallo convencer a la gente que éramos del Eme Diecinueve. Por esa zona había andado el ELN y el Ejército los había sacado corriendo. La gente estaba muy temerosa. Yo me estuve hasta que pasó el miedo. Hablé inclusive con los administradores del Parque Arqueológico. Con los únicos que no pude conversar fue con los de la policía y el Ejército.

Chalitas me mandó la orden de que me devolviera. Nos encontramos y estuvimos por una región de Pitalito que se llama Bruselas. Por todos esos cañones la gente nos conoció mucho.

Gustavo estaba en esos días por acá, en el Caquetá; lo asaltaron, le mataron unos compañeros. Le mandamos razón para que se viniera. Cuando Elías Llegó, nosotros habíamos pasado de veinticinco compañeros, a cuarenta y ocho hombres, en tres meses. Elías venía con otro poco: reunimos casi cien hombres, ya. Eso fue ligerito que creció esa guerrilla, mano. Casi todo el mundo estaba armadito. Ibamos pa' delante.

Ya era el ochentinueve. Y entonces, pues que pongamos cuidado cómo es la negociación, porque comenzaron en serio. Dejamos de operar. Seguimos, de campamento en campamento. Hablando con la gente. Esperando a ver en qué terminaba la negociación.

Esta se abrió en serio, en Piedras, Tolima. Pero de despiste, se decía que era en Ortega.

Al campamento llegó una compañera y le dijo a Chalitas que la orden era que fuera alguien; Chalitas, Gustavo o yo. De una vez, todos me miraron: "pues, usted es el propio... Se afeitó y queda camuflado!"

Me fui. Desde comienzos del ochentinueve, me la pase de estafeta. Fuera del campamento. En todos esos diálogos, por allá en Natagaima, duré como un mes. Cuando fue Pardo y los Consejeros, a comer lechona con nosotros y todo eso... Y a bañarnos en unos charcos más buenos. Volví, les traje información a los compañeros. Al tiempo me mandaron a Santo Domingo. Allá fui, a tomar trago como un verraco... Ya dijeron que en ~~septiembre~~ <sup>Agosto</sup> era la Decima Conferencia.

Regresé y nos fuimos con Chalitas. Del Vergel, volvimos a embarcarnos. Para nosotros el Vergel era como el Triángulo de las Bermudas! De ahí arrancábamos casi para toda parte. Nos montamos en unos carros y nos fuimos... Pasamos en muchas partes por cerca del Ejército y, no sé por qué, no nos vieron. En todo caso, fuimos a dar al Cauca. Nos metimos por Irlanda, por todas esas carreteras que había; por al pie de donde está la torre; por al pie del Nevado del Huila... Hasta llegar a Santodomingo.

Allá se comenzó a retardar la conferencia. Se hizo como que fue

en octubre. Agosto 1989

Durante todo este periodo, como no tenia nada que hacer, me la pasé tomando trago. Yo he dicho que en el periodo de la vida donde más he bebido, fue en Santo Domingo. Porque era como una válvula de escape. Primero, porque llegaba mucha gente. Segundo, que todo ese periodo que yo tenia de estar en la guerrilla, más de diez años, donde a uno se le ha prohibido tomar, bailar y estar hablando con la gente como en la vida civil; como en otro ambiente; entonces uno tiene un poco de vainas represadas...Y como yo llevaba unos pesitos, pues nos los tomamos ahí.

Cuando se vino la Décima Conferencia, a Libardo Parra le correspondió la seguridad. A él le dijeron que escogiera un personal que le sirviera de apoyo. Libardo me escogió y me pusieron al frente de la ciudadela: pues me pararon la tomada de trago! porque, para estar al mando de la gente, no podía tomar. Ahí me mamé quince días. Chalitas se vino y yo me quedé. Después salí por Cali. en el traslado de Cali a Neiva, me cogieron por allá en un retén. Me retuvo la policia, por falta de papeles, no tenia libreta militar...Al fin y al cabo me soltaron. Llegamos a Neiva. allí nos paró una patrulla. Por ahí les dieron unos pesitos y nos dejaron seguir.

#### NO NOS FUIMOS

Llegué de nuevo al campamento en el Huila. Estaban por Acevedo, con Elias. A los dos o tres días llegó Chalita.

Y comenzamos a buscar los campamentos de Paz. Nos dieron la orden de que nos fuéramos para Santo Domingo. No digamos que nos rebelamos pero... Cuando Pizarro me mandó para el sur, dijo que uno de los errores que habia cometido el Eme Diecinueve, era haberse ido del sur; no haber dejado a nadie. Y me autorizó para decirle a las comunidades que nunca más nos volveríamos a ir del sur del país. Nosotros habíamos adelantado ese discurso en todas partes...Cómo nos ibamos a trasladar ahora para Santo Domingo? Fuera de eso, como en todo está la malicia y la sospecha, yo sospechaba que, al concentrarnos a todos en Santo Domingo, allá nos encerraban y nos bombardeaban...Uno no sabe...Tantas trampas que ha habido en estos procesos...Para que nos vamos a embocinar todos allá...Entonces dijimos que acá, lo que fuera: acá obedecíamos y no nos ibamos del Huila y no nos ibamos del sur. Y no nos fuimos.

Por eso, se logró abrir el campamento del Vergel. Ahí estuvimos hasta que nos desmovilizamos, desde octubre del ochentinueve.

Se decía que el dieciseis de diciembre salíamos. Entonces pensamos, pues en los últimos diitas hacemos una escuela. La gente, inicialmente, un poco nerviosa, temerosa.

Pero ya se fue ampliando. Ya comenzó a llegar la Consejería...Ya comenzó a llegar la comunidad. Ya existían los voceros, ya eran los apóstoles, mejor dicho; andaban para arriba y para abajo. Y al que le tocó la zona del Huila, fue a Germán Avila. razones van, razones vienen, y esto va por aquí y esto por acá. Al Eme Diecinueve se le acabó la plata y el sostenimiento de la gente

era muy verraco.

Se presentaron algunos incidentes, naturalmente, antes de salir. Por ahí habían grupos de chantajistas que se hacían pasar como del Eme Diecinueve. Nosotros aclaramos que no eran. Por allá se trató de capturar un vergajo de esos delincuentes y hubo fue un enfrentamiento, un choque con la policía. Por los lados de Tarquí, Huila. Eso fue lo único, que dijera yo, fue como el parche negro en el proceso del Huila.

Días antes de la salida, sacamos candidatos a la alcaldía de Suaza. Germán Avila estaba en Neiva.

Por la época de noviembre, personalmente frentié al Ejército y a la policía. Cómo hice el enlace con el Ejército: yo me bajé un día, con el compañero candidato a la alcaldía de Suaza. Hablé con el teniente de una patrulla. Le dije, "hermano para esto y esto y esto...Y nosotros somos esto." Yo iba armado con un revólver, como defensa personal. A los días deslindamos áreas, con un señor del Ejército que subió al campamento; un comandante del Batallón Alto Magdalena se pegó por allá una andada. Subió de civil, camuflado -no sé si con orden o sin orden. Hablamos con él, le dijimos, "entre militares nos entendemos...Delimitemos esta zona: del río para arriba, podemos andar nosotros, con uniformes y fusiles. Del río para abajo, si la gente quiere salir, va de civil y desarmada. Si caían en poder de alguna patrulla, tenían que identificarse como del Eme Diecinueve. Realmente nosotros no tuvimos mayores incidentes en ese sentido.

Y comenzamos a ampliar relaciones. Jugábamos futbol, Ejército versus guerrilla; nunca nos ganaron un partido...Y eso que nosotros no entrenábamos. A veces subían al campamento, sin que se dieran cuenta los comandantes, porque les tenían prohibido hablar con nosotros. Pero usted sabe, que una cosa ven los que mandan desde la oficina y otra cosa es lo que pasa con los que estamos en el terreno.

Hicimos ese intercambio. Yo charlaba mucho con ellos. Me hice amigos de algunos cabos, de unos sargentos, del teniente. Después, Raulito bajó y habló con un capitán del Ejército en Suaza.

Salí directamente a Acevedo, me presenté con el compañero de la Casa de la Paz de Suaza, al comando de policía. Me hicieron rueda los policías: ellos a preguntarme y yo a contestarles,

- Que si teníamos secuestrados.

- No.

- Pero eso es lo que dicen.

- Pues entren al área a buscar si quieren.

Siendo todavía guerrillero, hice la primera reunión en Acevedo. Se llenó esa Casa de la Paz. La gente comenzó a perder el miedo, todo comenzó a verse diferente.

Como la salida estaba para diciembre y no pudimos, la tropa se sentía incómoda. Ya estaba aburrída de estar en esos campamentos, solamente prestando guardia y comiendo.

Hasta que por fin llegó el nueve de marzo.